

VERDE EN EL ASFALTO
COMUNICACIÓN Y SABERES EN LA AGROECOLOGÍA URBANA DE BOGOTÁ
Trabajo de grado

ANA PAULA GARCÍA GARCÍA

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE COMUNICACIÓN Y LENGUAJE
COMUNICACIÓN SOCIAL
BOGOTÁ D.C.
2019

VERDE EN EL ASFALTO
COMUNICACIÓN Y SABERES EN LA AGROECOLOGÍA URBANA DE BOGOTÁ
Trabajo de grado

ANA PAULA GARCÍA GARCÍA

TRABAJO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE:

COMUNICADORA SOCIAL

ASESOR:

JUAN CARLOS VALENCIA RINCÓN

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE COMUNICACIÓN Y LENGUAJE
COMUNICACIÓN SOCIAL
BOGOTÁ D.C.
2019

Artículo 23 Resolución 13 de 1946
Del reglamento de la Pontificia Universidad Javeriana

“La Universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por los alumnos en sus trabajos de grado, solo velará porque no se publique nada contrario al dogma y la moral católicos y porque el trabajo no contenga ataques y polémicas puramente personales, antes bien, se vean en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

Bogotá, mayo 15 de 2019

Doctora
MARISOL CANO BUSQUETS
Decana Académica
Facultad de Comunicación y Lenguaje
Pontificia Universidad Javeriana

Estimada Decana:

A través de esta carta presento formalmente mi trabajo de grado *Verde en el asfalto: Comunicación y saberes en la agroecología urbana de Bogotá*, para optar por el título de Comunicadora Social con énfasis en Organizacional.

Agradezco su atención,

Atentamente,


Ana Paula García García
CC. 1010071057

Bogotá, mayo 15 de 2019

Doctora
MARISOL CANO BUSQUETS
Decana Académica
Facultad de Comunicación y Lenguaje
Pontificia Universidad Javeriana

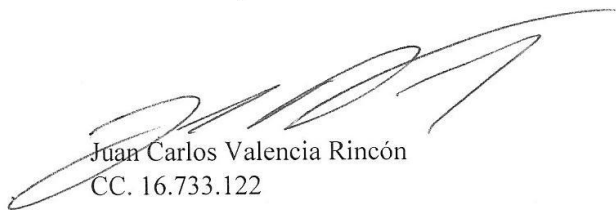
Estimada Decana:

A continuación, presento el trabajo de grado titulado *Verde en el asfalto: Comunicación y saberes en la agroecología urbana de Bogotá*, realizado por Ana Paula García García, estudiante de la carrera de Comunicación Social con énfasis en Organizacional.

El trabajo tiene como objetivo analizar las maneras en que se desarrollan los diálogos de saberes y los procesos comunicativos entre agricultores urbanos de Bogotá que hacen esfuerzos para generar cambios en la conciencia de sus comunidades.

Agradezco su atención.

Cordialmente,



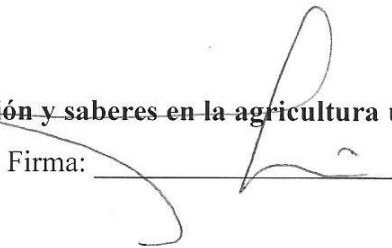
Juan Carlos Valencia Rincón
CC. 16.733.122

Referencia: Formato Proyecto Trabajo de Grado

Código Espacio para la CTG.

FORMATO **PROYECTO** TRABAJO DE GRADO CARRERA DE COMUNICACIÓN SOCIAL

IDENTIFICACIÓN

Título del Trabajo de Grado: **Comunicación y saberes en la agricultura urbana de Bogotá**Aprobado por: José Miguel Pereira G. Firma:  Nota: 4.9

- Profesor Proyecto II: Asesor:
- Campo Profesional en el que inscribe el proyecto: Organizacional
- Doble Programa: No: Si: Cuál: Nombre programa.
- Modalidad de Trabajo:

Monografía Teórica	X	Análisis
Sistematización Experiencias		Producto
Práctica por proyecto		Asistencia Investigación

- Palabras Clave: Saberes, prácticas comunicativas, movimientos ambientales, medio ambiente, pedagogía.
- Fecha Inscripción: 23 de noviembre de 2018

Estudiante

Ana Paula García García D.I. 00020134505

Asesor Propuesto: Juan Carlos Valencia Rincón

Departamento al que está adscrito el asesor: Departamento de Comunicación

1. ¿Cuál es el problema? ¿Qué aspecto de la realidad considera que merece investigarse?

Las ciudades son uno de los centros de consumo y contaminación de mayor impacto en el medio ambiente debido a que se trata de lugares con mayor concentración poblacional y, por tanto, de actividades con emisión de gases de efecto invernadero. A su vez, las ciudades albergan diversidad en zonas, composiciones sociales y acceso a recursos: por lo que ver desigualdades es altamente probable. Por esta razón, el objetivo 11 de los ODS (Objetivos de Desarrollo sostenible, estipulados por la ONU en el 2015 para garantizar la supervivencia del planeta en relación al medio ambiente sea posible para el 2030) se plantea “lograr que las ciudades y los asentamientos humanos sean inclusivos, seguros, resilientes y sostenibles” (ONU, 2015). Sin embargo, el mayor problema para conseguirlo es que entender el concepto de sostenibilidad y, sobre todo, aplicarlo resulta realmente complejo. Dicha complejidad se agrava sin políticas públicas que tengan estrategias para la consecución de estos objetivos.

“Aunque las ciudades ocupan solo el 3% de la superficie terrestre, representan entre un 60% y un 80% del consumo de energía y el 75% de las emisiones de carbono” (ONU, 2015)

Según la Organización mundial para la Salud (mayo, 2018), 9 de cada 10 personas respiran aire contaminado en el mundo y Bogotá está entre las ciudades más contaminadas de América Latina. Además, entre los problemas conexos de esta situación está la desigualdad social, que se acentúa con el concepto erróneo de desarrollo, las cifras de personas que viven en barrios marginales es alarmante.

A pesar de todas las cifras preocupantes sobre el rumbo del mundo, eso no significa que el interés esté perdido y que no existan personas que luchan por generar soluciones y alternativas en sus contextos locales. Las difíciles condiciones ambientales han desatado preocupación por

parte de las comunidades directamente afectadas y ante la desidia estatal, ellos mismos han decidido tomar acciones. En Bogotá ya se han dado casos de movimientos ambientales, con diversos fundamentos y objetivos, que buscan proteger distintas esferas ambientales de esta gran ciudad.

La agroecología urbana es el resultado de la preocupación ciudadana por el medio ambiente y, por la toxicidad alimentaria que hay en Colombia desde la ley de semillas, la cual, reglamenta semillas modificadas genéticamente que deben sembrarse. Existen muchas discusiones sobre lo ‘buenos’ o ‘malos’ que puedan resultar los transgénicos, pero el mayor problema de la obligatoriedad en la plantación es que se suprime el derecho a elegir. Así pues, el accionar de este tipo de movimiento busca no solo soberanía alimentaria para la corriente de pensamiento que apoya las plantaciones orgánicas, sino también establecer relaciones amigables con el medio ambiente. En este sentido, el interés de este trabajo es analizar grupos de personas que han tomado las riendas de posibles soluciones para hacer frente a la problemática ambiental desde la agroecología urbana, para tener una perspectiva local de prácticas colectivas que llamen a la concientización y al cambio social.

Este tipo de movimiento social llama a la acción desde el aprendizaje: entre más personas sepan del tema, más participarán en el cambio de hábitos y en la implementación de esta alternativa, es por ello que se reconoce que el compartir saberes hace parte fundamental de su composición. Por lo tanto, la pregunta que moverá a esta investigación es ¿de qué manera se desarrolla el diálogo de saberes y procesos comunicativos entre agricultores urbanos de Bogotá?

2. ¿Por qué es importante investigar ese problema?

Desde muy pequeña he aprendido a conectarme con la naturaleza: he crecido rodeada de mascotas, cerca de la montaña y con sentido ecológico. Esta formación genera en mí la necesidad de hacer algo ante la creciente contaminación que atraviesa el planeta y lo encuentro posible desde el campo de saber en el que me estoy formando. Quiero adquirir conocimientos que me permitan comprender formas de interactuar en organizaciones humanas, teorías desde la comunicación y la biología, experiencias localizadas, otras formas de producción y el papel de las nuevas tecnologías en función de la mejoría ambiental.

Por otro lado, cada vez se cree con mayor fuerza que el tema más tocado en los años futuros, en todas las disciplinas y campos, será el cuidado ambiental. Cada día la conciencia del cuidado del medio ambiente va creciendo por la notoria crisis que enfrenta el planeta por el calentamiento global, así que, con el aumento de la preocupación al respecto, aumentarán las investigaciones y proyectos en función de la recuperación y cuidado del ambiente. En este sentido, creo que se abre una puerta de acción para el oficio del comunicador.

En el campo de la comunicación social existen investigaciones limitadas frente al tema de la contaminación que atraviesa el planeta, por este motivo, es fundamental impulsar la aplicación de las teorías existentes en función del cuidado ambiental y con esto la generación de nuevas teorías que contemple tal preocupación por el planeta desde la comunicación. Los movimientos sociales han existido desde siempre y los movimientos ecológicos son muy comunes en zonas regionales, pero esta vez, el propósito es abordarlos desde el interior de una ciudad tan contaminada como lo es Bogotá.

Este trabajo ayudará a entender el funcionamiento de huertas urbanas y su forma de diálogos de saberes. Además, abordará formas de resistencia a la contaminación que atraviesa Bogotá desde prácticas locales: iniciativas comunitarias, las cuales no solo buscan recuperar el medio ambiente, sino que a su vez aportan a la creación de comunidad, formas de interacción y bienestar individual y colectivo.

3. ¿Qué se va investigar específicamente?

El presente trabajo busca entender los procesos de diálogos de saberes y prácticas comunicativas de diferentes huertas urbanas de Bogotá ubicada en diversas localidades, esto con el fin de recolectar varias perspectivas sobre el aporte social a la transformación de la situación ambiental y su papel pedagógico para las comunidades.

La primera huerta que escogí se encuentra en el barrio Roma, de la localidad de Kennedy, al sur de la ciudad. Se trata de “Huerta Iguaque”, una iniciativa comunitaria que con el accionar de los vecinos del barrio ha logrado ponerse en pie. Iniciaron en septiembre del 2018 y se han conectado con distintos procesos comunitarios del sector. En segundo lugar, está la huerta de los conjuntos Compostela, justo en frente a la zona franca de Fontibón, la cual está liderada por un par de jóvenes y conformada por mujeres del sector. En tercer lugar, se encuentra la “Huerta Santa Elena”, la cual lleva doce años funcionando en el barrio La Perseverancia, de la localidad de Santa Fé, en el centro de Bogotá. Pertenece a una mujer mayor que adaptó el patio de su casa para convertirlo en su huerta. En la cuarta posición se ubica una pequeña huerta que espera servir de apoyo en el hogar de tres chicas que comparten residencia en el barrio La Esmeralda, en la localidad de Teusaquillo.

La quinta huerta está ubicada en un apartamento de la localidad de Teusaquillo, tiene forma vertical y hasta el momento, ha producido plantas aromáticas y medicinales. Le pertenece a un joven estudiante universitario. La sexta huerta es “Jardín 82”, un espacio de trabajo comunitario financiado por el Instituto Goethe. Lleva funcionando desde el 2015 y se sitúa en el límite entre Chapinero y Usaquén. Finalmente, la séptima huerta pertenece al movimiento “Chipacuy”, un espacio comunitario para la construcción de tejido social en la localidad de Suba. Conocí estas huertas a medida que iba pidiendo recomendaciones, gracias a sus Fanpages y grupos de Agricultura Urbana de Facebook.

B. Objetivos

1. Objetivo General

Analizar la manera en que se desarrollan los diálogos de saberes y los procesos comunicativos entre agricultores urbanos de Bogotá que hacen esfuerzos para generar cambios en la conciencia de sus comunidades.

2. Objetivos Específicos

1. Describir las formas de organización y las acciones de personas y colectivos interesados en la agroecología urbana.
2. Comprender las dinámicas de encuentros y diálogos de saberes entre agricultores urbanos de Bogotá.
3. Entender el papel que juega la comunicación en colectivos de agroecología urbana de la ciudad.

4. Identificar sus prácticas de resiliencia que posibilitan el sostenimiento de estos grupos en el tiempo.

A. Fundamentación Teórica

1. Estado del Arte ¿Qué se ha investigado sobre el tema?

La agricultura urbana es un término relativamente reciente en el mundo, aunque su existencia se remonte desde hace muchos años. Por lo tanto, el interés en su estudio cada vez es mayor: las instituciones la reconocen, se entiende su función ambiental, ayuda a compactar comunidades y funcionan como recurso económico. Sin duda, su resultado es la integración entre el campo y la ciudad; los saberes ancestrales y los centros de producción. Es un mecanismo de protección ambiental a pequeña escala y de cuidado alimentario. Cultivar es una manera de resistir a las lógicas de consumo, pero también una forma de generar modos de interacciones entre las personas que se involucran: sus saberes se intercambian y se crea comunidad.

En el trabajo de Álvaro Acevedo (2013) se busca identificar y analizar la conformación de las distintas experiencias de formación en Agroecología en Colombia, especialmente las desarrolladas por personas de zonas rurales. Aquí se refuerza la idea de que el conocimiento es transmitido generacionalmente y, que las formas de aprendizaje de este tipo de comunidades no están enfocadas en procesos técnicos, sino que fortalecen la autoestima de los participantes, crean tejido social y reafirman sus tradiciones y cultura. Así mismo, Toledo (2005) considera que las formas alternativas de producción agrícola son una manera de resistir a los daños ambientales generados por la producción industrial y, a su vez, una forma de preservar los saberes ancestrales y de construir conocimiento a través de las experiencias de los agricultores locales.

En el 2009, María Nieto hizo una investigación que buscaba, además, reactivar la práctica agroecológica en el barrio Caracolí de Ciudad Bolívar, en Bogotá, generó espacios de diálogo e interacción entre los vecinos. A través de talleres creativos y participación, se logró generar esto entre niños pequeños y adultos. La finalidad última de la agricultura es obtener alimentos para la población y, en este caso, se trataba de desplazados por la violencia; pero a través del proceso se logran muchas más cosas como la transmisión de saberes o los espacios de pedagogía y discusión.

Trabajos como el anterior dan cuenta de las dinámicas comunicativas relacionadas con la agricultura urbana; los saberes hacen parte de un común denominador. Constanza González (2018) habla sobre la organización Tierra Verde en Bogotá, que, de manera pedagógica, se fundamenta en la idea de que Colombia es un país diverso tanto en prácticas agrícolas como en productos de la tierra y así, intentan que su práctica sea ecológica, informada y basada en los saberes ancestrales. En la búsqueda de la sostenibilidad se mezclan la vida y el alimento.

Ángela Leandro (2013) realiza un trabajo que indaga términos sobre agricultura urbana. De la misma manera, analiza, a través de encuestas, cómo son los procesos productivos que llevan en Bogotá y luego, con base en un análisis, establece si es un emprendimiento viable. Es interesante ver cómo Leandro encuentra que la mayoría de agricultores urbanos de su muestra producen para el consumo propio. Por un lado, resulta costoso producir para la venta (porque se necesita monocultivo, saber sobrellevar las temporadas del año, etc.) y, por otro lado, porque la mayoría se dedica a otras cosas y la huerta, es adicional a sus actividades laborales. Sin embargo, los procesos productivos que existen son viables, pero se llega a que el apoyo local o es suficiente para este tipo de emprendimientos en ese entonces en Bogotá. En otros estudios se habla del papel de las huertas en las ciudades para que los ciudadanos ingieran más hortalizas en su dieta, o de las formas de funcionamiento de estas huertas en proyectos productivos como restaurantes.

Izquierdo (2017) realiza un trabajo desde estudios rurales y ambientales, sobre cómo dar a conocer ejemplos efectivos de implementación de la agricultura urbana en Bogotá, teniendo en cuenta enfoques de productividad, organización y el manejo que hacen de los recursos hídricos, terrestres, energéticos y residuales. De este trabajo se considera fundamental la metodología utilizada, pues contempló: grupos de muestreo, encuestas, entrevistas, observación no participante y observación participante. Con todo esto se pudo entender a mayor profundidad cada huerta y lograr ejemplificar con conocimiento el proceso de cada huerta con relación a su estudio.

Existe una estrecha relación entre las huertas y el medio ambiente. Como estudio relacionado se encuentra el caso de construcción de huertas urbanas, como el del estudio de Lara (2008) en el jardín botánico de Bogotá, que, a partir de una metodología descriptiva, logra explicar la herramienta que hay en estas huertas para el mantenimiento ambiental, pero a su vez, para la disminución de la desnutrición. Este proyecto hizo parte del programa “Bogotá sin indiferencia”, promovido desde la alcaldía del momento y buscaba la planeación de un desarrollo sostenible y la disminución del hambre, pues las personas del programa podían utilizar los recursos cosechados en las huertas. Desde otra perspectiva, León (2009) presenta algunas razones que sustentan la idea de que la agroecología es una ciencia ambiental. En su trabajo, discute la definición de agroecosistema como objeto de estudio de la agroecología y las derivaciones discursivas de tipo político y social que inspira esta ciencia. Además, examina los significados de la interdisciplina, las conexiones que tiene y los campos de análisis. A través de la agricultura urbana es posible cuidar la tierra y el aire, en especial cuando se trabaja sin químicos o transgénicos.

En Europa, en el año 2004, el Comité Económico y Social Europeo reconoce la agricultura urbana y periurbana como una forma económica y solución ambiental. Lo anterior es importante para entender que, aunque la práctica de la agricultura urbana está estrechamente relacionada con el surgimiento del concepto de ‘ciudad’, es relativamente reciente su reconocimiento, tanto en América como en Europa y, probablemente, en otras partes del mundo. Aunque este reconocimiento puede ser positivo, también trae aspectos negativos.

Giraldo y Rosset (2016), a través de un análisis discursivo y revisión documental llegan a la idea de que la agricultura urbana está de moda: como se dijo anteriormente, ha tenido un reconocimiento reciente. Pero esto implica que se haya generado el riesgo de que sea “cooptada, institucionalizada y despojada de su contenido político.” (p. 14). El problema de la institucionalidad es que puede borrar, con buenas intenciones, saberes ancestrales, o anteponer la ciencia antes que la experiencia. Por ello, la gente es vulnerable de la dictadura de las instituciones que manejan el tema, pero para evitarlo es importante el papel de los movimientos: que no abandonen el poder de la participación social. Al fin y al cabo, la agricultura urbana es una forma de resistencia.

Así, en el estado del arte se evidencia que la agricultura urbana está siendo trabajado con mayor frecuencia últimamente, pero, a su vez, hacen falta enfoques netamente comunicativos. La mayoría de trabajos está relacionados con diseño, estudios ambientales, economía o antropología, y aunque se relaciona con los saberes, falta la perspectiva desde la comunicación social. En esta carencia, se encuentra un lugar ideal para realizar una investigación.

2. Marco Conceptual ¿Cuáles son las bases conceptuales con las que trabajará?

Para este trabajo se utilizarán cinco categorías principales: Diálogos de saberes, entendido como un proceso de discusión y transmisión bidireccional de conocimiento entre seres que se reconocen mutuamente; Procesos comunicativos, basado en la visión de Jesús Matín-Barbero que habla de tecnicidad, ritualidad y ritualidad (1990); Acción colectiva, el cual implica agrupación de individuos con intereses distintos pero que se orientan por objetivos comunes; Formas de organización, que implica estructuras horizontales y líderes suaves que guían la planeación dentro de las huertas (Gerbaudo, 2012) y, finalmente, Resiliencia, entendida como la capacidad de sobreponerse a las dificultades.

Otros de los conceptos a manejar desde la teoría son las diferencias entre agricultura y agroecología (el primer término implica sembrar únicamente para comer y el segundo habla de una siembra consciente con sus orígenes y el medio ambiente, además del consumo) y, de la misma forma seguridad alimentaria (acceso a los alimentos) y soberanía alimentaria (control sobre sus propios alimentos y la tierra).

B. Fundación Metodológica

1. ¿Cómo va a realizar la investigación?

La investigación es de tipo cualitativa y requiere acción. Para su realización se empleará: cuasi-etnografía y una encuesta que consta de 70 preguntas y que implica también entrevistar. Se busca dar voz, además de comprender el accionar de las huertas y, por ello, es fundamental que las técnicas de investigación impliquen contacto directo con las personas. Además, el desarrollo

de toda la investigación se desarrollará con teoría fundamentada (ir a campo sin una teoría totalmente definida con anterioridad).

En primer lugar, la etnografía es un método de investigación cualitativa que permite al investigador involucrarse en aquello que estudia. Parte fundamental de este método es la observación participativa, que permite articular la observación y participación, lo cual lleva a entender desde el accionar propio los procesos que funcionan dentro de los grupos de huerteros en Bogotá. Como menciona Rosana Guber (2001) “Hablamos "participar" en el sentido de "desempeñarse como lo hacen los nativos"; de aprender a realizar ciertas actividades y a comportarse como uno más”.

En segundo lugar, la entrevista es un elemento que alude directamente a las inquietudes puntuales que se tienen sobre el proceso. Es una herramienta capaz de acceder a los relatos de las personas y de guiarla en función de las necesidades investigativas.. En este caso, se empleará el tipo de entrevista semiestructurada, ya que permite a los entrevistados hablar con mayor libertad y entrarse en detalles que consideren importante mencionar.

Finalmente, está la encuesta, la cual, según García Ferrando (en Anguita, et. al, 2003), es “una técnica que utiliza un conjunto de procedimientos estandarizados de investigación mediante los cuales se recoge y analiza una serie de datos de una muestra de casos representativa de una población o universo más amplio, del que se pretende explorar, describir, predecir y/o explicar una serie de características”. Además, esta herramienta permite, de manera rápida y eficaz, recolectar la información. A través de ella se pretenden conocer elementos que no requieren mayores detalles, pero que resultan importantes para conocer los procesos de las huertas. Se usará la encuesta descriptiva porque es esta la que tiene como objetivo describir o documentar las condiciones actuales y a su vez, explicarlas de manera breve.

2. Cronograma. ¿Qué actividades desarrollará y en qué secuencia?



AGRADECIMIENTOS

A mis papás y a mis hermanos, que me ha amado, me ha permitido ser quien soy y me ha apoyado siempre.

A Juan Carlos Valencia, mi asesor de tesis, mi director de semillero, mi profe, mi mentor, mi amigo. Jamás tendré palabras suficientes para terminar de agradecerle todo lo que me ha brindado y enseñado.

A las huertas Iguaque, Jardín 82, Santa Elena, La Chipahuerta, a la de los conjuntos de Compostela y a las de Felipe y Sabrina; quienes me abrieron sus puertas para conocer sus procesos y aprender de ellos.

A Paula Restrepo, a Kelly Manosalva y al grupo de investigación “Comunicación, periodismo y sociedad” de la Universidad de Antioquia de Medellín, quienes me permitieron vincularme a su investigación y me guiaron al inicio.

A cada persona que conocí en este camino y ahora tengo la fortuna de llamar “amigo/a”. Todos ellos contribuyeron a hacer de esta etapa la mejor época de mi vida.

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	21
OBJETIVOS	24
1. ESTADO DEL ARTE	25
1.1. Agricultura urbana como espacio de diálogo de saberes	25
1.2. Agricultura urbana como proceso productivo	29
1.3. Huerta urbana y medio ambiente	30
1.4. Institucionalidad	31
2. MARCO TEÓRICO	33
2.1. Diálogos de saberes	35
2.2. Prácticas comunicativas.....	36
2.3. Acción colectiva	38
2.4. Formas de organización.....	40
2.5. Resiliencia	42
3. METODOLOGÍA	44
4. HALLAZGOS	51
4.1. Experiencias ponderadas	51
4.1.1. Equipo colaborador	51
4.1.2. Descripción y caracterización de la huerta	54
4.1.3. Relaciones con la comunidad, colectivos u organizaciones	59
4.1.4. Prácticas de siembra	63
4.1.5. Prácticas para el mantenimiento de la huerta	73
4.1.6. Adicionales	76
4.2. Cualidades y categorías	82
4.2.1. Saberes y diálogos	83
4.2.2. La comunicación en práctica	87
4.2.3. Las acciones en colectividad	93
4.2.4. Organización	98
4.2.5. Resiliencia en acción	102
4.3. Bitácora	106
5. CONCLUSIONES	107
BIBLIOGRAFÍA	110

INTRODUCCIÓN

Los últimos años han sido de gran trascendencia para el mundo en temas de medio ambiente, a diario la contaminación, la devastación de ecosistemas y el aniquilamiento de especies alcanzan límites sin precedentes. Según la ONU (2019) el aire es uno de los asesinos silenciosos con mayor mortandad en las ciudades (que cada vez son más pobladas); el cambio climático nos está llevando a temperaturas extremas; el agua potable se agota y los alimentos naturales son escasos. Estamos en una época de crisis ecológica y aunque el mundo entero depende en gran medida de decisiones del sector privado y leyes gubernamentales que deben trabajar de la mano con los 17 objetivos de desarrollo sostenible de las Naciones Unidas, la preocupación ante la falta de acciones concretas ha resultado en acciones individuales y colectivas que pretenden generar cambios en la calidad de vida de las personas que los adoptan y en sus entornos inmediatos.

Los movimientos sociales se han formado para generar cambios frente a distintas realidades y, entre ellas, se encuentra la calidad alimentaria a causa de agroquímicos que intoxican la tierra y a sus consumidores; por esta razón, se forman las resistencias agroecológicas. En la última década la presencia de huertas urbanas en diferentes ciudades del mundo ha ido en aumento y, con ellas, los estudios al respecto desde diferentes campos del saber. Las personas interesadas en agroecología buscan generar espacios verdes en sus hogares y barrios, es decir, donde pueden tener el control de lo que siembran y cuidar así de su salud y la de aquellos que los rodean. A su vez, a medida que la información sobre las huertas se comparte, surgen nuevos interesados en evitar los agroquímicos comerciales y empezar a hacer el cambio desde sus lugares de vida y sus territorios. De esta manera, el tener huertas en la ciudad se convierte en un

acto de resistencia frente a los sistemas de producción y al estilo de vida ciudadano insostenible y genera, nuevamente, vínculos entre el humano y la tierra.

En Colombia, al igual que en otros países del mundo, la práctica de siembra en las ciudades ha aumentado en los últimos años. Por ejemplo, en Bogotá, el Jardín Botánico tiene registros de más de 400 huertas en el perímetro urbano que con los meses se duplican y, de la misma forma, el programa ‘Huertas con Vos’ de la Alcaldía de Medellín respalda con cifras el aumento de esta práctica. A su vez, hay que tener en cuenta que, ante el escenario de conflictos que ha sido el país, donde los desplazamientos campesinos hacia zonas centrales como lo son las capitales fueron muy comunes, el tener huertas en ciudades respondía también a un acto de sobrevivencia al aprovechar los espacios y recurrir a saberes adquiridos en áreas rurales. Ahora, estos saberes han hecho hibridación con los de la ciudad y ya no responden solo a la búsqueda de la supervivencia, sino también a la necesidad de construir formas de buen vivir.

En lo personal, el tema de la contaminación ha sido uno de los más difíciles de tolerar, pero a su vez, el que más me interesa combatir. He tenido la fortuna de crecer rodeada de naturaleza y de desarrollar empatía hacia todo lo relacionado con el medio ambiente. Por tal motivo, la agroecología fue un tema que me motivó desde el principio; me permitió entender que podía empezar a hacer algo más contundente por el planeta y por mí misma.

Es por lo anterior que supe que este tema debía ser explorado en la actualidad y más desde mi campo de saber, en primer lugar, porque la mayoría de las investigaciones sobre el tema son desde la antropología, administración, ecología o diseño, pero el número de trabajos con el punto de partida desde la comunicación es casi nulo. En segundo lugar, la base fundamental para que un movimiento social pueda existir está en su capacidad de organización, y esta última está dada gracias a la comunicación que permite los modos de interacción. Por otra parte, alrededor de las huertas se desenvuelven numerosas prácticas de comunicación y resiliencia que no solo aportan a

la construcción de ciudades más sostenibles, sino que generan aprendizajes, construyen tejido social y promueven una cultura de amor y respeto que, en últimas, aporta a la construcción de paz desde cada persona involucrada en el proceso.

Al iniciar mi investigación, me vinculé con el proyecto “Prácticas comunicativas en la agricultura urbana de Medellín: tejido social, territorio y saberes” del grupo de investigación “Comunicación, periodismo y sociedad” de la Universidad de Antioquia de Medellín en conjunto con las Universidad de Occidente de Cali y la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, el cual indaga por las prácticas comunicativas que articulan las actividades ciudadanas de la Red de Huerteros. Yo quise darle continuidad a este enfoque desde la ciudad de Bogotá. A partir de dicha vinculación aprendí más del tema, definí mis puntos de partida, decidí que esta investigación sería participativa y me pregunté la manera en que se desarrollan los diálogos de saberes y procesos comunicativos entre agricultores urbanos de Bogotá. Ese es el centro de este trabajo.

Las siguientes páginas se dividen en cinco capítulos con el fin de darle respuesta a esta inquietud. La primera parte es el estado del arte, donde se hace una revisión de estudios similares en los últimos años. Seguido a ello se encuentra el marco teórico, donde conoceremos los conceptos a utilizar y cómo los entenderé en este trabajo. En el tercer capítulo explico detalladamente la metodología que empleé para realizarlo. En la cuarta división están los hallazgos y, finalmente, veremos las conclusiones.

OBJETIVOS

Objetivo General

Analizar la manera en que se desarrollan los diálogos de saberes y los procesos comunicativos entre agricultores urbanos de Bogotá que hacen esfuerzos para generar cambios en la conciencia de sus comunidades.

Objetivos Específicos

1. Describir las formas de organización y las acciones de personas y colectivos interesados en la agroecología urbana.
2. Comprender las dinámicas de encuentros y diálogos de saberes entre agricultores urbanos de Bogotá.
3. Entender el papel que juega la comunicación en colectivos de agroecología urbana de la ciudad.
4. Identificar sus prácticas de resiliencia que posibilitan el sostenimiento de estos grupos en el tiempo.

1. ESTADO DEL ARTE

Para llevar a cabo esta investigación que busca entender la manera en que se desarrollan los diálogos de saberes y los procesos comunicativos entre agricultores urbanos de Bogotá, es importante revisar qué ha sucedido en este y otros contextos con respecto a la práctica agrourbana. Por tal motivo, revisé artículos académicos y trabajos de grado enfocados en la agricultura urbana, tanto en Colombia como otras partes del mundo como, por ejemplo, Cuba y España. Me interesé en revisar textos del 2004 en adelante porque es en ese año que la Alcaldía de Bogotá junto al Jardín Botánico José Celestino Mutis lanza su programa “Bogotá sin hambre” para promover huertas en la ciudad. En ese mismo año hay un gran aporte internacional: el Comité Económico y Social Europeo reconoce la agricultura urbana y periurbana como una forma económica y solución ambiental.

A continuación, presento los textos revisados para construir el estado del arte divididos en cuatro temáticas. En primer lugar, están los trabajos que hablan directamente de diálogo de saberes; seguido a esto están las investigaciones que ven a la agricultura urbana como una posibilidad de emprendimiento. En tercer lugar, hablo de los trabajos que relacionan las huertas en la ciudad con el interés por el medio ambiente. Por último, quise revisar los artículos o investigaciones que celebran o discuten con la institucionalidad.

1.1. Agricultura urbana como espacio de diálogo de saberes

La agricultura urbana es, sin duda, la integración entre el campo y la ciudad; los saberes ancestrales y los centros de producción. Es un mecanismo de protección ambiental a pequeña

escala y de soberanía alimentaria. Cultivar es una manera de resistir a las lógicas de consumo desmedido, pero también una forma de generar modos de interacciones entre las personas que se involucran: sus saberes circulan y se crea comunidad. Cantor (2010) describe en su tesis de maestría elementos de sostenibilidad de la agricultura urbana y su relación con la vida de las personas que la practican en barrios de la localidad de Ciudad Bolívar, (Bogotá), Altos de Cazucá y Ciudadela Sucre (Soacha) desde la perspectiva de medios de vida. En su recorrido encuentra que campesinos desplazados llegan a la ciudad a buscar formas de sostenerse y, entre lo que saben hacer está cultivar; por eso la agricultura urbana como forma de conseguir alimento resulta tan importante.

En el trabajo de Álvaro Acevedo (2013) se busca identificar y analizar la conformación de las distintas experiencias de formación en Agroecología en Colombia, especialmente las desarrolladas por personas de zonas rurales. Aquí se refuerza la idea de que el conocimiento es transmitido generacionalmente y, que las formas de aprendizaje de este tipo de comunidades no están enfocadas en procesos técnicos, sino que fortalecen la autoestima de los participantes, crean tejido social y reafirman sus tradiciones y cultura. Así mismo, Toledo (2005) considera que las formas alternativas de producción agrícola son una manera de resistir a los daños ambientales generados por la producción industrial y, a su vez, una forma de preservar los saberes ancestrales y de construir conocimiento a través de las experiencias de los agricultores locales. Finalmente, para mantener el hilo lo anterior, Altieri y Nicholls (2013) hablan de los saberes indígenas y campesinos. Tras una investigación con entrevistas y encuestas se dan cuenta que los campesinos e indígenas practican la resiliencia de sus saberes y tienen formas de lidiar con el cambio climático que, aunque no pelean con la ciencia, tampoco son las establecidas por las grandes instituciones.

De manera similar ocurre en las ciudades. Barthel, Folke & Colding (2010) analizan el caso de asignación de jardines en Suecia, cada uno con un propósito distinto en función del medio ambiente: polinización, cultivos, etc. Fue una práctica ecológica con la cual se fortalecieron las relaciones sociales de la comunidad pues al colectivizar el conocimiento, este se transmite a través de la comunicación oral y los rituales. Así, se reafirma el sentido de sociedad y se generan nuevos roles en su mantenimiento. De la misma manera, el caso de estudio de Barthel, Parker y Ernstson (2015), habla del papel de las huertas urbanas en distintos países de Europa como movimiento social y como también reafirma el sentido de comunidad. Este estudio resulta muy útil por su metodología: mezcló índices cuantitativos con experiencias cualitativas, y arrojó que en la crisis económica que vivió Europa hace unos años, la dependencia urbana de los abastecimientos de comida proveniente de zonas rurales fue un problema que condujo a la consolidación de todo un movimiento social. Los ciudadanos tuvieron que desarrollar estrategias para construir sus huertas urbanas en equipo para abastecer a la comunidad.

En el 2009, María Nieto hizo una investigación que buscaba reactivar la práctica agroecológica en el barrio Caracolí de Ciudad Bolívar en Bogotá, y generar espacios de diálogo e interacción entre los vecinos. A través de talleres creativos y participación, se logró generar confluencia entre niños pequeños y adultos. La finalidad última de la agricultura es obtener alimentos para la población y, en este caso, se trataba de desplazados por la violencia; sin embargo, a través del proceso se logran muchas más cosas como la transmisión de saberes o los espacios de pedagogía y discusión.

Trabajos como el anterior dan cuenta de las dinámicas comunicativas relacionadas con la agricultura urbana; los saberes hacen parte de un común denominador. Constanza González (2018) habla sobre la organización Tierra Verde en Bogotá, que, de manera pedagógica, se fundamenta en la idea de que Colombia es un país diverso tanto en prácticas agrícolas como en

productos de la tierra. Tierra Verde intenta que su práctica sea ecológica, informada y basada en los saberes ancestrales. En la búsqueda de la sostenibilidad se mezclan la vida y el alimento.

Otro ejemplo de creación de comunidad y diálogo de saberes a través de las huertas urbanas está reflejado en el estudio de López, Egea-Sánchez y Egea-Fernández (2008) en la huerta de Murcia, en España. Aunque es un trabajo enfocado en el conocimiento técnico de la huerta, durante la elaboración se da cuenta de los procesos que se llevan en ella. La Huerta de Murcia constituye uno de los emblemas de agricultura urbana, allí se han llevado a cabo muchos procesos de aprendizaje colectivos en la región desde hace mucho tiempo. Sin embargo, un problema estudiado en ese año es que para 1999 el 45% de la población relacionada con la huerta era mayor de 65 años y se teme que al morir esa generación, los jóvenes no tengan contacto con la misma y se pierda el conocimiento. Por lo tanto, compartir el conocimiento que las generaciones más viejas poseen se ha vuelto fundamental, al igual que las actividades para involucrar a personas de diferentes edades en los procesos. La idea es conservar la huerta como un beneficio patrimonial, pero también ambiental.

En el mismo país, José Fernández y Nerea Morán (2012) estudian las huertas participativas en Madrid. Se dice que en España la agricultura urbana ha sido una práctica emergente en los últimos años y, en este documento, los autores reconocen que el correcto funcionamiento se ha conseguido con la participación comunitaria, la reflexión que genera y la conciencia ambiental. La agricultura urbana es “una más de las dimensiones que estructuran la ciudad, aprovechando al máximo su potencialidad no sólo en cuanto a la producción de alimentos, sino en sus aspectos sociales, educativos y ecológicos.” (p. 55).

Finalmente, dentro de este subapartado hay que mencionar el trabajo realizado por Jaime Morales (2016) en Jalisco, México, el cual recoge el proceso de resistencia que se lleva en la región para salvar los diferentes tipos de maíz ancestrales que crecen allí. A través de tres ejes

(construcción de conocimiento, la conservación de la agrobiodiversidad y comercio justo) se logra que el proceso del maíz sea transmitido a las generaciones más jóvenes del lugar gracias al diálogo entre agricultores y campesinos y, a su vez, que se logre un proceso productivo sustentable. Sobre este último punto de contemplación económica se hablará en el siguiente subapartado.

1.2. Agricultura urbana como proceso productivo

Ángela Leandro (2013) realiza un trabajo que indaga términos sobre agricultura urbana. Analiza, a través de encuestas, cómo son los procesos productivos que se llevan a cabo en Bogotá y luego, con base en un análisis, establece si es un emprendimiento viable. Es interesante ver cómo Leandro encuentra que la mayoría de los agricultores urbanos de su muestra producen solo para el consumo propio. Por un lado, resulta costoso producir para la venta (porque se necesita monocultivo, saber sobrellevar las temporadas del año, etc.) y, por otro lado, porque la mayoría de las personas que trabajan en la huerta se dedican a otras cosas y la huerta, es adicional a sus actividades laborales. Esto no quiere decir que los procesos productivos con la agricultura urbana en Bogotá no fueran viables, pero sí que se requería de más apoyo local —que no se logró— para organizar emprendimientos.

Giraldo y Roncancio (2012) proponen la agricultura urbana como una forma de incrementar la ingesta de hortalizas porque, según la OMS, en ese momento los adultos de Bogotá estaban comiendo 38 kg de verduras al año, cuando deberían ser 146 kg. A su vez, Bonillo (2015) y Jiménez (2017) hablan del aporte de estas huertas como un aprendizaje intergeneracional y de las formas de optimización de sus recursos para un buen funcionamiento

en la ciudad: de la mano con el factor económico y ambiental. Bonillo (2015) plantea que la ciencia puede dialogar con los saberes campesinos y Jiménez (2017) propone formas de crear emprendimiento a través de restaurantes, para involucrar todos estos saberes y prácticas en la cotidianidad de la ciudad.

Finalmente, Izquierdo (2017) realiza un trabajo desde estudios rurales y ambientales, sobre cómo dar a conocer ejemplos efectivos de implementación de la agricultura urbana en Bogotá, teniendo en cuenta enfoques de productividad, organización y el manejo que hacen de los recursos hídricos, terrestres, energéticos y residuales. De este trabajo se considera fundamental la metodología utilizada, pues contempló: grupos de muestreo, encuestas, entrevistas, observación no participante y observación participante. Con todo esto se pudo entender a mayor profundidad cada huerta y lograr ejemplificar con conocimiento el proceso de cada iniciativa con relación a su estudio.

1.3. Huerta urbana y medio ambiente

Existe una estrecha relación entre las huertas y el medio ambiente. Como estudio relacionado se encuentra el caso de construcción de huertas urbanas de la tesis de pregrado de Lara (2008) en el Jardín Botánico de Bogotá, que, a partir de una metodología descriptiva, logra explicar el potencial que hay en estas huertas para el mantenimiento ambiental, pero a su vez, para la disminución de la desnutrición. Este proyecto hizo parte del programa “Bogotá sin indiferencia”, promovido desde la alcaldía del momento y que buscaba la planeación de un desarrollo sostenible y la disminución del hambre, pues las personas del programa podían utilizar los recursos cosechados de las huertas. Sin embargo, la autora habla de la ambigüedad de este tipo de

programas, puesto que, aunque las huertas urbanas están pensadas para el desarrollo social y la mitigación de la contaminación, pueden estar relacionadas con problemas de salud si no se les da el manejo adecuado.

Desde otra perspectiva, León (2009) presenta algunas razones que sustentan la idea de que la agroecología es una ciencia ambiental. En su trabajo, discute la definición de agroecosistema como objeto de estudio de la agroecología y las derivaciones discursivas de tipo político y social que inspira esta ciencia. Además, examina los significados de la interdisciplina, las conexiones que tiene y los campos de análisis. A través de la agricultura urbana es posible cuidar la tierra y el aire, en especial cuando se trabaja sin químicos o transgénicos.

Un concepto interesante en este punto es la gobernanza ambiental, el cual es citado por Foyer et. al. (2014) en estudios de caso relacionados a la comercialización y transformación de recursos naturales en México y Brasil, que refieren proyectos relacionados a la agroecología. Aquí, se analiza cómo interactúan los saberes científicos con los campesinos, y cómo en el proceso se genera hibridación de conocimiento que, al final, apunta hacia el mismo lugar: conservación ambiental. Sobre esta relación institución-agricultor se hablará en el siguiente apartado.

1.4. Institucionalidad

Como mencioné al inicio, en Europa, en el año 2004, el Comité Económico y Social Europeo reconoce la agricultura urbana y periurbana como una forma económica y solución ambiental. Así, pasa a ocupar una posición reconocida de su práctica que, hasta el momento, ya estaba logrando. En ese documento, se les da reconocimiento social, económico y político para

garantizar su permanencia. También se considera una vía de mantenimiento de recursos naturales y desarrollo alimentario y se esbozan instrumentos para la conservación de recursos, normas y leyes con respecto a la agricultura urbana.

Lo anterior es importante para entender que, aunque la práctica de la agricultura urbana está estrechamente relacionada con el surgimiento del concepto de ‘ciudad’, es relativamente reciente su reconocimiento, tanto en América como en Europa y, probablemente, en otras partes del mundo. A pesar de que este reconocimiento puede ser positivo, también contiene aspectos negativos que veremos a continuación.

Giraldo y Rosset (2016), a través de un análisis discursivo y revisión documental llegan a la idea de que la agricultura urbana está de moda: como se dijo anteriormente, ha tenido un reconocimiento reciente. Pero esto implica que se haya generado el riesgo de que sea “cooptada, institucionalizada y despojada de su contenido político.” (p. 14). El problema de la institucionalidad es que puede borrar, con buenas intenciones, saberes ancestrales, o anteponer la ciencia antes que la experiencia. Por ello, la gente es vulnerable a la dictadura de las instituciones que manejan el tema. Para evitarlo es importante el papel de los movimientos sociales: que no abandonen el poder de la participación social, al fin y al cabo, la agricultura urbana es una forma de resistencia.

2. MARCO TEÓRICO

Al iniciar mi proceso de investigación en huertas de Bogotá noté que existían varios conceptos que en su sonoridad son similares, pero en su significado pueden tener diferencias abismales.

Quería saber si estas huertas estaban haciendo agricultura urbana, pero me topé con que también existía la agroecología y que probablemente, habría un conflicto entre ambos términos. Así que al indagar entendí que uno de los conceptos hace referencia a la producción de alimentos a nivel general, mientras que el otro tiene una base filosófica holística que se compone también del cuidado ambiental.

Por un lado, la agricultura urbana es una forma de aprovechamiento de los espacios pequeños en contextos ciudadanos en lo que se generan alimentos. La FAO (Organización de las Naciones Unidas para la alimentación y la agricultura) la define como “el cultivo de plantas y la cría de animales en el interior y en los alrededores de las ciudades. La agricultura urbana y periurbana proporciona productos alimentarios de distintos tipos de animales, así como productos no alimentarios.” (2018). En ese sentido, esta práctica puede tener fines de seguridad alimentaria e incluso, de comercio que no necesariamente se preocupan por evitar agroquímicos o semillas transgénicas. Por otro lado, la agroecología “incorpora ideas sobre un enfoque de la agricultura más ligado al medio ambiente y más sensible socialmente; centrada no sólo en la producción sino también en la sostenibilidad ecológica del sistema de producción” (Restrepo, Angel & Prager, 2000). A la agroecología le interesan las relaciones posibles entre las plantas y su biosistema, incluyendo a los seres humanos que las cuidan; por eso su filosofía es holística. Por lo tanto, es posible notar que la finalidad de las huertas escogidas y la intención de este trabajo, más que en conocer la agricultura urbana, está en entender procesos agroecológicos debido a su mayor posibilidad de generar resistencias ambientales y sociales.

Otros de los conceptos resonantes que generan disputa entre ellos son: seguridad alimentaria y soberanía alimentaria ¿Cuál de estos dos aplican las huertas?, para saberlo hay que entender sus definiciones. La seguridad alimentaria se centra en el acceso a la comida, en calidad y cantidad suficiente para garantizar la correcta nutrición y salud de las personas (PESA, 2011). Se trata de un tema de satisfacción de necesidades básicas mientras que, en el otro bando, la soberanía alimentaria hace referencia al derecho de los pueblos a participar y decidir sobre sus políticas agrícolas sin involucrar a otros países, porque se quiere mantener el control local y resistir a sistemas de dependencia hacia corporaciones irresponsables. A su vez, rechaza la privatización de recursos naturales porque considera que es una necesidad compartir territorios. Finalmente, buscan ser compatibles con la naturaleza y respetar saberes ancestrales (Gordillo & Méndez, 2013). De esta manera, durante la investigación se pudo notar que en las huertas trabajadas hay mayor inclinación hacia la soberanía alimentaria, sin embargo, esto se profundizará mejor en el apartado de hallazgos.

De acuerdo con lo anterior y con respecto a mi enfoque investigativo, ubiqué las bases de mi trabajo en la comunicación para el cambio social (CCS). Esto fue posible debido a que esta investigación se basó en la teoría fundamentada para realizar el trabajo de campo y luego definir concretamente su marco teórico (en el apartado de metodología explico este enfoque con mayor precisión). Desde la perspectiva de Gumucio (2004), la CCS es una de las conceptualizaciones de la comunicación que hereda elementos de la comunicación alternativa y para el desarrollo, donde la participación es fundamental para superar la dependencia hacia actores dominantes y la intención es que las voces apartadas de la esfera pública se amplifiquen, se quiere “recuperar el diálogo y la participación como ejes centrales” (p. 7), lo cual está muy ligado con lo que los movimientos huerteros intentan lograr.

Al tener todo esto en cuenta y tras la experiencia vivida en las huertas, volví a formular mis objetivos de investigación. Detrás de ellos encontré cinco ideas teóricas que resuenan y que clasifiqué en categorías de análisis de la siguiente manera: 1) diálogos de saberes, 2) prácticas comunicativas, 3) acciones colectivas, 4) formas de organización y 5) resiliencia. En los siguientes subapartados hablaré de las definiciones que entiendo para cada categoría.

2.1. Diálogos de saberes

Al hablar de diálogo de saberes se quiere ver mucho más allá de la ciencia que pueda existir en el tema; se trata de un proceso vivo de comunicación en el que la participación de los saberes cotidianos, ancestrales y vernáculos es fundamental. No es “un diálogo de conocimientos, sino que es un diálogo de sujetos que se respetan, es una relación social, es un gesto político.”

(Echeverri & Román, 2008, p. 20). Las personas que tienen huertas o asisten a mingas —palabra que vienen del quechua *mink'a* que significa “trabajo agrícola comunitario”— han aprendido lo que saben de alguna manera. Es normal escucharlos decir que a través de la práctica se generan conocimientos o, con el devenir tecnológico, es común que recurran a apoyos digitales para complementar información necesaria para el proceso agroecológico. Sin embargo, en todos los casos las interacciones entre distintos actores son fundamentales para fortalecer conocimientos y construir saberes.

El concepto de diálogo de saberes responde a la posibilidad de intercambio y debate horizontal, sin necesidad de una imposición ideológica y en donde se posibilita la construcción de sentimientos comunes. En su argumentación, Gumucio (2011) habla sobre cinco condiciones indispensables para que se logre el cambio social; la tercera es el diálogo de saberes como forma de mantener tradiciones ancestrales y de democratizar el conocimiento,

“El acceso a la información generada en los países industrializados se ve como la solución mágica a los problemas. Hay mucha arrogancia en esta posición, en la cual se asume que el conocimiento es privilegio de las naciones ricas. La CCS fortalece el saber comunitario y promueve el intercambio de conocimientos en condiciones equitativas; el aprendizaje por medio del diálogo, en un proceso de crecimiento conjunto.” (p. 38).

En este proceso participan diferentes actores, como pueden ser las personas, colectivos y algunas instituciones y el carácter de los diálogos puede variar entre negociación, concesiones o construcción colectiva. Lo fundamental es que “los saberes en las relaciones sociales del proyecto son sobre todo saberes del otro; es decir, se trata de saber respetar y reconocer al otro como sujeto.” (Echeverri & Román, 2008, p. 39)

2.2. Prácticas comunicativas

Tras entender que los diálogos de saberes son generadores de tejido social y humanización, es necesario observar que su desarrollo se encuentra en el seno de las prácticas comunicativas. Para definir este concepto me basaré en el pensamiento de Martín-Barbero (1990) y por ello, hay que pensar en la comunicación como un asunto cotidiano que genera experiencias continuas, aunque se debe evitar caer en la ontologización del campo.

Por un lado, se debe entender que el término “prácticas”, en este contexto, se refiere a algo que va mucho más allá de la técnica o el instrumento. Hay tres dimensiones en las cuales las prácticas se desarrollan y alimentan: la socialidad, tecnicidad y ritualidad. (Martín-Barbero,

1990). En primer lugar, la socialidad hace referencia a la relación entre actores y sujetos que quieren rediseñar el orden: de ellos emergen los movimientos sociales. En el caso de mi trabajo, este aspecto se ve en la configuración de los grupos de cada huerta; las personas que hacen minga y se reúnen para los talleres están socializando y construyendo identidad. Sin embargo, esa identidad no es posible construirla si no existe frecuencia en sus encuentros y aquí es donde entra el segundo aspecto: la ritualidad. Las personas de las huertas se reúnen todas las semanas y cada vez entrelazan sus acciones. Si por alguna razón estos grupos dejaran de reunirse un tiempo, el lapso sería perceptible, pues se rompe esta ritualidad. Finalmente, bajo la visión de Martín-Barbero, se encuentra el aspecto técnico, que no debe considerarse exterior ni accesorio, sino parte del proceso: las huertas se reúnen, por lo general, los fines de semana y en el desarrollo de su comunicación es fundamental que se efectúen diálogos cara a cara y que se apoyen en algunos elementos físicos como cuadernos o celulares para hacer registro de lo aprendido o para extenderle la información a quienes no pudieron asistir. Las prácticas que despliegan no sólo construyen comunidad y perduran por sus aspectos rituales, también resultan en innovaciones, en despliegues de creatividad que les permiten renovarse y expandirse. A esta dimensión de innovación, que trasciende lo estrictamente tecnológico es a lo que se refiere Martín-Barbero cuando habla de tecnicidad.

De esta manera, las prácticas constituyen un elemento central de la comunicación, van más allá de lo mediático y de las interacciones con las esferas públicas, redefiniéndose con respecto a las percepciones que antes existían. Por un lado, la acción lleva a otro sentido de la representación política donde las mediaciones hacen parte fundamental del proceso. Un ejemplo de ello es que a través de la experiencia de la siembra y la relación que se forma entre los integrantes, el medio ambiente y los propios alimentos, las personas generan un reconocimiento social y redefinen su propio espacio de construcción de lo político (1990). Por otro lado, la esfera

cultural contempla la función educativa, difusiva y de diversión con participación activa. Aquí el reconocimiento y la apropiación de sus ideas culturales llevan a la integración y constituyen modos de percibir y narrar; es decir, son prácticas que forman comunicación.

Durante las actividades que se desarrollan en las huertas se aprenden nuevas cosas, se genera un espacio de entretención y, posteriormente, se esparce lo adquirido: quienes asisten a estas reuniones tienden a invitar a otras personas, a armar sus propias huertas en sus hogares o a contarles a su círculo cercano sobre esta experiencia. Incluso, en muchas ocasiones, de estas interacciones surgen proyectos creativos e ideas para difundir el mensaje.

2.3. Acción colectiva

Sin duda, las prácticas comunicativas son interacciones fundamentales en el proceso, pero al observarlas con cierta distancia es posible notar que también son una parte de algo más grande: las acciones colectivas. Según Kadava (2016), los integrantes que realizan estas acciones colectivas antes eran considerados homogéneos, debido a que sus comportamientos se encaminan hacia el mismo lugar, pero ahora la teoría habla de ellos como seres heterogéneos que aportan a la reflexión desde distintos puntos de vista y cuyos intereses pueden variar. El poder que hace a las personas configurar estos movimientos huerteros ciudadanos no está en los valores y creencias particulares de cada uno “sino en los entendimientos y sentimientos que de manera intersubjetiva se configuran en asociación durante el mismo proceso de la acción colectiva, acudiendo a la sabiduría popular, al conocimiento de la experiencia y a los repertorios de las culturas políticas.” (Delgado, 2007, p. 48). Pero, de acuerdo con Melucci (1999) ante toda

movilización social está la existencia previa de un conflicto antagonista: un sistema que se quiere retar o cambiar.

Por lo general, estas huertas se han enfocado en procesos de agroecología y, por lo tanto, su proyecto está en transformar la relación humana con la naturaleza y los alimentos. Pelean contra antagonistas concretos: la ley de semillas —que reglamenta el uso de semillas transgénicas— y agroquímicos y, por el contrario, comparten semillas libres, crean remedios naturales para las plantas, buscan el acceso a fuentes de agua y se interesan por recuperar saberes ancestrales en el agro. En el momento en que logran reunirse, ponerse de acuerdo y desarrollar sus ideas, de manera sistemática y creativa están haciendo acción colectiva. Por ejemplo, tomarse espacios públicos donde había deterioro e inseguridad, con el fin de convertirlos en terrenos fértiles para la siembra de alimentos y recuperar saberes ancestrales —este es el caso de La Chipahuerta en Suba o de la huerta en los conjuntos Compostela, en Fontibón— implica protestar, resistir y ejecutar en conjunto, pero no necesariamente porque tengan los mismos intereses. Los une el querer sembrar, pero mientras algunos lo hacen por el acceso a alimentos sanos, otros lo hacen para poner en práctica el conocimiento que han adquirido en este campo, algunos porque consideran que es un espacio para compartir y aprender, y hay quienes quieren mejorar el ambiente en el vecindario. En este ejemplo, se hace evidente el concepto de ‘reterritorialización’ el cual se refiere al “proceso de retoma y construcción de un lugar para volver a sentir identificación con un pasado [...] rescatando sus saberes de antaño en pro de generar procesos de cambio social” (Sánchez & Caicedo, 2017, p. 27) y en las experiencias se llega a él como el punto en común de los intereses individuales de sus participantes.

El ejemplo anterior nos permite comprender mejor que quienes participan de estos movimientos sociales son personas diversas, pero que tienen la capacidad de negociar y consensuar decisiones para llegar a puntos comunes (como se llegó de forma común a la

reterritorialización). De esta manera, los objetivos y actividades de las huertas pueden variar con el paso del tiempo, pues como lo dijo Melucci (1996, citado en Kavada, 2016), lo colectivo es un proceso constante, abierto, que siempre se está formando y cambiando.

Pero para terminar de comprender la acción colectiva, hay que saber que está estrechamente relacionada con la forma en la que se organizan los movimientos,

“Una acción colectiva no puede ser explicada sin tomar en cuenta cómo son movilizados los recursos internos y externos, cómo las estructuras organizativas son erigidas y mantenidas, cómo las funciones de liderazgo son garantizadas. Lo que empíricamente se denomina un “movimientos sociales” es un sistema de acción que conecta orientaciones y propósitos plurales. Una sola acción colectiva, además, contiene diferentes tipos de comportamiento y, por tanto, el que convergen en ella y que posiblemente tienen diferentes consecuencias.”
(Melucci, 1999, p. 11).

Dependiendo de la forma en que se organicen y se definan los intereses de los movimientos sociales, se harán ciertas acciones colectivas. En el caso de las huertas puede existir varias estructuras de participación, diferentes modos de liderazgo y, por lo tanto, resultados distintos de ejecución; la acción colectiva es comunicación y organización. En el siguiente apartado vamos a hablar de esto con mayor profundidad.

2.4. Formas de organización

Como vimos anteriormente, para que estos grupos existan, las prácticas comunicativas se lleven a cabo con regularidad y las acciones colectivas se realicen, la organización es fundamental. Hay que tener en cuenta que, de acuerdo con Melucci (1999) las estructuras de los movimientos sociales son provisionales y están sujetas a cambios, debido a muchos factores como el ambiente en el que se desarrollan, las dinámicas sociales, el liderazgo que tengan, entre otras. Sin embargo,

hoy por hoy, hay muchos elementos a considerar que forman parte de la materialización de la organización.

Para Kavada (2016), la comunicación de la acción colectiva logra ‘solidificarse’ a través de textos generados en la comunidad. Sin embargo, estos textos no solo hacen referencia al conjunto de palabras de los escritos —misión y visión, en caso de tenerlas redactadas—, sino que implican todo tipo de comunicaciones registradas por los colectivos y que después, son difundidas en el voz a voz o en sus medios digitales: grabaciones, videos, fotografías, guiones compartidos, declaraciones comunes, conversaciones, etc. En el camino, es todo esto lo que hace a la organización, “los textos y las conversaciones se constituyen mutuamente en un proceso dinámico que da forma y que remodela la organización.” (p. 9)

Lo interesante de las organizaciones en la actualidad es que los medios digitales entran a hacer parte fundamental de su proceso: deben pensarse como facilitadores de las formas de organización. Por un lado, propician la acción política descentralizada; lo que les ayuda a auto-organizarse y generar participación. Por otro lado, permiten coordinar a través de diversas plataformas a “individuos separados sin necesidad de una identidad colectiva coherente o de una organización formal.” (Kavada, 2016, p. 8) lo cual le da dinamismo a la organización, expande su mensaje y la ayuda a tener un registro virtual de sus propósitos y acciones.

Por último, cada colectivo logra formas de liderazgo particulares que se basan en una idea de participación más horizontal. Gerbaudo (2012) habla del concepto de ‘líderes suaves’ que se refiere a aquellas personas que toman el papel de guías dentro de la organización, pero lo hacen de forma implícita. Un ‘líder suave’ a pesar de saber que está siendo seguido intenta generar participación por parte de los miembros e intenta que ellos también tomen la iniciativa de acuerdo con cada situación. Las huertas logran organizarse a largo plazo gracias al papel de estos ‘líderes

suaves’.

2.5. Resiliencia

En los últimos años, el concepto de resiliencia se ha utilizado con mayor frecuencia en diferentes campos de conocimiento. Desde la perspectiva de las ciencias sociales se entiende como la capacidad de adaptarse a los cambios para mantener el funcionamiento deseado de las cosas. La resiliencia puede hacer referencia tanto a individuos como a comunidades que “son capaces de minimizar y sobreponerse a los efectos nocivos de las adversidades y los contextos desfavorecidos y deprivados socioculturalmente, capaces de recuperarse tras haber sufrido experiencias notablemente traumáticas” (Uriarte, 2013, p. 8)

En el contexto de las huertas en la ciudad, la resiliencia les permite aprender a desarrollar mecanismos que les ayuden a funcionar y persistir a pesar de los inconvenientes que surjan, de mantenerse en pie o generar estrategias de cambio para que su movimiento no desaparezca. Por ello, es valioso entender que la mayoría de las huertas que abordé se conciben como comunidades que buscan un cambio inmediato en sus posibilidades de alimentación y construcción de tejido social a través de la agroecología. “Son experiencias que han interiorizado el hecho de que ya no basta con denunciar, hace falta enunciar.” (Azkarraga, Sloan, Belloy & Loyola, 2012, p. 6).

Si tenemos en cuenta que las personas que impulsan la acción colectiva son dinámicas y están en constante cambio junto a sus formas de organización, tendremos que ver las huertas como si estuvieran evolucionando todo el tiempo y, aunque esto es real, la mayoría de ellas tienen objetivos básicos que se mantienen en el tiempo y las ayuda a tener una consolidación y una evolución clara. Sin embargo, más allá de sus condiciones internas, el mundo exterior, las presiones de actores poderosos pueden afectar sus proyectos y es ahí donde la capacidad de

resiliencia debe surgir para ayudarlos a sobreponerse a las calamidades que vivan. Un ejemplo de esto es la huerta de los conjuntos Compostela, en Fontibón, la cual está liderada por Gerardo, un joven activista que anteriormente había participado en proyectos de agroecología en la localidad, pero que debido a cambios administrativos de ciertos terrenos tuvo que desmontar la huerta y desintegrar el proceso. Sin embargo, meses más adelante convocó a personas nuevas y a antiguos participantes a construir otra nueva huerta a partir de los conocimientos que ya había adquirido.

Fue a partir de todas estas observaciones anteriores que entendí que la agroecología en Bogotá se basa en una serie de prácticas comunicativas y acciones sociales que se construyen, organizan y perduran en diálogos de saberes y formas de cooperación muy diversas. Aunque haya huertas individuales que existan y funcionen, sus posibilidades de perduración pueden ser menores debido al gran trabajo que implican. Por lo tanto, la acción colectiva y su organización es lo que permite que sean capaces de resiliencia en medio del complejo devenir de la ciudad y frente al orden nacional.

3. METODOLOGÍA

Este trabajo de investigación se desarrolló basándose en la Teoría Fundamentada, la cual surge en la escuela de sociología de Chicago con el desarrollo del interaccionismo simbólico. Sus autores, Glaser y Strauss, la presentaron como una “aproximación inductiva en la cual la inmersión en los datos empíricos sirve de punto de partida para el desarrollo de una teoría sobre un fenómeno con el que el investigador siempre mantiene un vínculo evidenciado con datos de campo.” (Guillemette, 2006, p. 32). Esta ofrece la posibilidad de analizar una realidad sin haber establecido una hipótesis estricta, es decir, alejarse de suposiciones y variables categóricas previas a la investigación. “El resultado de un estudio de Teoría Fundamentada es una interpretación analítica del mundo de los participantes y de los procesos para construir esos mundos” (Charmaz, 2005, citado en De la Cuesta, 2006).

Para que la Teoría Fundamentada se pueda desarrollar, lo ideal es que la investigación esté orientada a generar una teoría sobre el fenómeno observado, o que complemente otras que no tengan explicaciones suficientes en el campo de estudio (Páramo, 2015). Es por esta razón que la inmersión en la realidad social que se pretende estudiar sirve como punto de partida para desarrollar una propuesta en este trabajo y, por ello, antes de tomar la decisión del marco teórico que usaría en este proyecto, empecé un trabajo de observación y participación en el parque “El mirador de los nevados” de la localidad de Suba, en Bogotá, el cual duró un mes. El fin era tener un acercamiento a los agricultores urbanos que allí se reúnen y a sus formas de participación e interacción, sin embargo, esto no sucedió sin tener alguna idea previa.

Mi suposición consistía en que los conocimientos que tienen estas personas sobre el manejo y cuidado de las huertas no se logran únicamente con procesos individuales, sino que requieren de interacciones y diálogos de saberes con otros individuos que tienen experiencia en el

mismo tema. Alrededor del acto de resistencia que implica tener una huerta en medio de una ciudad como Bogotá (que no solo tiene graves problemas de contaminación, sino que a su vez está cargada de un estilo de vida acelerado que hace a los supermercados la vía más rápida para obtener alimentos) se forman espacios de discusión y aprendizaje donde las personas se comunican y generan sus propias estrategias para mantener en pie su esfuerzo. Por otro lado, y teniendo en cuenta la discusión sobre la ley de semillas, establecida a través de la resolución 970/2010 del ICA (Instituto Colombiano Agropecuario), la cual reglamenta el tipo de semillas que los agricultores del país pueden usar (transgénicas en su mayoría de casos), mi suposición se encaminaba a que muy probablemente estas personas desafiaban las reglas, sembraban semillas orgánicas e intercambiaban entre ellos sus propias plantas para garantizar que estuvieran libres de agroquímicos: con eso se mantendrían como una forma de resistencia que tiene fines ambientales, de salud y de soberanía de la tierra.

Al finalizar las reuniones con los agricultores del parque “El Mirador” viajé a Medellín a conocer el proceso de investigación de la Universidad de Antioquia, la Universidad Javeriana de Bogotá y la Universidad Autónoma de Occidente en Cali, que se titula “Prácticas comunicativas en la agricultura urbana de Medellín: tejido social, territorio y saberes”. Mi finalidad era entender cómo se estaba realizando el trabajo y, de la misma manera, lograr vincular mi proyecto, pues ellos convocaban a investigadores para aportar a la autorreflexión del proceso de agricultura urbana que viene creciendo en el país en los últimos años. Allá estuve cuatro días en los que fui a campo junto a los investigadores para entender cómo se estaba aplicando un instrumento y conocer algunas de las resistencias agroecológicas que se viven en la ciudad antioqueña.

Dicha investigación aspira expandir la discusión académica de la comunicación en agricultura urbana, por lo cual su objetivo principal se encamina a “comprender el papel que juega la comunicación en las interacciones digitales y los momentos de encuentro físico de los

nodos que hacen parte de la Red de Huerteros de Medellín y que permiten su funcionamiento, haciendo uso de cartografías sociales y digitales” (Grupo de investigación C, P y S, 2017). Para ello se espera mapear la configuración actual de la red, identificar las interacciones comunicativas que permiten el funcionamiento de esta, describir cómo se ha activado el tejido social que posibilita la existencia de la red y cómo está la construcción del territorio y las dinámicas tanto físicas como digitales. Por último, quiere explicar las dinámicas de generación, articulación y circulación de saberes.

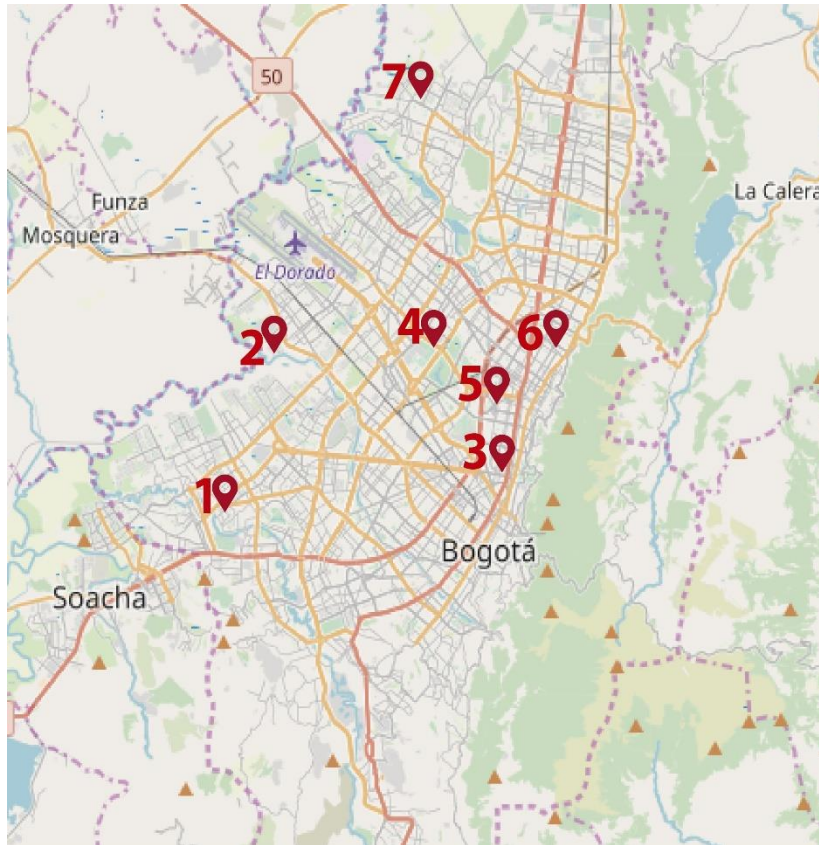
A partir de toda esta información, adapté los objetivos de la investigación de Medellín a la que yo pretendo realizar en Bogotá a menor escala, ya que mi interés es muy similar; se enfoca en entender de qué manera se desarrolla el diálogo de saberes y los procesos comunicativos entre agricultores urbanos de Bogotá. Por ello, mi objetivo es analizar lo anterior a través de la descripción de las formas de organización y las acciones de personas y colectivos interesados en la agroecología urbana; la comprensión de las dinámicas de encuentros de saberes entre agricultores urbanos de Bogotá; el entendimiento del papel que juega la comunicación en los colectivos de agricultura urbana de la ciudad y, finalmente, la identificación de prácticas de resiliencia.

Después de haber definido mis propios objetivos, hice la selección de la población que hace parte de esta investigación. Escogí siete huertas en toda la ciudad con muestreo de máxima variación, proceso con el cual se espera construir una muestra heterogénea: “El procedimiento para conseguir la máxima variación en la muestra consiste en seleccionar una serie de características que serán empleadas para estructurar el diseño de esa diversidad que se pretende, por ejemplo, las variables raza, religión, cultura, etc.” (Alaminos & Castejón, 2006, p. 52) El número de huertas es decidido porque teniendo en cuenta el tiempo destinado a esta investigación, era más viable conocer todas las huertas si no escogía muchas. La ubicación

resulta importante en la medida en que las diferentes zonas de Bogotá tienen características distintas que favorecen o no el desarrollo de las huertas, tales como estrato, condiciones geográficas, programas de incentivos de las localidades, perspectivas del vecindario, etc. Así, hay más riqueza en la información y al momento de analizarla se pueden generar mejores contrastes.

La primera huerta que escogí se encuentra en el barrio Roma, de la localidad de Kennedy, al sur de la ciudad. Se trata de “Huerta Iguaque”, una iniciativa comunitaria que con el accionar de los vecinos del barrio ha logrado ponerse en pie. Iniciaron en septiembre del 2018 y se han conectado con distintos procesos comunitarios del sector. En segundo lugar, está la huerta de los conjuntos Compostela, justo en frente a la zona franca de Fontibón, la cual está liderada por un par de jóvenes y conformada por mujeres del sector. En tercer lugar, se encuentra la “Huerta Santa Elena”, la cual lleva doce años funcionando en el barrio La Perseverancia, de la localidad de Santa Fé, en el centro de Bogotá. Pertenece a una mujer mayor que adaptó el patio de su casa para convertirlo en su huerta. En la cuarta posición se ubica una pequeña huerta que espera servir de apoyo en el hogar de tres chicas que comparten residencia en el barrio La Esmeralda, en la localidad de Teusaquillo.

La quinta huerta está ubicada en un apartamento de la localidad de Teusaquillo, tiene forma vertical y hasta el momento, ha producido plantas aromáticas y medicinales. Le pertenece a un joven estudiante universitario. La sexta huerta es “Jardín 82”, un espacio de trabajo comunitario financiado por el Instituto Goethe. Lleva funcionando desde el 2015 y se sitúa en el límite entre Chapinero y Usaquén. Finalmente, la séptima huerta pertenece al movimiento “Chipacuy”, un espacio comunitario para la construcción de tejido social en la localidad de Suba. Conocí estas huertas a medida que iba pidiendo recomendaciones, gracias a sus *Fanpages* y grupos de Agricultura Urbana de Facebook.



Elaboración propia (2019) *Mapa de Bogotá con ubicación de las huertas investigadas*

Posterior al contacto que hice con las huertas, definí las técnicas e instrumentos de investigación y todo el trabajo de campo inició el 12 de enero y terminó el 4 de febrero del año 2019. De la misma manera que el proyecto de la Universidad de Antioquia, las técnicas de recolección de datos que usé son entrevistas semiestructuradas y cuasi etnografía, a través de la observación participante. Yo utilicé dos instrumentos: por un lado, una bitácora de viaje, es decir, “una herramienta que favorece la reflexión significativa y vivencial, que recoge informaciones, observaciones, hipótesis, pensamientos, explicaciones, sentimientos, reacciones e interpretaciones” (Palomero, Palomero & Fernández, 2010), en la que anotaba citas de los que escuchaba, el relato de mi experiencia en la huerta y hacía algunos dibujos (Anexo 1). Para mí resultaba trascendental tener un registro escrito de la experiencia para poder recurrir a él en el

momento del análisis. Por otro lado, utilicé una encuesta que yo debía diligenciar a partir del diálogo con los agricultores. Para Medellín (Grupo de investigación C, P y S, 2017), esta encuesta contaba con 65 preguntas, de las cuales algunas son cuantitativas y otras cualitativas, y en donde se indaga por formas de comunicación, transmisión de saberes, prácticas sociales, factores técnicos de la huerta, entre otros (Anexo 2). Yo mantuve estas mismas preguntas base, para que al finalizar mi proyecto se pudiese hacer contraste y cruce de datos con dicha investigación; sin embargo, le agregué 15 preguntas que, consideraba, hacían falta para responder mejor a mis objetivos específicos:

- ¿Conocen alguna de las redes de huertas de Bogotá?
- ¿Qué relación han tenido con las redes de huertas de Bogotá?
- ¿Cuál ha sido el aporte de las redes de huertas de Bogotá a esta huerta?
- ¿Se reúnen todos los miembros de la huerta al mismo tiempo?
- ¿Cómo se coordinan para cuidar la huerta?
- Si una persona nueva quiere unirse al grupo ¿puede hacerlo? ¿cómo lo hace?
- ¿Utilizan redes sociales?
 - En caso de que sí: ¿el tener redes sociales ha representado un cambio significativo para el movimiento/grupo?
- ¿Cómo se toman las decisiones?
 - a. Las toma un líder
 - b. Entre todos lo discutimos
 - c. Algunos decidimos
 - d. Otra forma ¿Cuál? _____
- ¿Cómo consiguen la financiación para sus actividades?
- ¿Planifican detenidamente sus actividades?
- ¿Hay contacto por fuera de las reuniones del movimiento entre los integrantes?
- ¿Qué los impulsa a hacer parte del movimiento?
- Escala Likert del clima (organizacional) de la huerta
- ¿Su principal interés es generar conciencia ambiental?

Adicional a esto, cuando estuve en Medellín asistí a un taller, junto al grupo de investigación de la red de huerteros, sobre la plataforma para la recolección de información *Kobo Toolbox*. Se trata de un software de datos abiertos, es decir, sin restricciones de derecho de autor o mecanismos de control. Por esta razón, fue elegido como soporte técnico para realizar las encuestas/entrevistas — además de las facilidades técnicas que representa, pues con esta

aplicación se puede calcular la ubicación y área de la huerta con solo dar clic a un botón, se puede escribir directamente la respuesta de los entrevistados, tomar fotos y grabar audios—. Además, se utilizó la aplicación *OpenStreetMaps*, un proyecto colaborativo para crear mapas editables, la cual cuenta con el mismo principio ético de libre acceso y cuya función es poder ubicar geográficamente cada huerta trabajada.

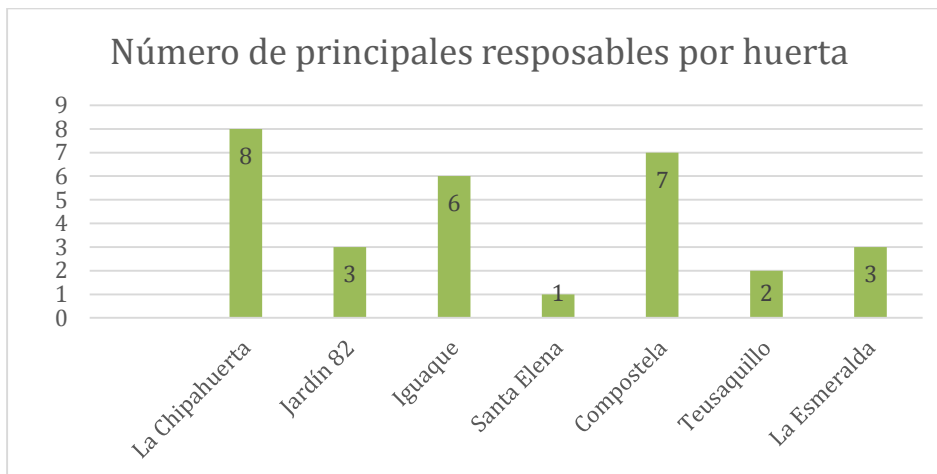
En este proyecto resulta fundamental trabajar con este criterio de datos abiertos en todo lo que se hace: por un lado, porque el propósito de esta investigación es que los hallazgos puedan compartirse sin restricciones y por el otro lado, porque, para mí, esto representa ser coherente con la ideología de la agroecología urbana como resistencia: todos tiene derecho al acceso de semillas libres de la misma forma que a los datos libres. Nada de esto se trata de un negocio ni de exclusividad, sino de aportar a todo aquel que de alguna manera le sirva y quiera participar.

4. HALLAZGOS

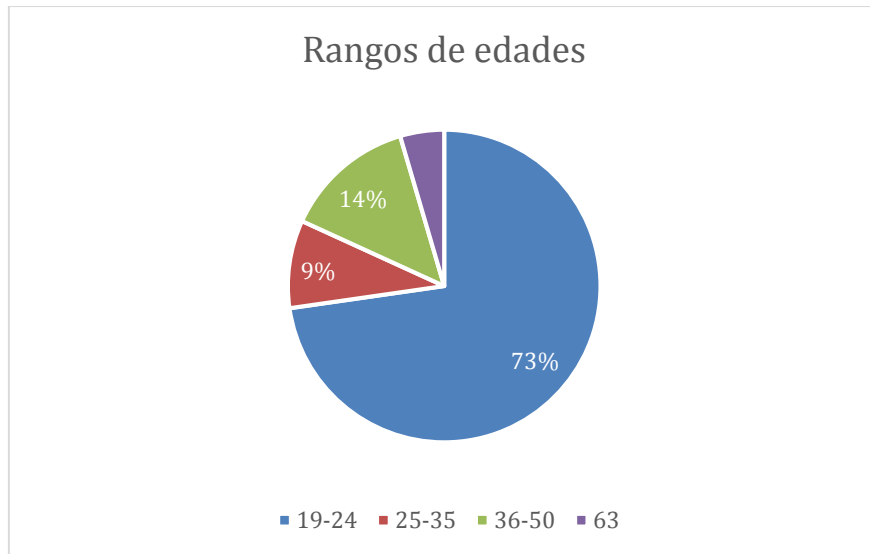
Debido a que las preguntas de la encuesta aplicada a cada proceso eran de carácter cuantitativo y cualitativo, en este apartado dividiré el análisis de las respuestas de la misma forma. En la primera parte veremos gráficas y variables cuantificables con las interpretaciones pertinentes para tener un margen de comparación entre las iniciativas. Para la segunda parte propongo retomar las categorías que vimos en el apartado del marco teórico y recordar también las descripciones que hice de las huertas, para empezar a hablar a profundidad de lo encontrado en cada experiencia agroecológica. En la parte final, existe una tercera división donde se explica la función de la bitácora en la redacción de los hallazgos.

4.1. Experiencias ponderadas

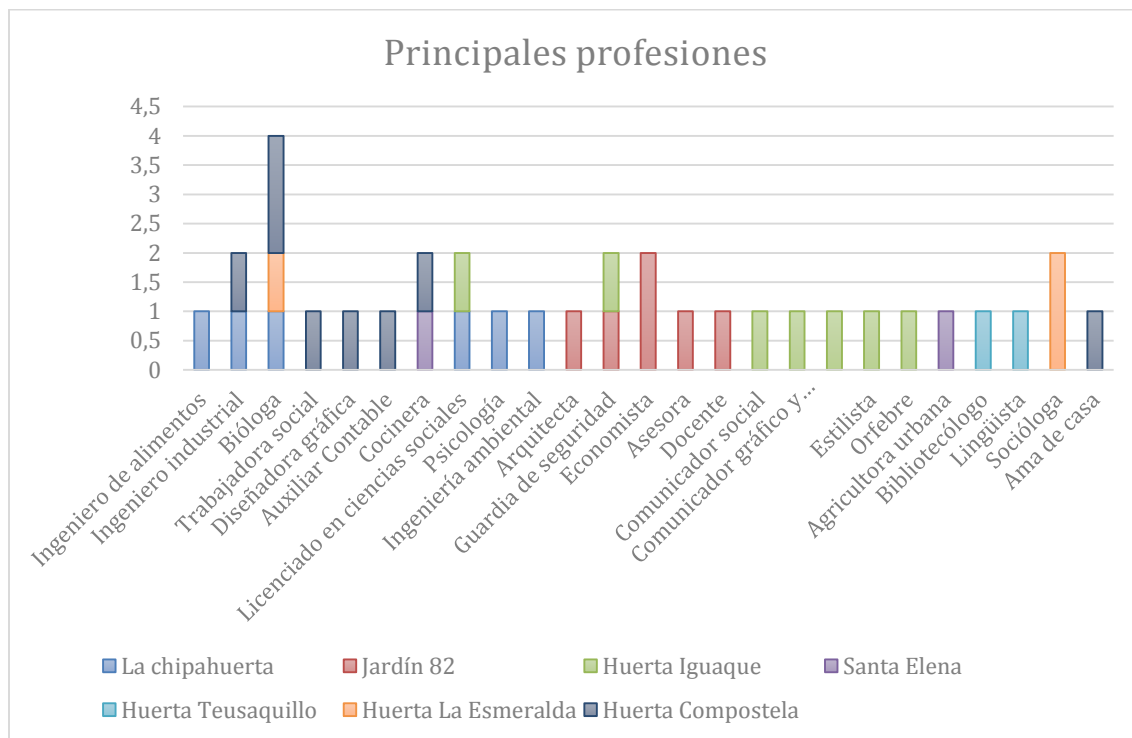
4.1.1 Equipo colaborador



La mayoría de las huertas comunitarias cuentan con más participantes, pero la gráfica refleja los miembros principales que están constantemente. El promedio de los principales responsables es de 4 personas por huerta.



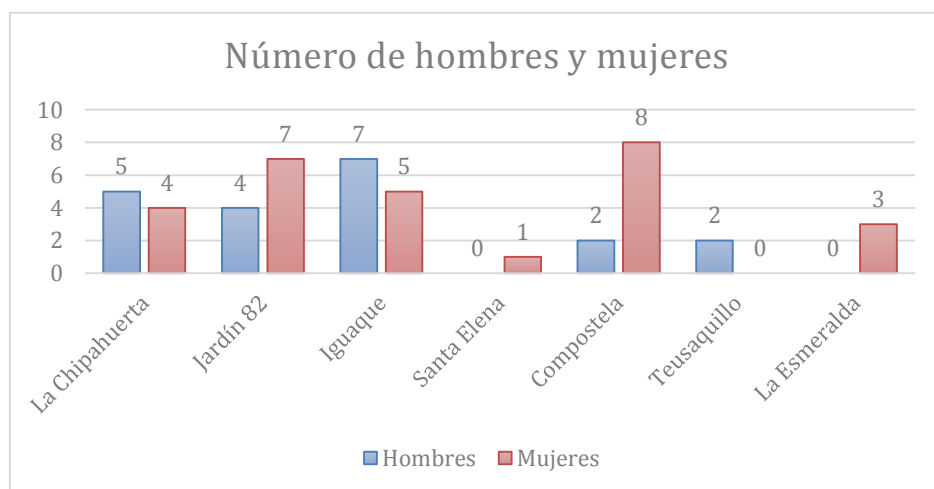
En esta gráfica se muestran los rangos dominantes de edades en todas las huertas. La mayoría de los miembros están entre 19-24 años.



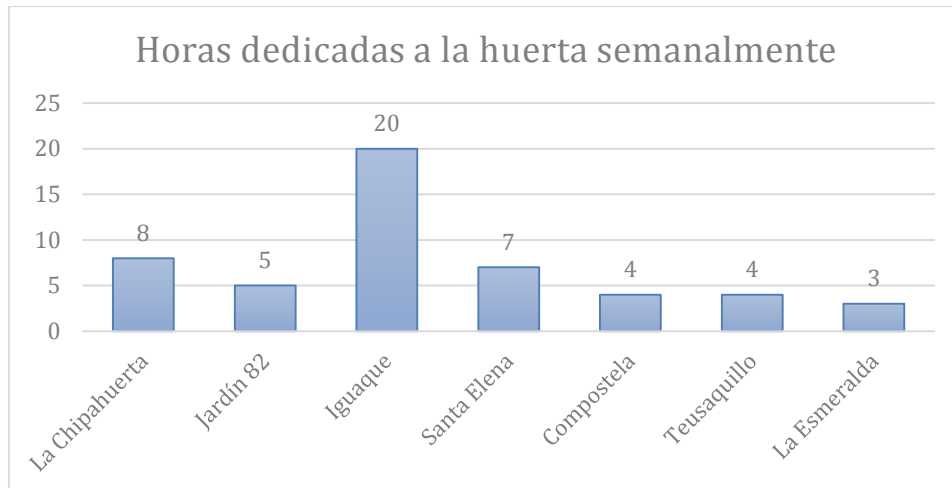
Las profesiones de los integrantes de las huertas son diversas, sin embargo, biología es la más común.



Todas las huertas utilizan WhatsApp como canal para comunicarse y la mayoría se comunica también cara a cara. Jardín 82 e Iguaque son las huertas que más canales utilizan para comunicarse.

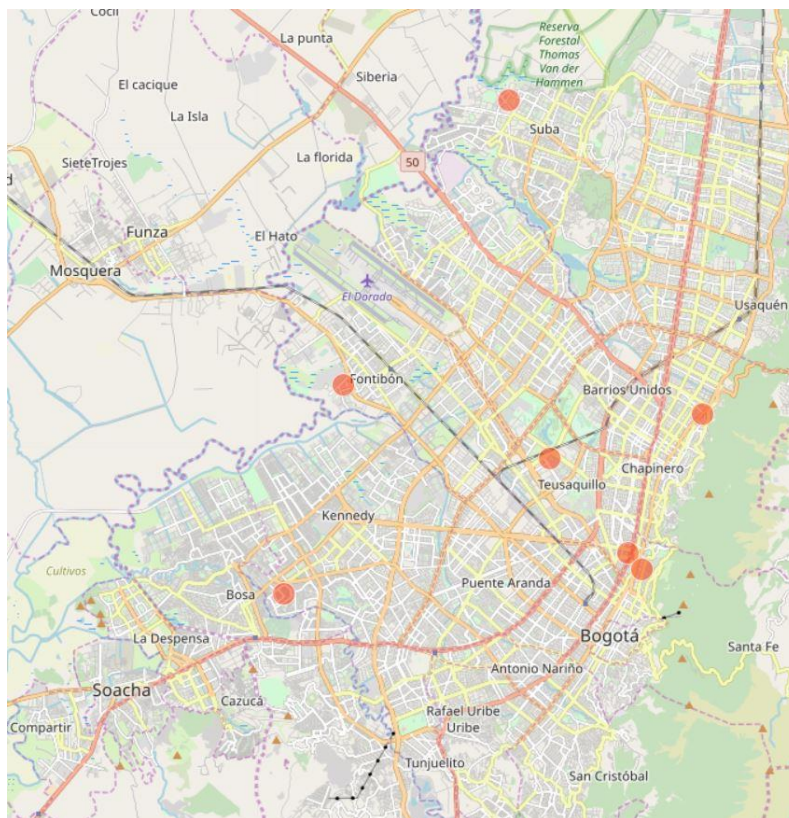


La cantidad de mujeres en las huertas es mayor que la de hombres. En promedio, hay 4 mujeres por grupo, frente a 2.8 hombres.

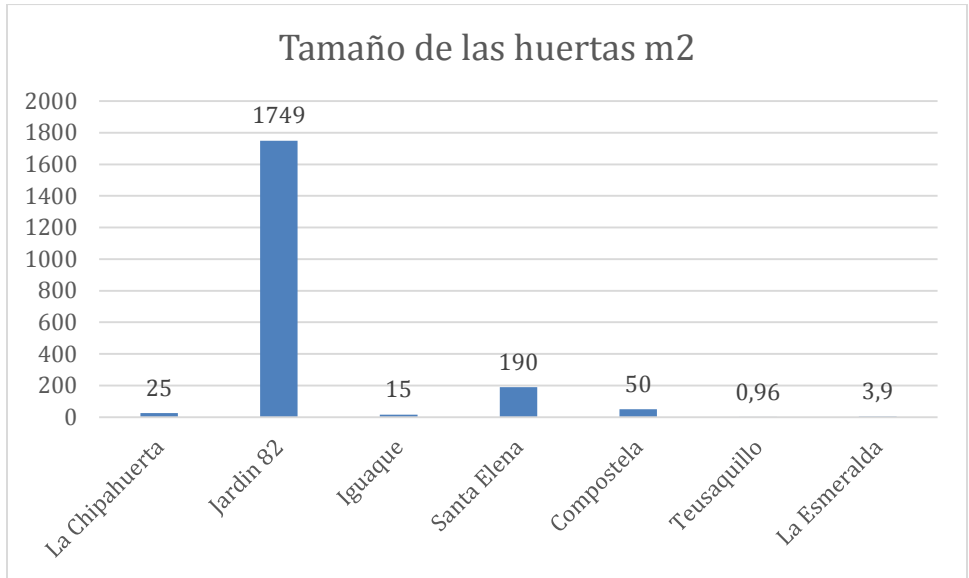


Iguaque es la huerta que mayor tiempo dedica al cuidado de las plantas debido a que se reparten tareas entre sus miembros y, en sumatoria, logran varias horas. En promedio, las huertas dedican 7.2 horas semanales en los cuidados de las plantas.

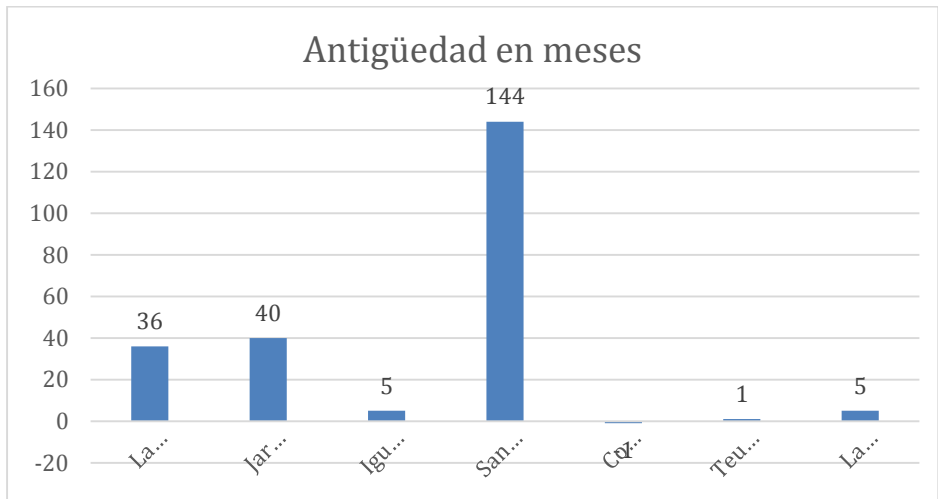
4.1.2 Descripción y caracterización de la huerta



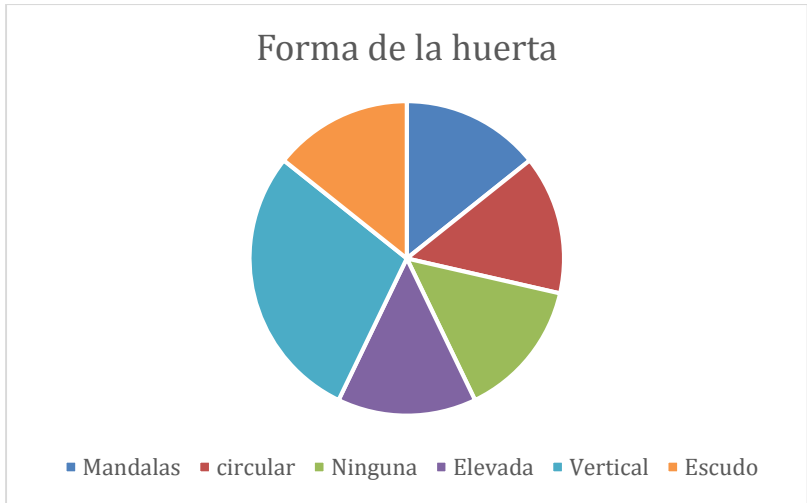
Las huertas se encuentran en distintos puntos de la ciudad: norte, sur, oriente y occidente.



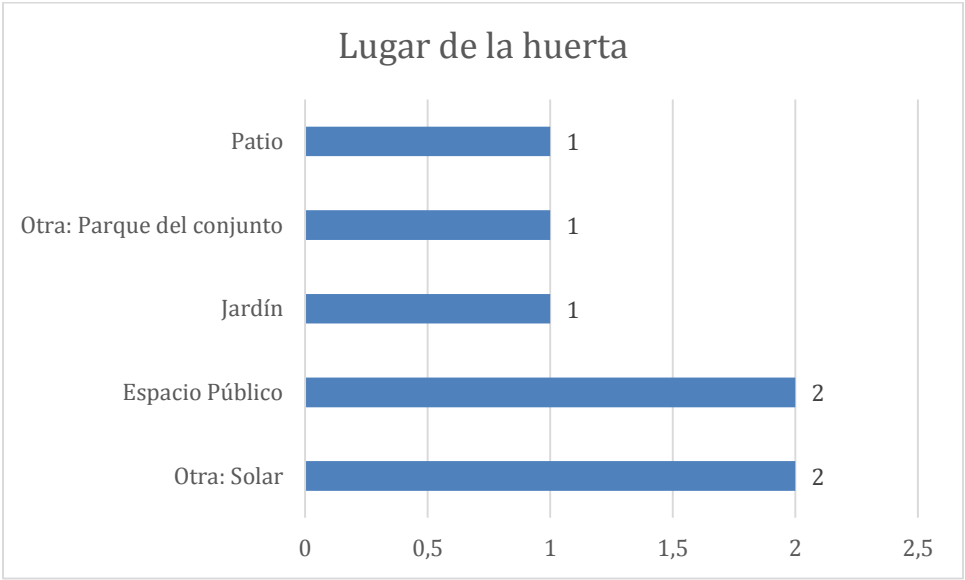
Jardín 82 es la huerta más grande de todas y la de Teusaquillo la más pequeña. En huerta Iguaque hay 15 m2 cultivados, pero el grupo cuenta con un terreno de 500 m2 para realizar ampliaciones.



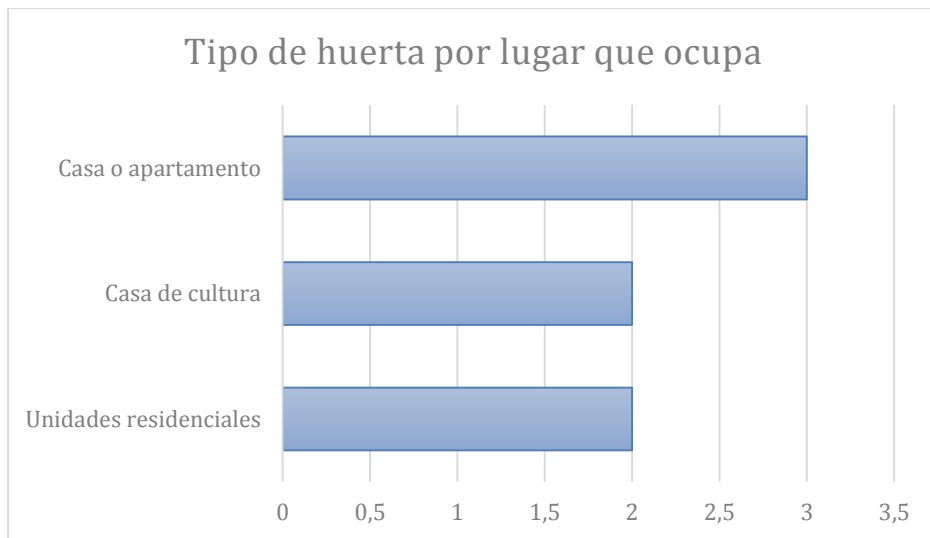
Santa Elena es la huerta más antigua y la huerta de los conjuntos Compostela la más joven. En promedio, las huertas tienen una antigüedad de 33 meses.



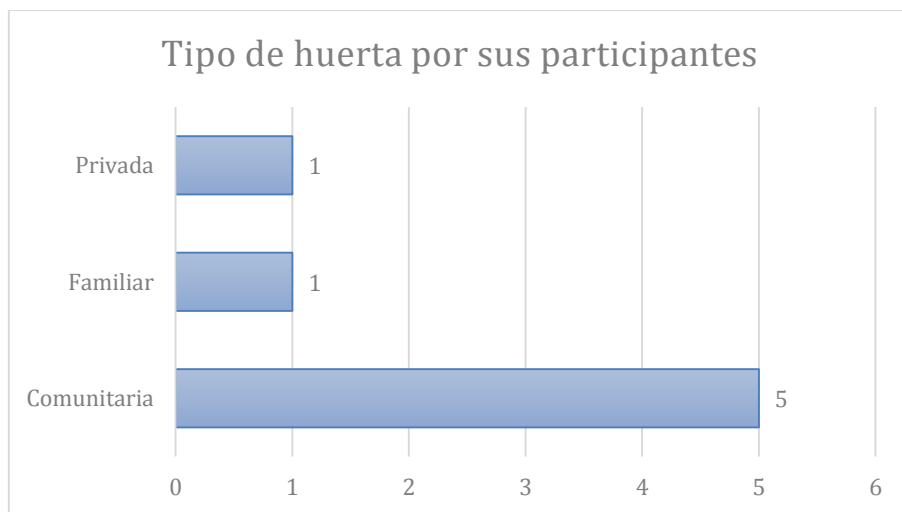
Las formas de las huertas son diversas, sin embargo, las verticales son más comunes en residencias.



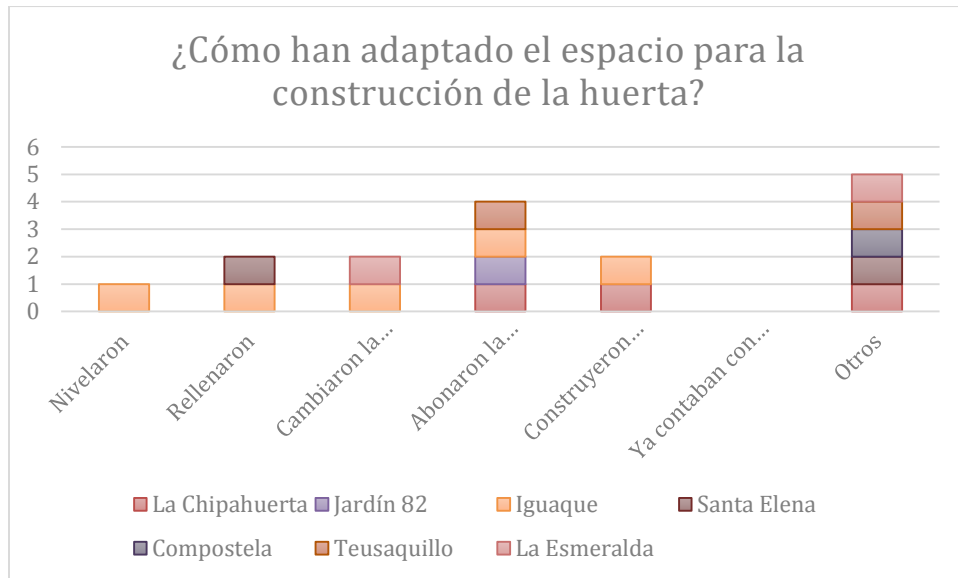
Los lugares en los que se ubican las huertas son diversos, aunque, son más comunes los espacios públicos y solares de viviendas.



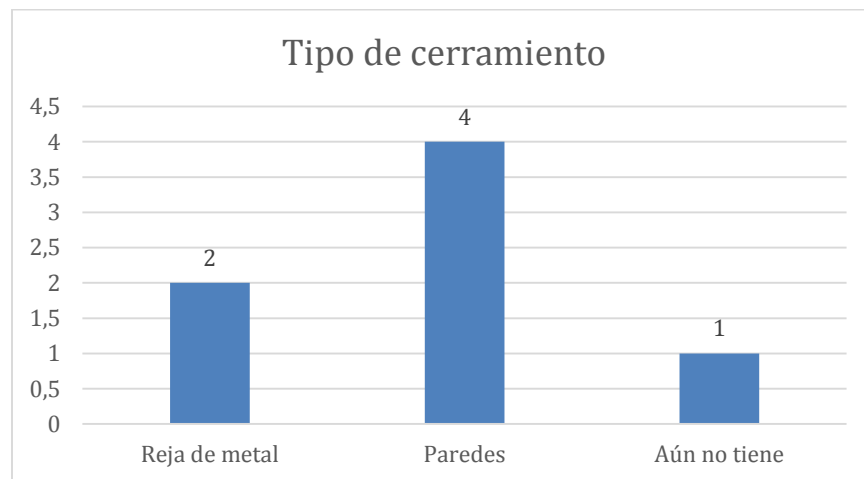
Las huertas ubicadas al interior de casas o apartamentos son las más comunes, seguidas de las de unidades residenciales y, por último, las que se ubican en un espacio cultural.



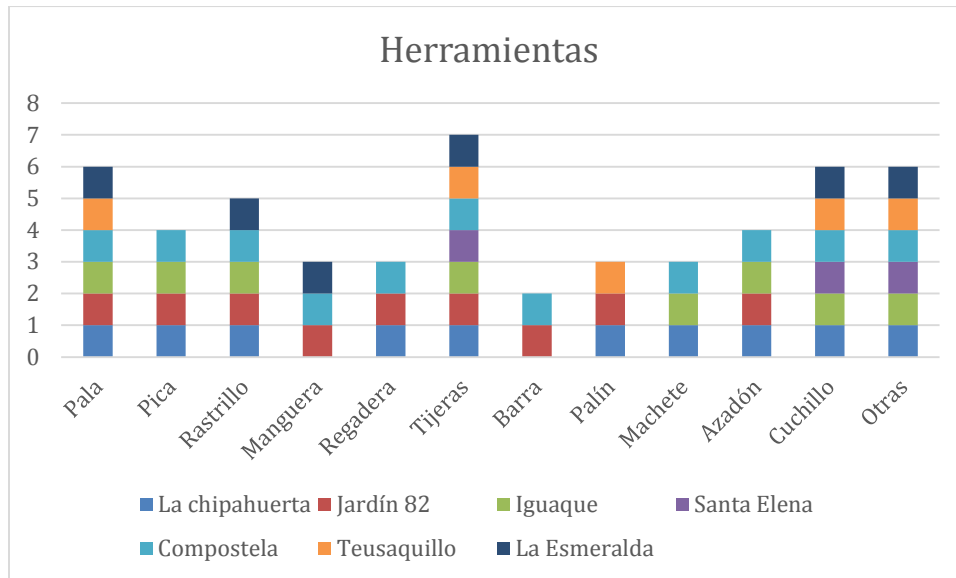
La mayoría de las huertas entrevistadas son comunitarias.



Abonar la tierra es la adaptación más común para iniciar las huertas. Sin embargo, en la categoría “otros” es la que más se contestó y en la que se incluye: limpieza general del terreno, construcción de camas altas, se trajo tierra, quitar el pasto, compra de *europalets*, cambio y compra de materas.

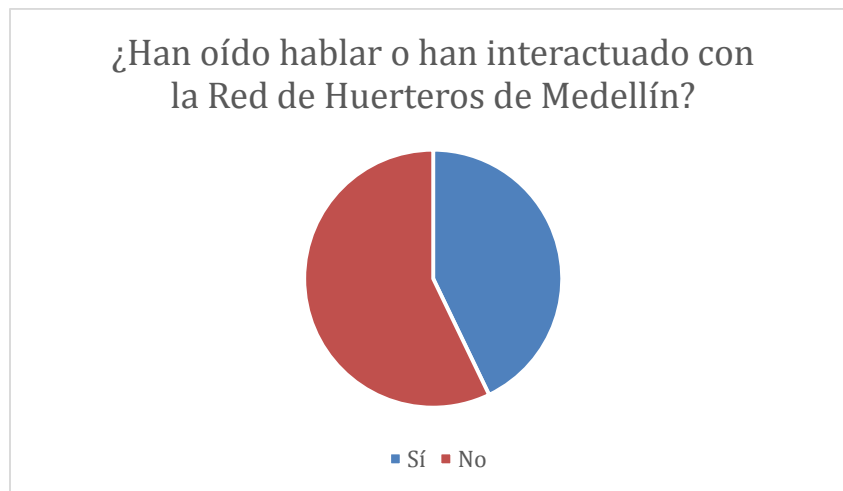


Las paredes como tipo de cerramiento son las más comunes en lugares de terreno privado y las rejas de metal en espacios abiertos.

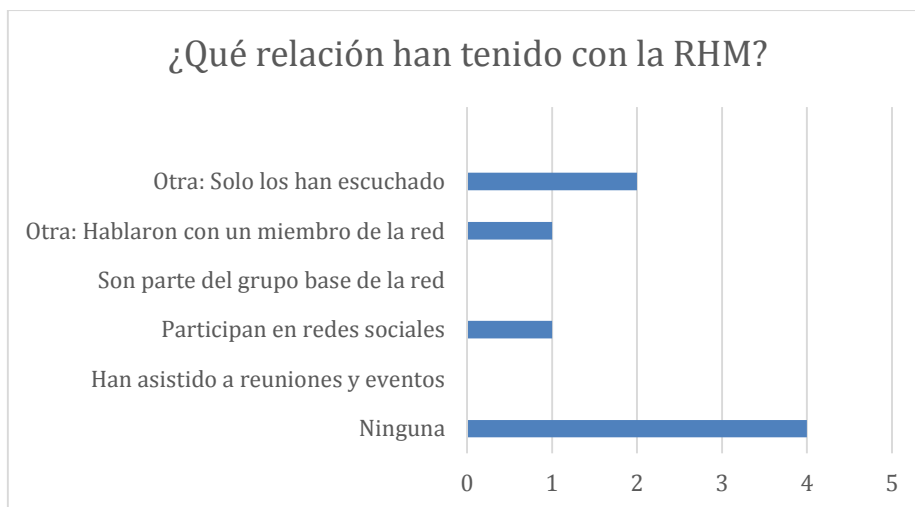


Las tijeras son las únicas herramientas que se encuentran en las siete huertas analizadas. La pala y el cuchillo también son comunes. La respuesta “otras” incluye: atomizador, palo de madera, herramientas básicas de construcción, tarrito con huequitos para regar, rastrillo, carretilla, metro, palas chiquitas, paladraga, navajas, alicates, llaves brístol, botellas y tinajas, guantes, podas.

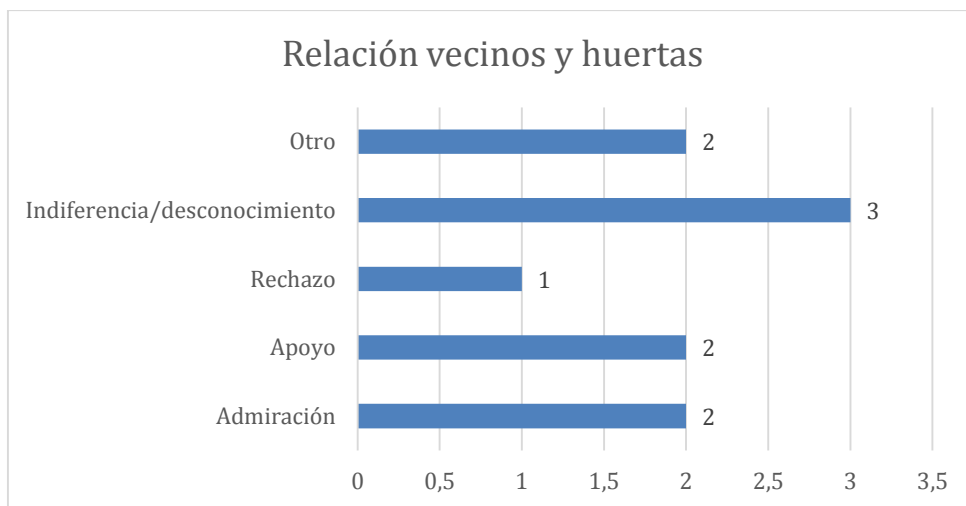
4.1.3 Relaciones con la comunidad, colectivos u organizaciones



La mayoría de las huertas trabajadas no conocen la Red de Huerteros de Medellín, ni han interactuado con ella.

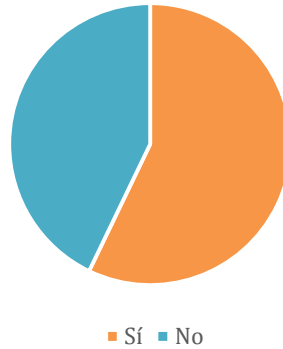


A pesar de que en la gráfica anterior se muestre que varias huertas han escuchado sobre la RHM, solo una ha tenido relación con dicha red a través de las redes sociales y gracias a un encuentro que se tuvo con uno de los integrantes de la red en un evento del tema.



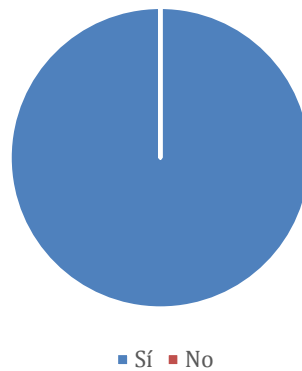
La relación más común de los vecinos hacia las huertas es de desconocimiento o indiferencia. Además de apoyo y admiración, la opción “otro” fue mencionada en dos ocasiones; en una se habla la relación con vecinos problemáticos y en otra de aquellos que han ido aprendiendo con el proceso. En palabras de Pablo, de La Chipahuerta: *“están los vecinos que se roban las cosas (cada vez son menos) y están los que apoyan la huerta: vienen, visitan, limpian, protegen. Se empoderan. Evitan los jíbaros y la delincuencia (llamando a la policía), evitan que los perros entren...”*

¿La aparición de esta huerta ha generado otras huertas en la zona?

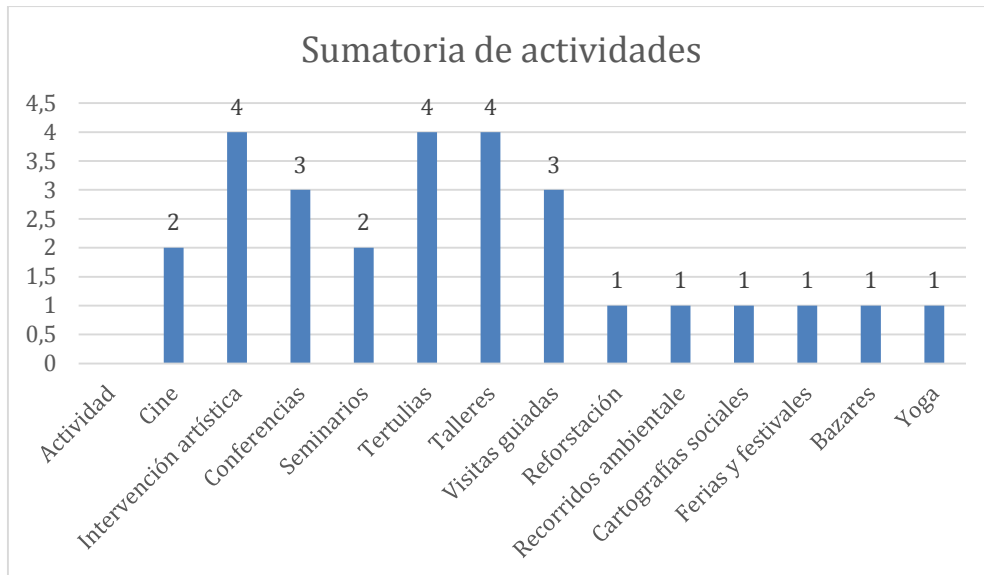


Gran parte de las huertas han generado otras iniciativas en la zona, aunque todas han aportado a otros procesos, muchos de ellos no son cercanos en ubicación.

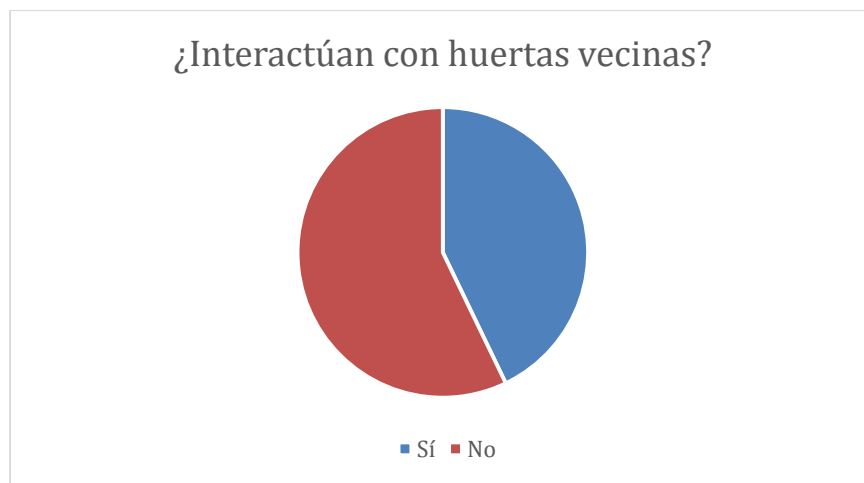
¿Se han desarrollado procesos de enseñanza y aprendizaje en la huerta?



Todas han generado procesos de enseñanza y aprendizaje a través de la práctica, talleres, diálogo de saberes, mingas y visitas.



Las intervenciones artísticas, tertulias y visitas guiadas son las actividades más comunes realizadas en las huertas.

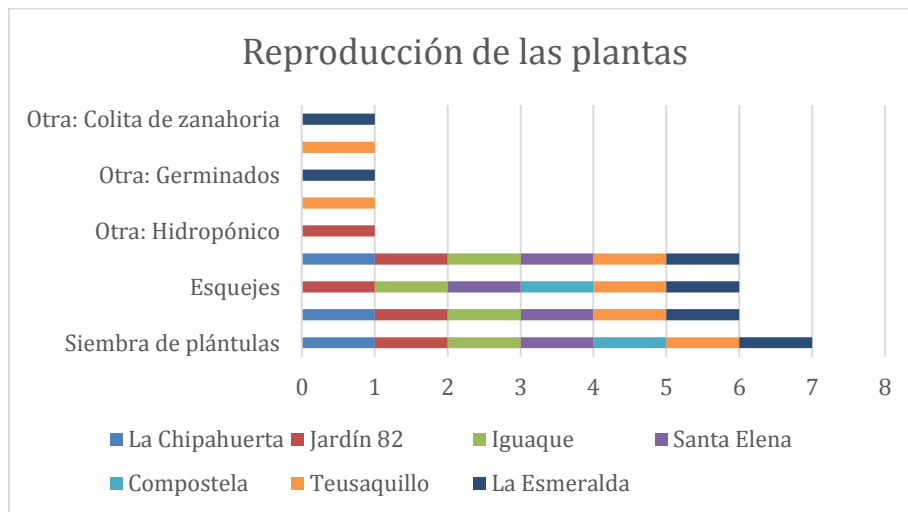


La mayoría de las huertas no interactúan con huertas cercanas porque no hay procesos similares en la zona.

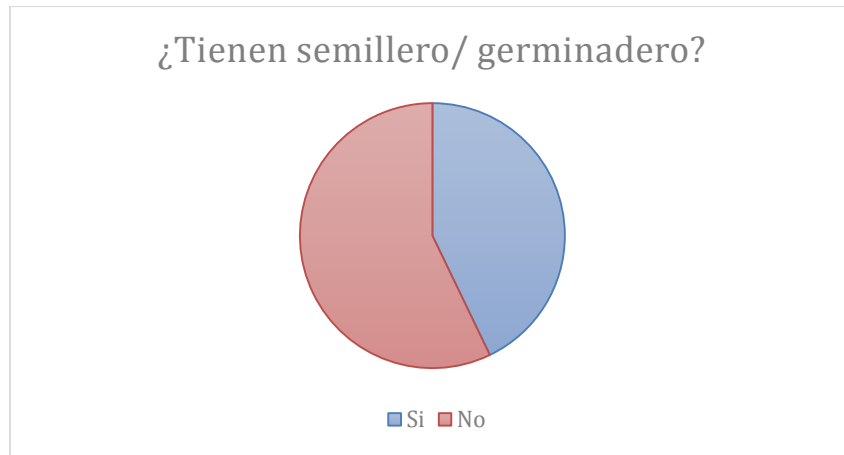


Todas están interesadas en que se expandan los conocimientos que han adquirido.

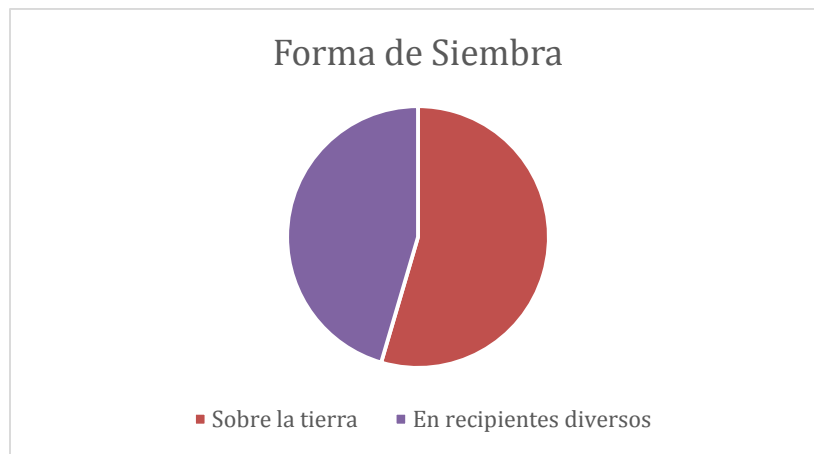
4.1.4 Prácticas de siembra



La forma de reproducción de plantas que comparten todas las huertas es la siembra de plántulas. Seguido a estas están las semillas, piecitos y esquejes.

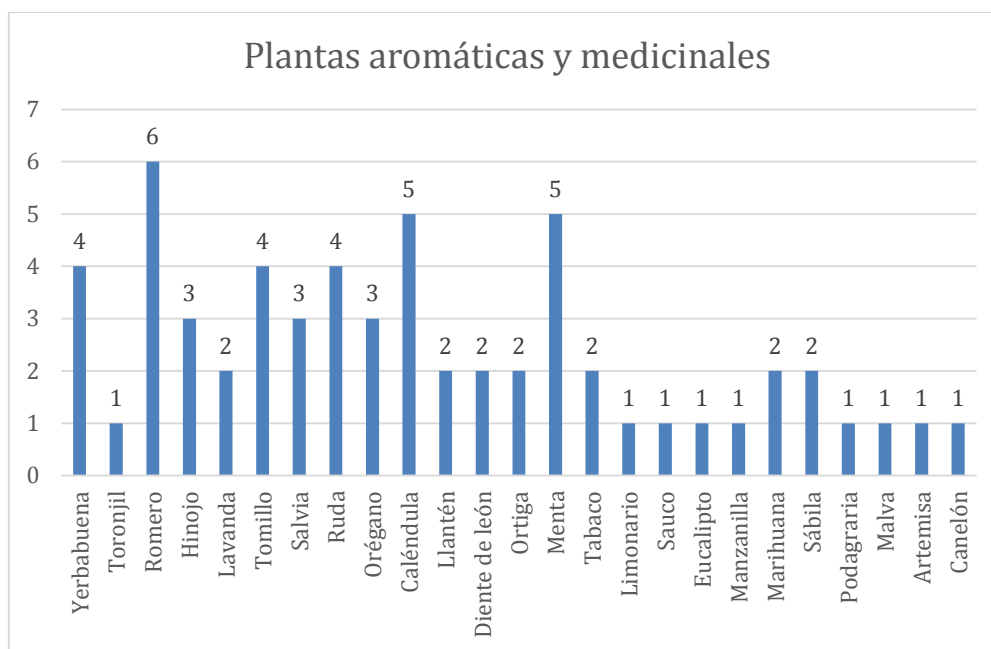


La mayoría de las huertas no tienen semilleros y/o germinaderos, sino que consiguen sus semillas a través de otros medios.

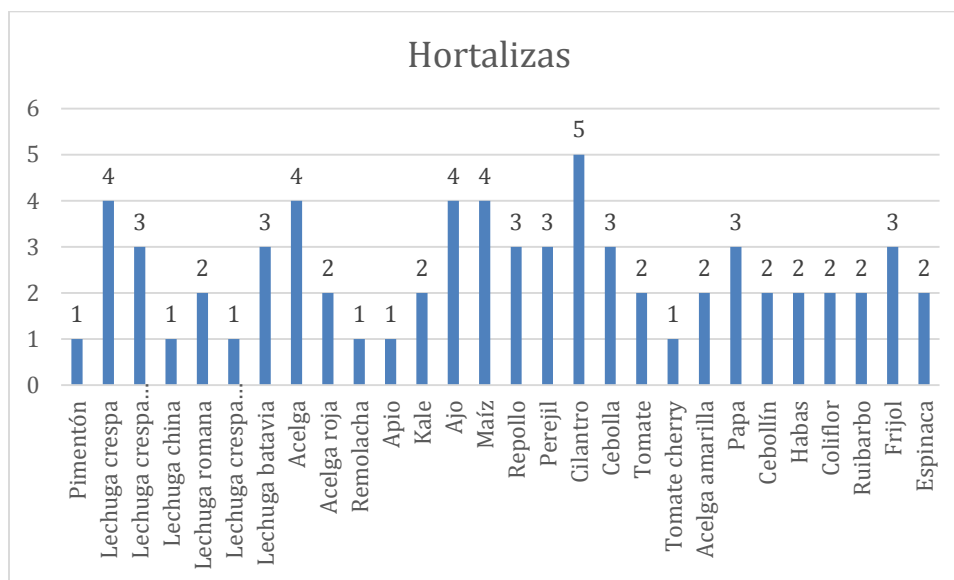


La mayoría de las huertas siembran sobre la tierra.

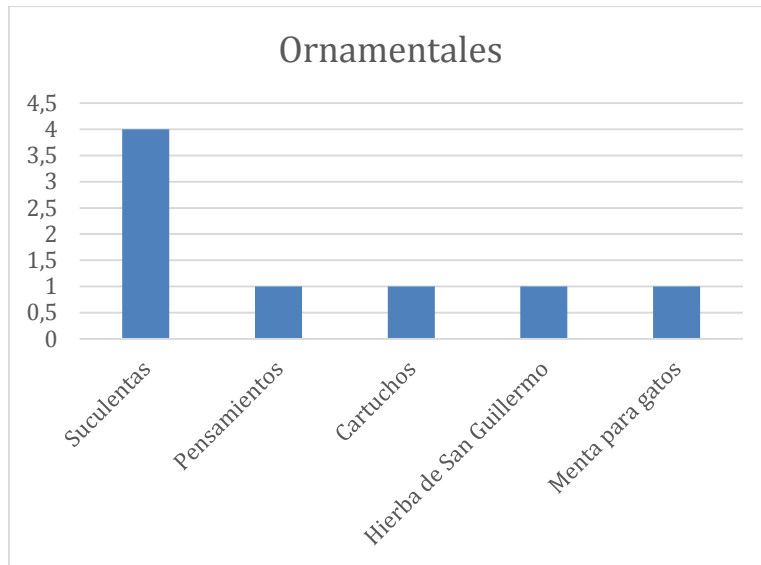
¿Qué se siembra?



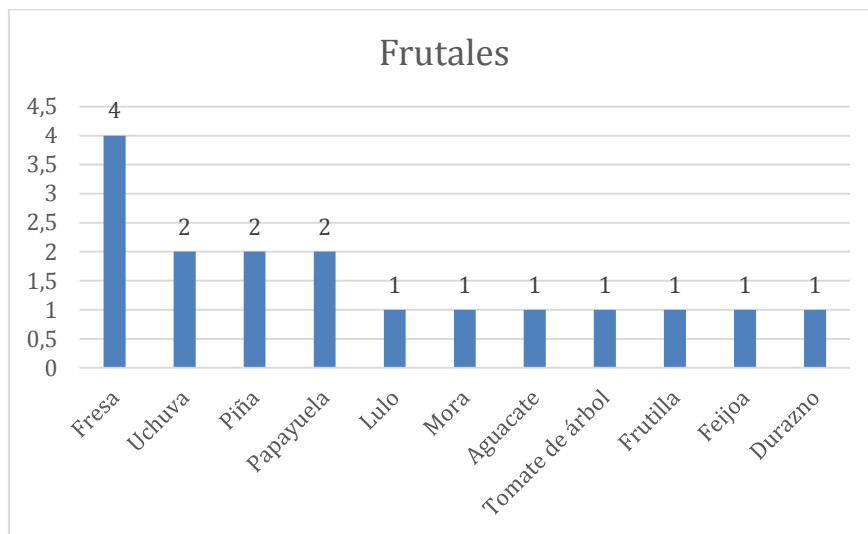
Romero es la planta aromática y medicinal más común entre las huertas, seguida de la caléndula y la menta.



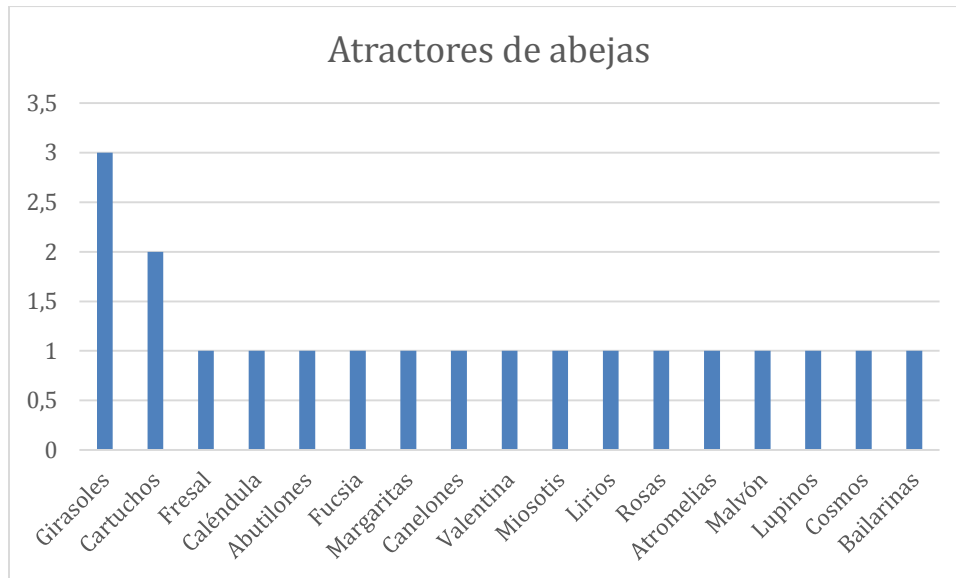
Las hortalizas son la categoría de plantas que más se siembran. En este cuadro aparecen las más comunes, pero en los resultados, hay más de 40 variedades. El cilantro es la planta más cultivada entre las huertas, seguida de ajo, maíz, acelga y lechuga crespa. Existe plantas nativas como papa del Sumapaz que hacen parte de algunas huertas.



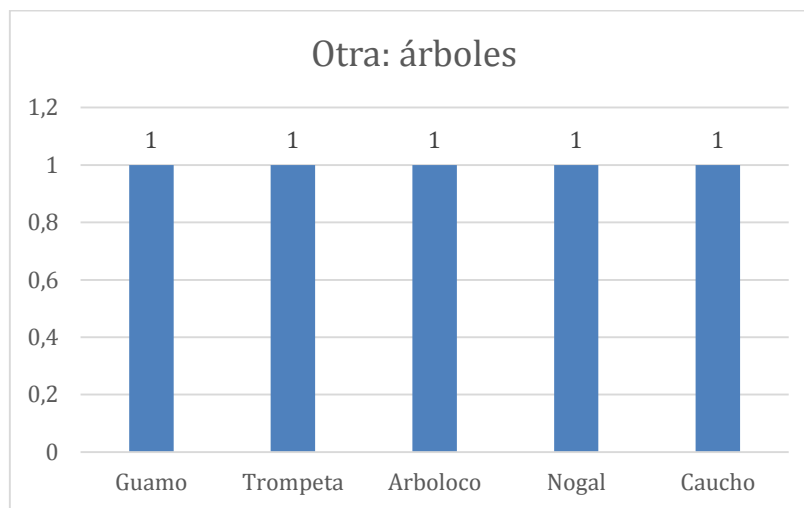
Las suculentas son las únicas plantas ornamentales que se repiten en cuatro huertas. Todas las iniciativas tienen pocas plantas de este tipo.



La mayoría de las huertas cultivan fresas y varias repiten: uchuvas, piña y papayuela.



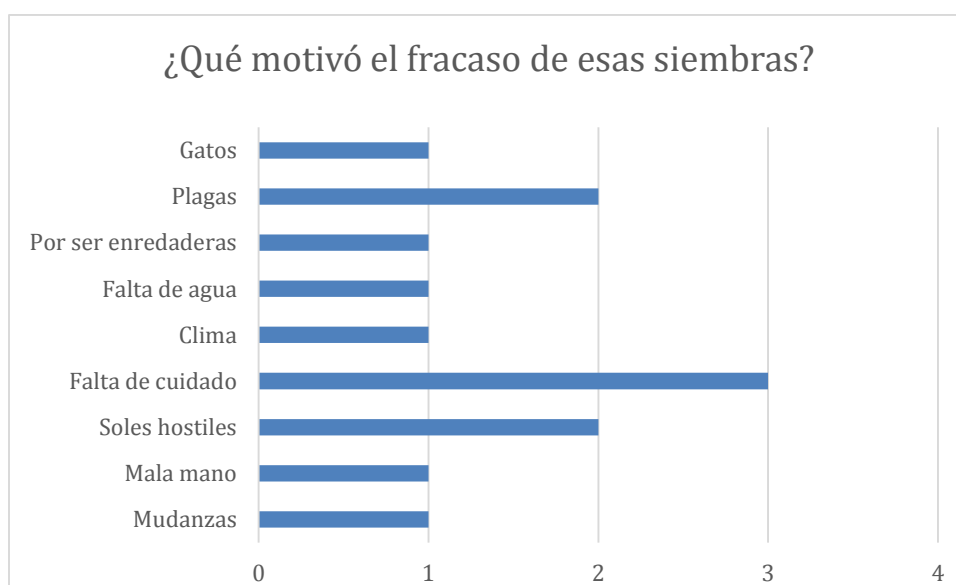
Jardín 82 es la huerta con mayor variedad de atractores de abejas. Entre todas las iniciativas, los girasoles son las plantas más comunes, seguidas de los cartuchos.



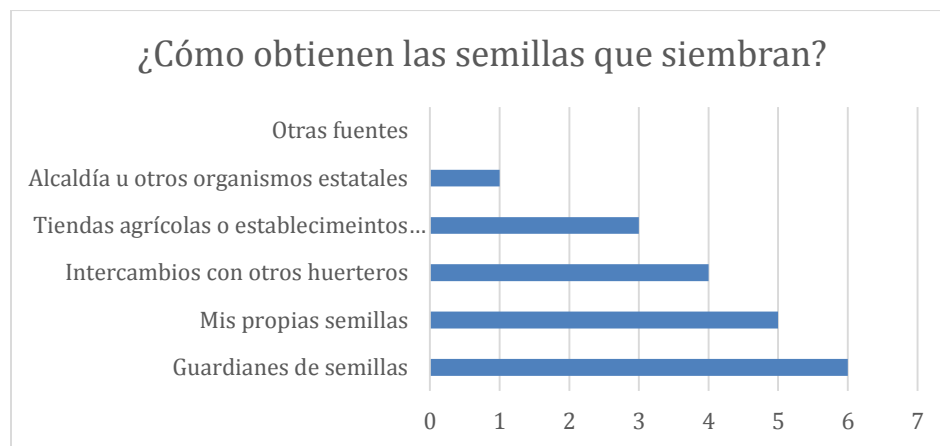
Solo La Chipahuerta y Jardín 82 respondieron tener plantas en la categoría “otros”, en la cual mencionaron árboles. Ninguna especie se repite entre ambas huertas.



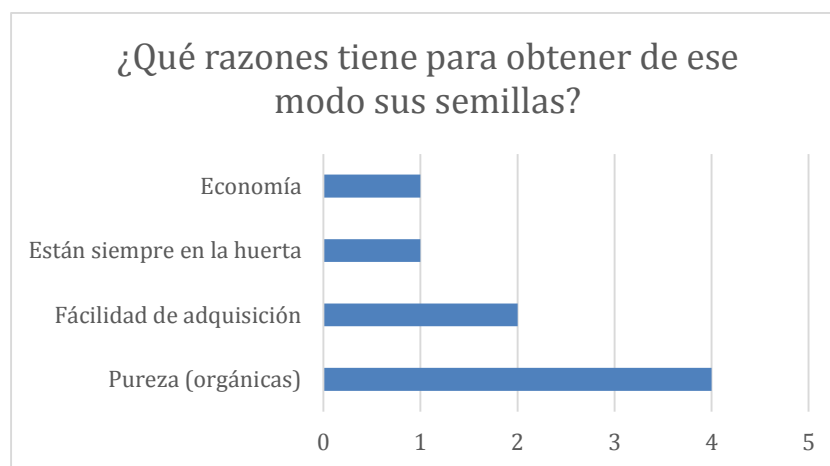
Las siembras sin éxito han sido de productos variados. Sin embargo, la dificultad de reproducir ahuyama está en dos huertas.



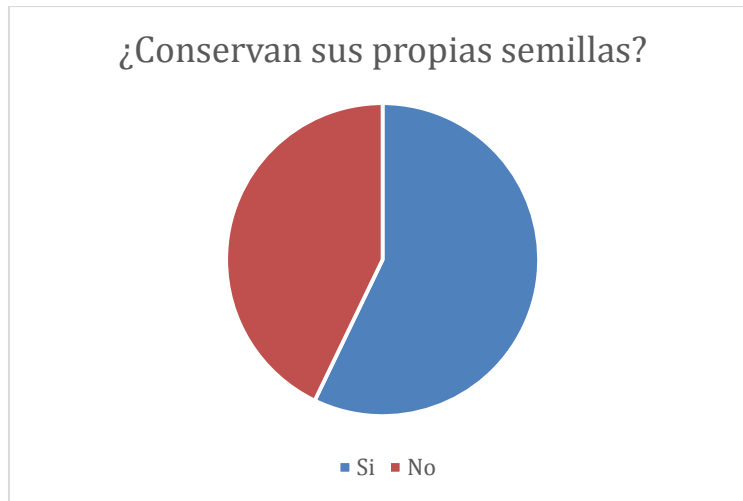
La falta de cuidado es el factor más común en el fracaso de las siembras y seguido a este se encuentran las plagas y los soles hostiles de algunas épocas del año.



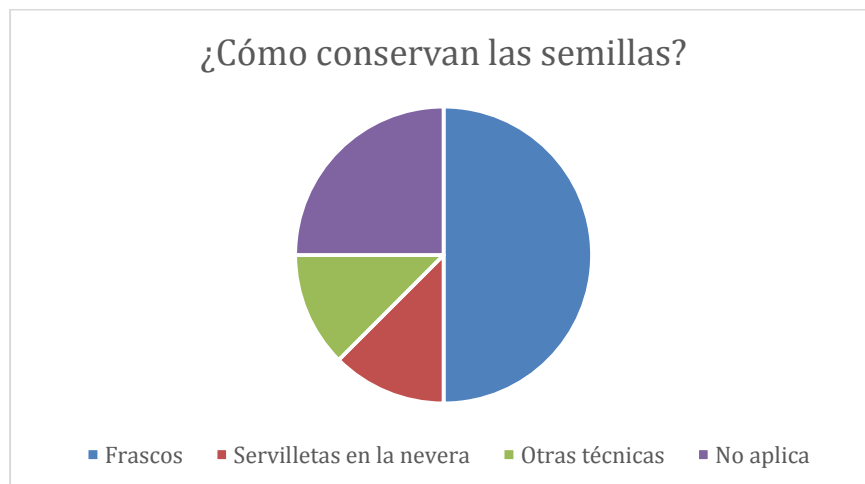
La mayoría de las huertas recurren a guardianes de semillas como forma de obtenerlas y seguida a esta opción, está el uso de sus propias semillas.



La preocupación por la pureza de las semillas es la principal razón que lleva a las huertas a conseguir las semillas de la forma que lo hacen. La facilidad de adquisición también es un factor importante para las huertas: si se las regalan, si se comen un alimento con semillas, etc.



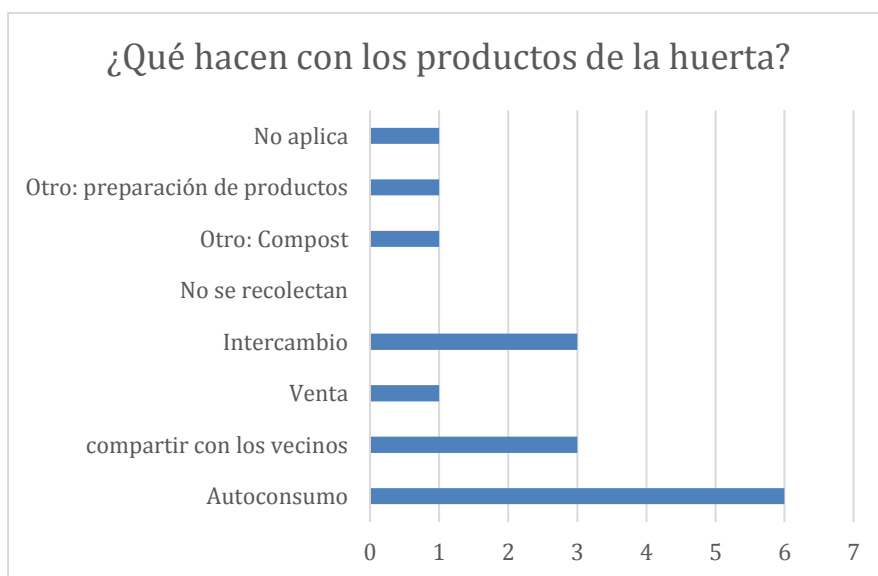
La mayoría de las huertas conservan sus propias semillas. Las que no las conservan son las que no producen alimentos con semillas o aún no han tenido cosechas.



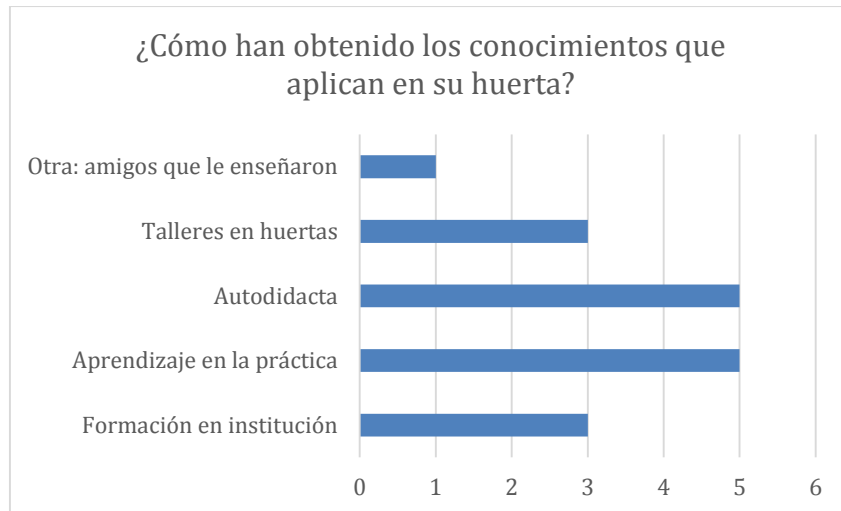
Los frascos para la conservación de semillas es la técnica más utilizada.



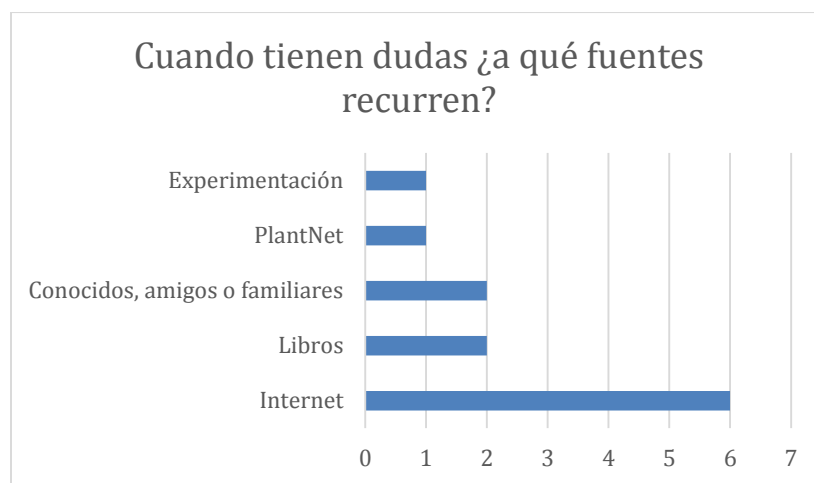
La mayoría de las semillas que se conservan se usan de nuevo en la siembra o se intercambian con otros huerteros. Ninguna huerta las vende ni las desecha.



El autoconsumo es lo más común con los productos de la huerta porque, por un lado, es una de las intenciones del grupo y, por el otro, los productos no son lo suficientemente abundantes como para generar otro tipo de funciones (en la mayoría de los casos). Ninguna huerta deja de recolectarlos.

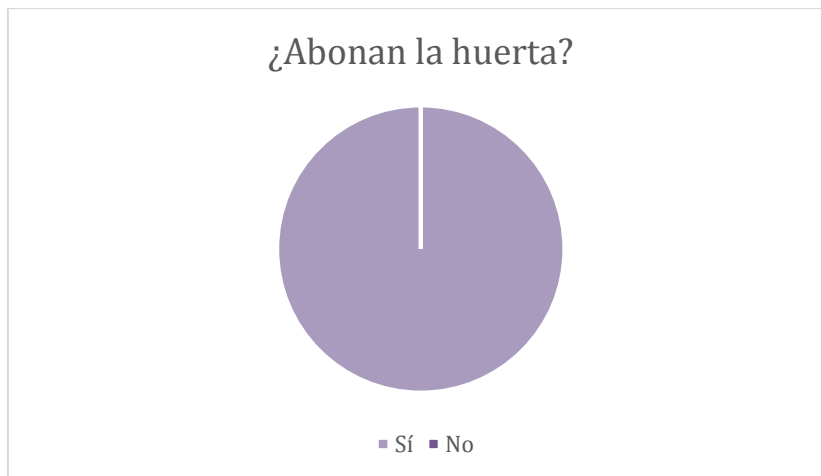


El aprendizaje en la práctica y el aprendizaje autónomo son las formas más comunes en las que se han obtenido los conocimientos que se aplican en las huertas.

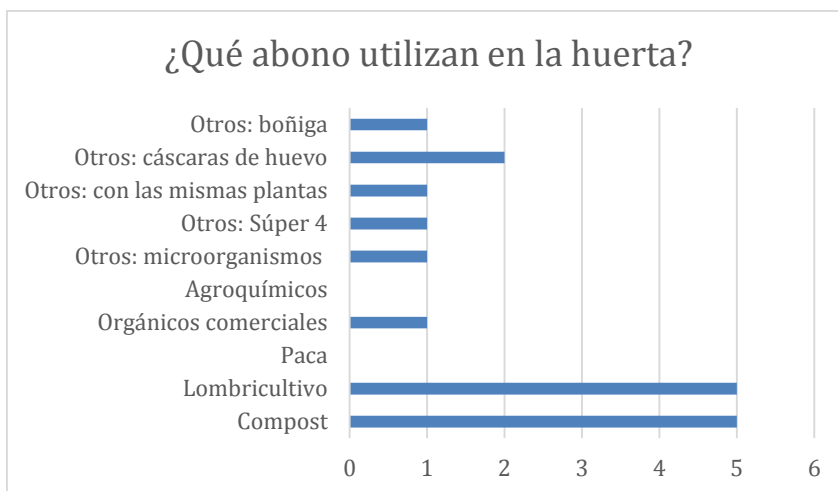


Internet es el recurso más utilizado para resolver dudas. Algunas huertas preguntan a amigos y/o familiares y utilizan libros. Y, por último, hay una aplicación móvil utilizada en una huerta y experimentación en otra de las huertas.

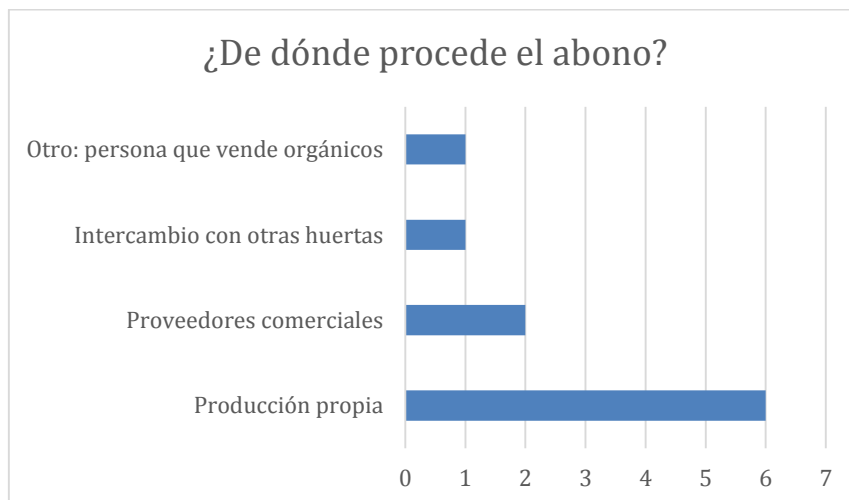
4.1.5 Prácticas para el mantenimiento de la huerta



Todas las huertas abonan la tierra.



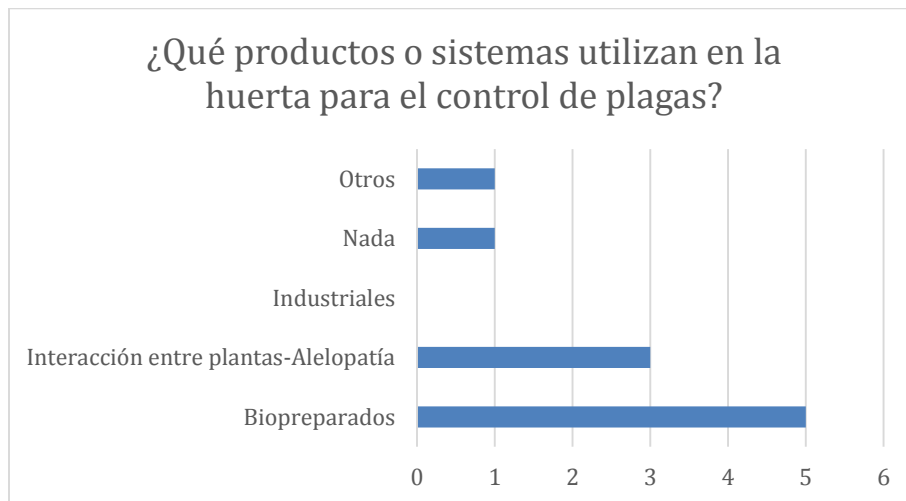
El abono más utilizado en las huertas es el compost y la materia de lombricultivos. No hay pacas en estas huertas de Bogotá y los agroquímicos son evitados por todas las huertas.



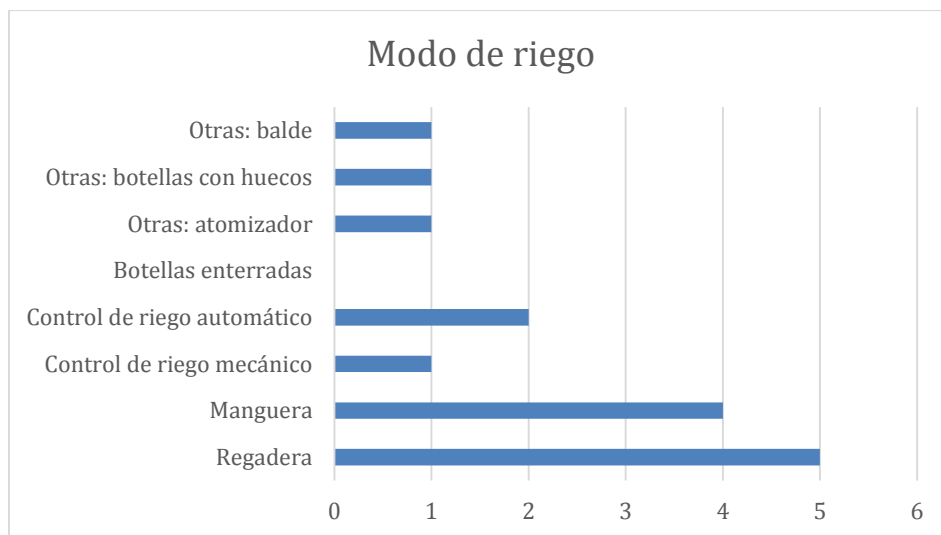
En la mayoría de los casos, el abono que se utiliza en la huerta es producción propia.



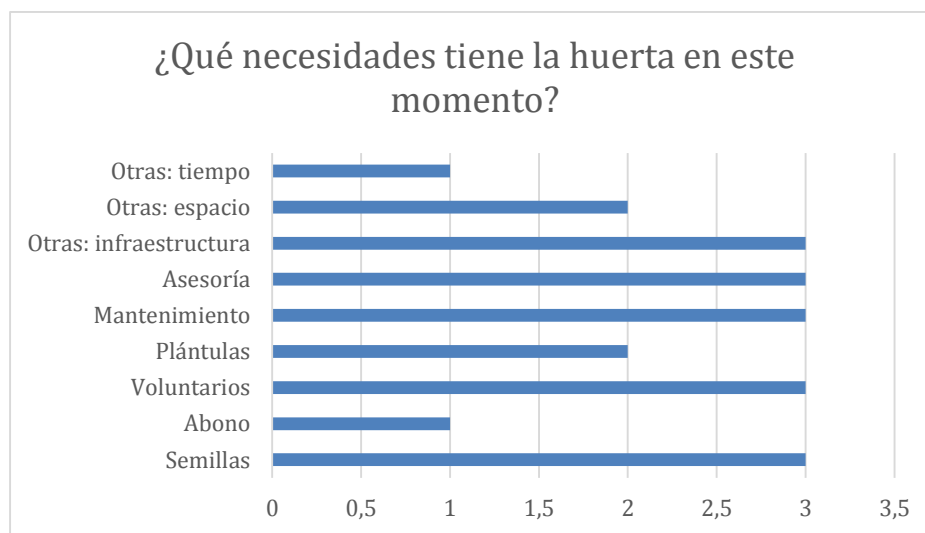
La mayoría de las huertas utiliza productos para controlar las plagas.



Los biopreparados son los productos más comunes para el control de plagas en las huertas. Seguido a este, se encuentra la alelopatía (interacción entre plantas)

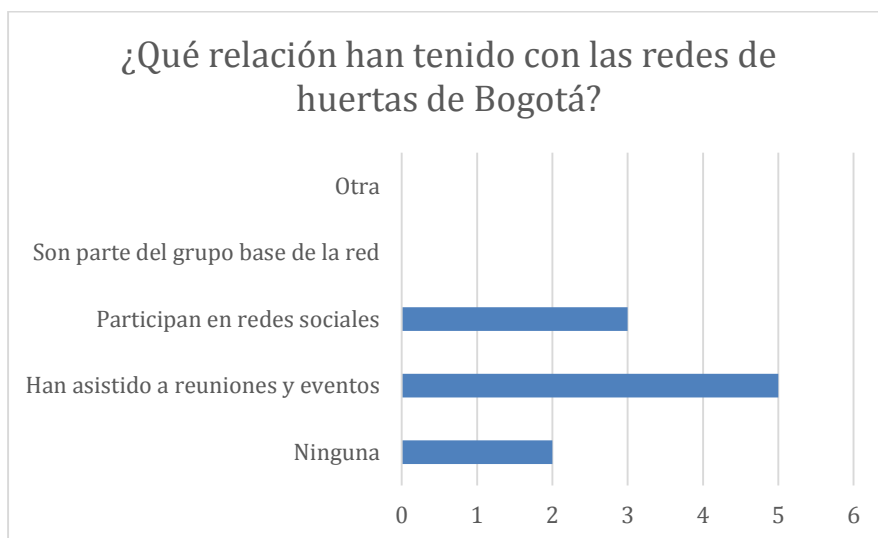


La regadera es el modo de riego más utilizado en las huertas, seguido de la manguera. La técnica de botellas enterradas no es usada en la muestra.

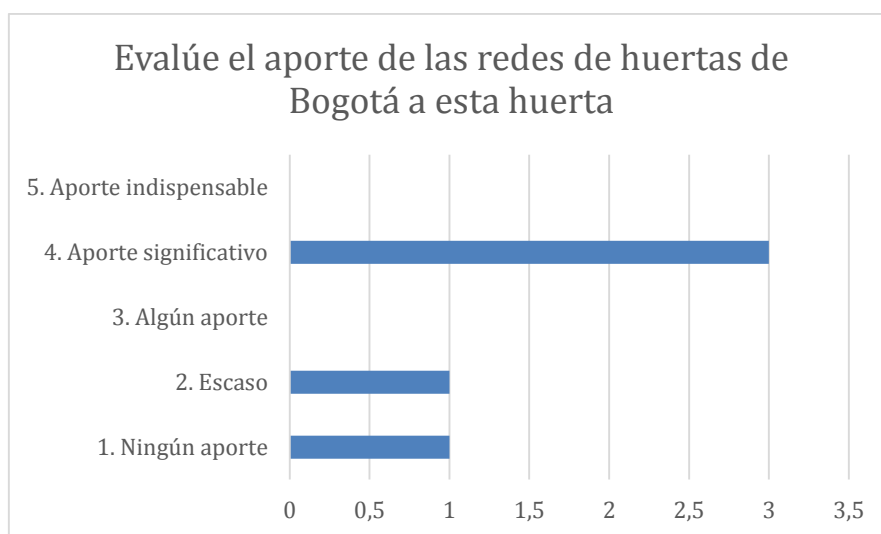


Las huertas tienen diferentes necesidades, pero la mayoría se resumen en semillas, voluntarios, mantenimiento, asesoría e infraestructura.

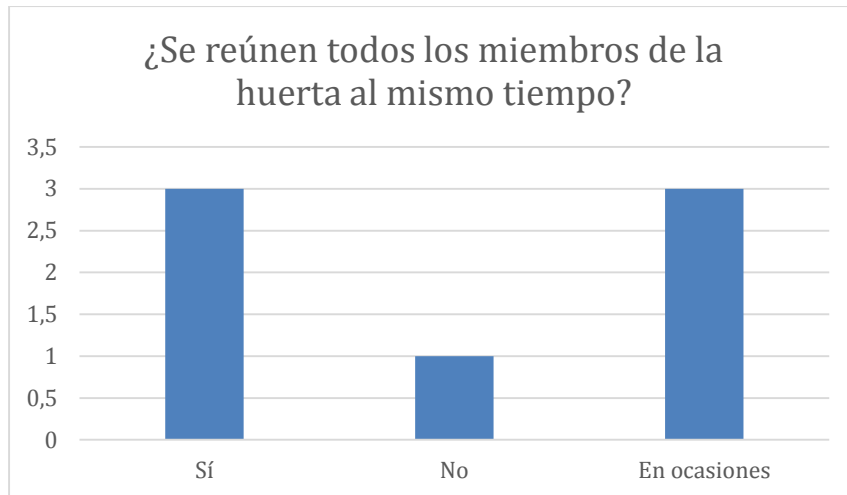
4.1.6. Adicionales



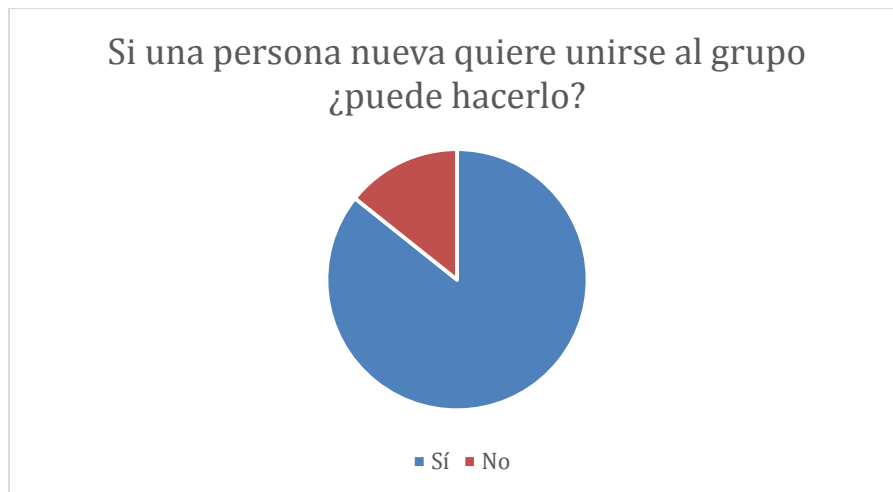
La mayoría de las huertas de la muestra han tenido contacto con alguna red de huertas de Bogotá a través de reuniones y eventos. (Existen diferentes redes según localidades e instituciones)



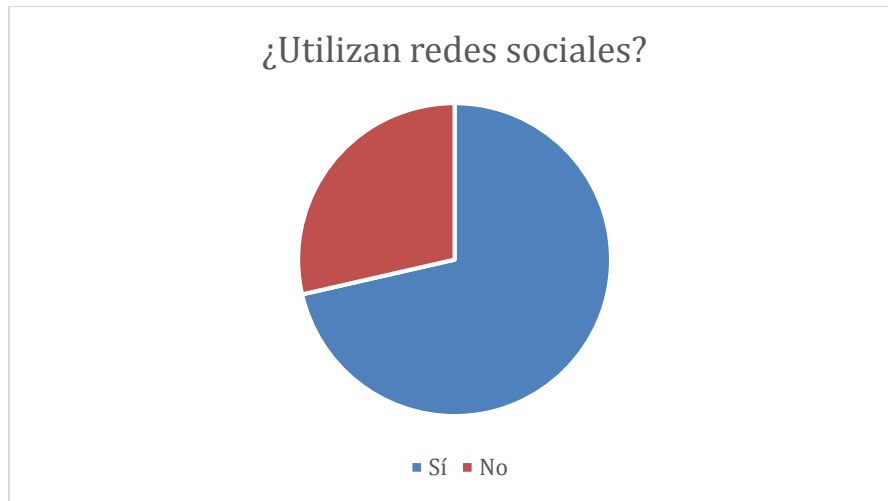
Para la mayoría de las huertas, el aporte que han recibido a través de las redes de huertas de Bogotá ha sido significativo.



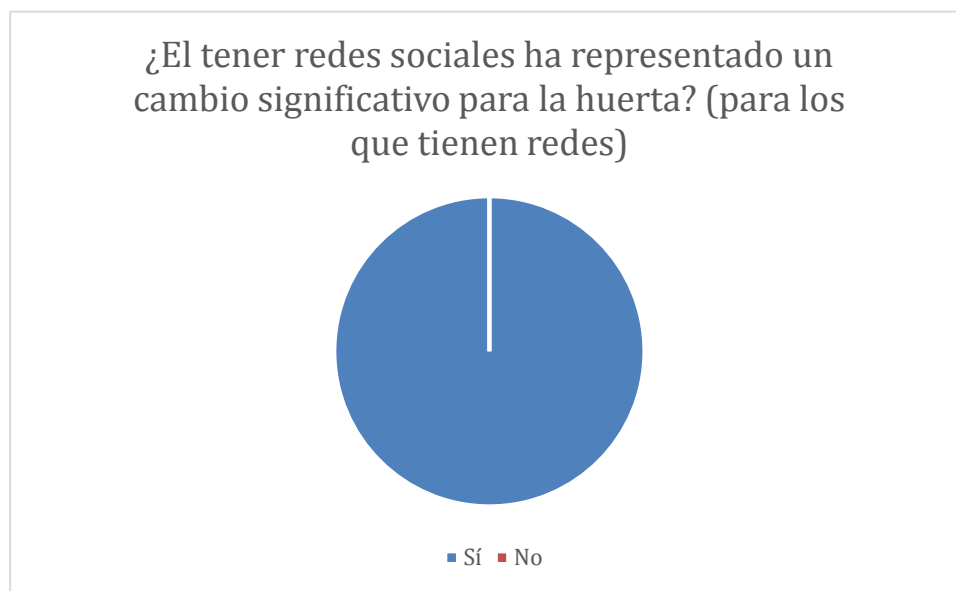
En tres huertas siempre tratan de reunirse todos los miembros al tiempo. En otras tres huertas, cuando se puede se reúnen todos y el resto del tiempo, se encuentran los que tengan disponibilidad. Solo en una huerta no se reúnen todos los miembros al mismo tiempo.



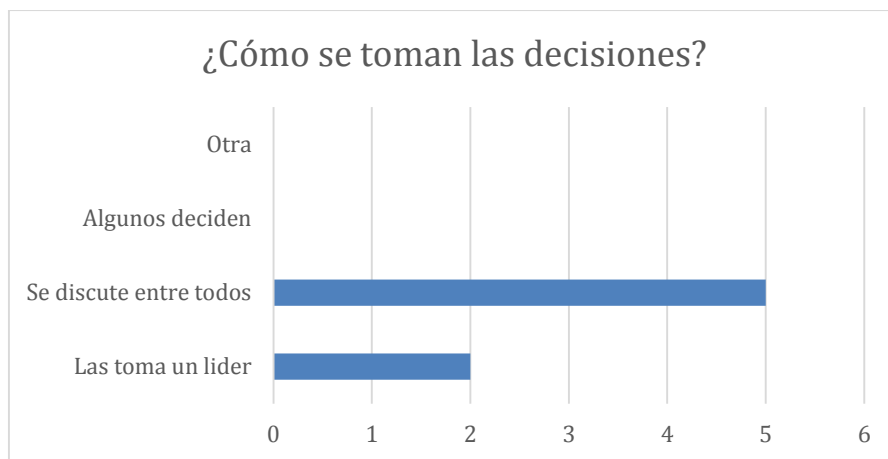
En seis de las siete huertas, se reciben nuevos miembros al grupo de trabajo. La única que no recibe es la de Teusaquillo, por su carácter familiar.



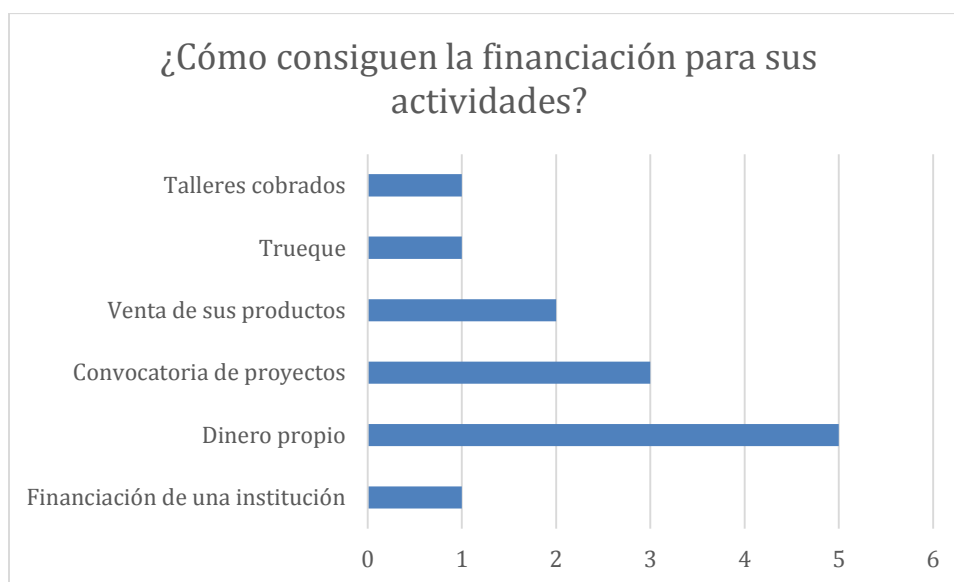
Todas las huertas, menos la de Teusaquillo y la de La Esmeralda, utilizan redes sociales para contar lo que hacen.



Las redes han representado un cambio significativo para todas las huertas que las utilizan debido a que han podido llegar a más personas.

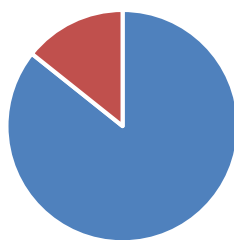


Según los entrevistados, en la mayoría de los casos las decisiones se toman entre todos los miembros de la huerta.



El dinero propio de los miembros es el principal financiador de las actividades de la huerta. Solo dos de ellas venden (o han vendido) sus cosechas y productos elaborados con las mismas.

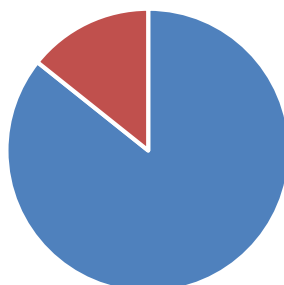
¿Planifican detenidamente sus actividades?



■ Sí ■ No

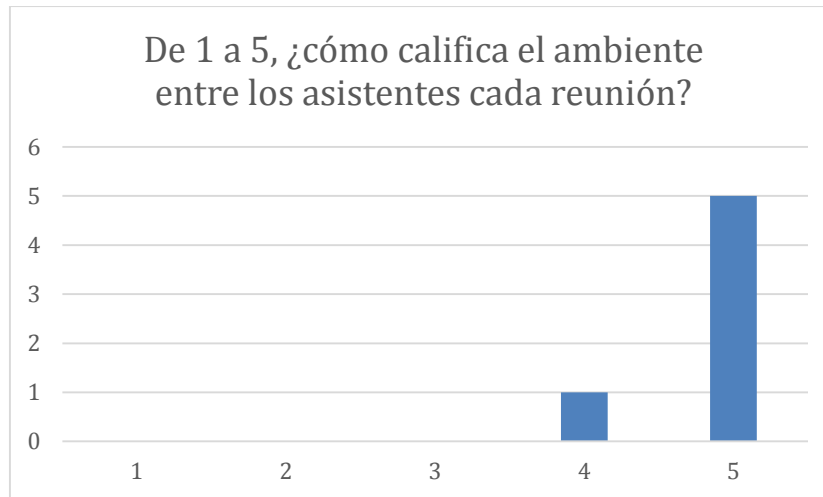
Seis de las siete huertas planifican detenidamente sus actividades antes de hacerlas.

¿Hay contacto por fuera de las reuniones del movimiento entre los integrantes?

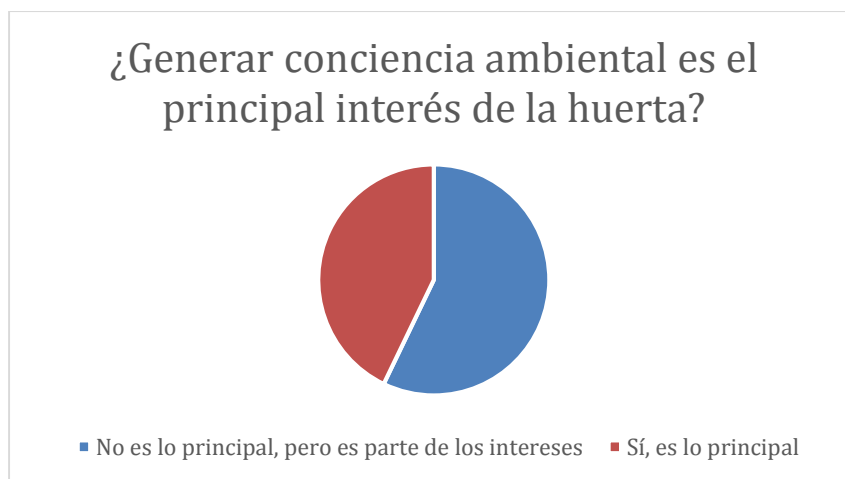


■ Sí ■ No

En la mayoría de las huertas hay contacto de los integrantes por fuera de las mingas, porque en varios casos viven cerca y han desarrollado vínculos de amistad.



Según los entrevistados, el ambiente (clima) en las reuniones de las huertas es muy agradable.



En la mayoría de los casos, generar conciencia ambiental es solo uno de sus objetivos, pero no el principal.

4.2. Cualidades y categorías

Para mí es fundamental empezar afirmando que las huertas que trabajé son experiencias agroecológicas y no agricultura urbana. Para esto, me valgo de los relatos de cada lugar en los que se explica por qué inició la huerta y cómo ha ido evolucionando. Algunas de las huertas, como es el caso de Santa Elena, la de Teusaquillo y la de La Esmeralda, iniciaron con el fin de tener alimentos para consumo propio —las tres tienen en común que están ubicadas en viviendas privadas—, pero sus propósitos han compartido fines ambientales y de soberanía alimentaria. La visión de María Elena, la propietaria de la huerta Santa Elena, con el paso del tiempo se fue transformando para darle un sentido menos comercial a sus plantas y más relacionado con lo que ella llama “el despertar de consciencia”, un estado en el que las personas logran conectarse con la energía de la tierra y de sí mismos a partir del contacto y entendimiento de la naturaleza. Por otro lado, Sabrina, una de las propietarias de la huerta de La Esmeralda, llevaba un buen tiempo interesada en el tema de soberanía alimentaria y tenía claro que, si quería alimentos orgánicos, lo mejor era producirlos ella misma *“a mí me parecía muy chévere tener alguna comida que no fuera llena de químicos, porque los mercados orgánicos normalmente son carísimos. Es una cosa que está súper elitizada”*.

Las otras huertas que trabajé son de carácter comunitario y, por lo tanto, sus propósitos tienden a enfocarse en la construcción del tejido social en torno a la práctica del contacto con la tierra y de recuperación de alimentos ancestrales. La Chipahuerta, ubicada en Suba, es parte de un colectivo de educación popular llamado “Chipacuy” y, por ello, su principal interés es la pedagogía. En palabras de Pablo, uno de los integrantes del colectivo: *“sin duda la educación ambiental es lo que está detrás de este proyecto; la educación popular para mezclar los saberes ancestrales y darles validez en la actualidad con soporte en el impacto ambiental”*. A su vez,

Huerta Iguaque en Kennedy, y la huerta de los conjuntos Compostela, en Fontibón, iniciaron con el propósito de abrir un espacio para limpiar semillas transgénicas, para acceder a alimentos sanos, para recuperar la soberanía alimentaria y, sobre todo, para compartir con los vecinos y generar tejido social. *“Los alimentos se encarecen y su nivel es cada vez más malo: tienen muchos agroquímicos, todo ese tema. Entonces necesitamos un espacio para poder limpiar ese tipo de semillas, producir todo tipo de alimentos, hacer minga, repartir comida, compartir...”* añade Piña, de Huerta Iguaque. De forma similar, el Jardín 82 surgió y se ha desenvuelto con este enfoque. Dicha huerta está ubicada en un espacio del Goethe Institut y ellos, inspirados en iniciativas agroecológicas de Alemania, decidieron financiar este proyecto para recuperar las prácticas del humano con la naturaleza y para promover el arte y la cultura.

De esta manera, es posible notar que las coincidencias en sus objetivos están relacionadas con su actuar agroecológico y la filosofía de soberanía alimentaria. Todos los grupos tienen claro que no pueden vivir solo con los alimentos que las huertas producen, pero quieren tener el control de lo que allí siembran y consumen; les interesa retomar alimentos ancestrales, compartir sus experiencias con los demás y tener un espacio con la naturaleza, por esa razón, superan el concepto de agricultura urbana. Una vez esclarecido este punto de partida, entraremos a ver cada experiencia a la luz de las categorías definidas en el marco conceptual.

4.2.1. Saberes y diálogos

Como lo vimos anteriormente, no se trata de un intercambio de conocimientos, sino de un diálogo entre sujetos que se reconocen mutuamente. Por ejemplo, antes de iniciar mi proceso de investigación directamente con las huertas, asistí a algunas reuniones en el parque “El Mirador de los Nevados” en Suba, ofrecidas por la alcaldía local en compañía del Jardín Botánico José

Celestino Mutis y dirigidas a agricultores urbanos de la ciudad. Allí noté que muchos de los asistentes llevaban procesos previos con huertas y tenían conocimientos sobre ciertos fenómenos, curas y características de las plantas, pero al momento de comentarlos, los encargados de los talleres tendían a descartar sus posiciones. Por lo tanto, en ese caso no se lograba dar un diálogo, porque no había reconocimiento de ambas partes como sujetos con conocimiento; sino que se transmitía un saber unidireccionalmente desde las instituciones hacia los asistentes. Sin embargo, los agricultores compartían entre ellos información y experiencias sin contar con el aval de los ‘expertos’ y, por ello, el diálogo de saberes podía desarrollarse al interior del evento.



Elaboración propia. (2018). *Taller en el parque El Mirador*. [Fotografía]. Bogotá D.C.

En las huertas trabajadas encontré que dependiendo de su disposición de apertura al público, dependía también la posibilidad de participar de diálogos de saberes de forma directamente proporcional. Por ejemplo, la huerta de Teusaquillo es de carácter privado, se encuentra en el apartamento de dos jóvenes y hasta el momento, no han asistido a encuentros de huerteros ni han generado interacciones a partir de su huerta, lo cual ha hecho que sus

participaciones en procesos de diálogos de saberes sean reducidas. Sin embargo, la baja actividad en el medio se debe a que la huerta inició en enero del 2019, es decir, para el momento de la entrevista llevaba muy poco tiempo existiendo. Así que ellos esperan aprender de su proceso a través de la práctica, con ayuda de libros y manuales digitales y, más adelante, compartir lo que han adquirido con otras personas. Ante eso, Felipe, uno de los integrantes, añade *“es un proceso muy sencillo y cualquiera que tenga dos metros cuadrados de terreno al sol puede sacarle provecho. Me encantaría que las personas lo sepan, que tengan un poco de verde. La inversión es mínima y con esfuerzo básico”*. A pesar de ello, es interesante notar que las personas que se encuentran en el círculo social de los propietarios se han enterado de su iniciativa y algunos se han interesado en hacer lo mismo en sus casas, en palabras de Felipe: *“mis papás se interesaron mucho y han querido empezar sus propias huertas. Mi papá es profesor en Sasaima y quiere llevar el modelo de esta huerta para generar apropiación, por ejemplo”*. Además, Felipe comenta que le interesa asistir a huertas comunitarias para aprender más en el campo.



Elaboración propia. (2019). *Huerta vertical en Teusaquillo*. [Fotografía]. Bogotá D.C.

Seguida a esta huerta se encuentra la de la Esmeralda, donde el proceso de diálogo ha sido relativamente poco, pero existente. Las dueñas de la iniciativa invitaron a casa a un par de amigos que son especialistas en el tema y a partir del conocimiento que adquirieron con ellos, iniciaron su proceso. Después de eso, han asistido a eventos promovidos por la Red Agroecológica de la Universidad Nacional de Colombia, de Bogotá, y allí han intercambiado semillas y aprendizajes con otros huerteros. Sabrina añade que considera enriquecedor el poder empezar a asistir a huertas comunitarias y que, de la misma manera, otros procesos vayan a su casa a conocer y ayudar en la suya. Sabrina añade que este es un proceso con constantes enseñanzas, *“todo en la huerta es un aprendizaje: desde cómo puedes reproducir una planta y cuál es un árbol grande y cuál no, o sea, son un montón de cosas que uno no sabía”*.

Las otras huertas (Iguaque, Jardín 82, Conjuntos de Compostela, Santa Elena y la Chipahuerta) tienen diálogos de saberes más frecuentes y fluidos debido a que diferentes personas asisten regularmente a sus espacios de trabajo. Aunque la huerta Santa Elena es cerrada, la visitan estudiantes, mochileros, artistas, profesores, investigadores, entre otros. María Elena adquirió sus conocimientos iniciales gracias a un curso de agricultura urbana impartido por el Sena, pero con el tiempo, la práctica, la interacción con otras huertas y con sus visitantes, sus conocimientos se han transformado y han dialogado con los de los demás. *“Yo soy de las que digo que agradezco a los agrónomos que vinieron a enseñarme porque fueron los primeros que me impregnaron de esto...pero le he aprendido más a la tierra, en la práctica”*. Por otro lado, las huertas comunitarias tienen miembros que han aprendido sobre agroecología a través de instituciones, de forma autodidacta o debido a sus áreas de formación profesional y después están dispuestos a compartirlo en las mingas y talleres de las huertas. Teniendo en cuenta que las personas que quieran asistir a las reuniones de esas huertas pueden hacerlo y muchos tienen conocimientos distintos y están dispuestos a compartirlos, se forma un espacio en el que el

diálogo de saberes es posible: el tallerista sabe algo, el asistente tiene otra técnica, van al terreno y aplican ambas y, al final, son las dos posibles y correctas. Intercambian, aprenden y construyen en conjunto.

Sin embargo, aunque todo esto suena armonioso y bello, el diálogo no es fácil de lograr. Hay personas que creen que sus verdades son absolutas y en lugar de generar una conversación entre las partes, se genera un intento de imposición que termina en roces y mal clima entre los asistentes. Cuando estuve en las huertas, noté que ver personas que no están dispuestas a ceder de sus posiciones es algo más común de lo que parece. Catalina, la coordinadora de Jardín 82, dice sobre eso que *“la idea es que esto sea una comunidad, no una competencia. No se trata de ver quién sabe más, sino de considerar las otras teorías. A causa de esos roces en alguna época, dejó de venir mucha gente”*. Por otro lado, también hay dificultades para que las personas que no han tenido un contacto directo con la huerta se involucren más y quieran participar del diálogo de saberes. Un ejemplo de esto es lo que ocurre en La Chipahuerta, la cual está ubicada a mitad de una calle y espera integrar más a los vecinos, pero ha sido difícil que ellos estén dispuestos a compartir con la huerta, aunque poco a poco se ha logrado despertar más interés.

4.2.2. La comunicación en práctica

Todas las huertas necesitan actividad constante para lograr mantenerse: dejar de regar las plantas las llevaría a una muerte inevitable. Pero más allá del aspecto biológico, las huertas necesitan estar activas para que la comunicación funcione y para que su finalidad de colectividad perdure —lo que Martín-Barbero (1990) llama ritualidad—. La mayoría de las huertas comunitarias realizan mingas y/o talleres cada ocho días para trabajar en el cuidado de las plantas. Jardín 82 se reúne los sábados por la mañana; la huerta de los conjuntos de Compostela se encuentra los

sábados en la tarde; Huerta Iguaque trabaja los mismos sábados pero al anochecer; La Chipahuerta hace sus encuentros los domingos por la mañana. En Santa Elena se trabaja todos los días y en las huertas de la Esmeralda y de Teusaquillo el cuidado hace parte de las labores domésticas. Y, aunque a las reuniones que se programan no siempre asisten todos los integrantes del grupo, las interacciones entre los que van (personas nuevas y antiguas) nunca dejan de estar. Es de esta manera que las huertas, aunque tengan propósitos similares y modos de accionar parecidos, construyen identidades propias a partir de los lugares en los que están y las personas que las frecuentan. Sus filosofías generales se parecen, pero sus valores, aunque no estén definidos en el papel, son diferentes. No se siente igual estar en Huerta Iguaque, compartiendo una minga, comida y relatos un sábado a la luz de la luna y la fogata, a estar una mañana de domingo en la Chipahuerta haciendo una ensalada comunitaria y escuchando chistes y anécdotas.



Elaboración propia. (2019). *Ensalada comunitaria en La Chipahuerta*. [Fotografía]. Bogotá D.C.

La mayoría de las huertas tienen grupos de WhatsApp para comunicarse entre los miembros. En dichos espacios digitales comparten información útil para todos como lo son

manuales sobre la siembra, calendarios lunares, recetas, actividades de la ciudad, programación de los próximos eventos de las huertas, preguntas referentes a problemas e inquietudes sobre plagas y el cuidado de plantas, etc. Sin embargo, también son escenarios que se prestan para la discusión y las relaciones no siempre son armoniosas: hay quienes envían cadenas, hacen *spam* o se ofenden entre ellos al tocar temas políticos o religiosos, entre otras posibilidades. Las huertas ubicadas en viviendas privadas no necesitan de grupos en chats; en Teusaquillo solo hay dos personas viviendo así que el contacto es más seguido; en la Esmeralda se utiliza el mismo grupo de chat de cosas generales de la casa para hablar sobre la huerta y en Santa Elena, el contacto es directamente al número de María Elena o llegando a la casa. Además, cinco de las siete huertas tienen páginas en redes sociales como Facebook e Instagram para comunicar al público externo qué es lo que están haciendo y sus intereses. A su vez, son plataformas que sirven para convocar a más personas a sus eventos y actividades: todas las huertas que tienen presencia en redes sociales reconocen que sus páginas digitales han significado un cambio representativo: Catalina, de Jardín 82, menciona que *“las personas ven el evento que programamos y aunque no necesariamente vienen ese día, vienen después. La mayoría llegan por las redes sociales”*.



Elaboración propia (2019). Pantallazos de páginas de Facebook: Jardín 82 y La Chipahuerta CEP Chipacuy.

Muchas de las huertas han logrado su formación con el apoyo de redes sociales, pero también con el voz a voz: La Chipahuerta está constituida por un grupo de amigos de la zona, que inicialmente había consolidado un proceso de educación popular en un colectivo que bautizaron ‘Chipacuy’ y a través de sus páginas digitales convocaron a más asistentes para la huerta. De la misma forma operó huerta Iguaque: sus miembros base son amigos del barrio que decidieron crear este proceso en conjunto y que con el voz a voz han logrado integrar a más personas. Jardín 82 se ha valido principalmente de redes sociales para su formación y se han apoyado en otro tipo de eventos impulsados por el Goethe Institut (la institución que los financia) para darse a conocer más. La huerta de los conjuntos Compostela utilizó el voz a voz, pero las redes sociales fueron trascendentales para contactar a la mayoría de sus miembros base. La huerta de Santa Elena, aunque no tiene un grupo estricto, ha logrado generar contactos gracias a entrevistas que medios impresos y digitales le han realizado a María Elena, también con el voz a voz de quienes la han conocido y por supuesto, gracias a las redes sociales. La huerta de la Esmeralda y la de Teusaquillo se conformaron tras unión residencial de sus miembros, es decir, las interacciones ya existían.

Durante cada actividad que realizan las huertas, las personas toman nota de las cosas nuevas que aprenden, preguntan y graban, toman fotos del lugar, hacen videos y dibujan como forma de recordación. Este registro permite que lo que se hizo sea compartido con los demás: con los miembros de los grupos de WhatsApp, en las redes sociales abiertas para atraer a un público externo, con familia y amigos de cada uno de los asistentes. En este tipo de acciones apoyadas en instrumentos para el registro de las experiencias no solo se genera un reconocimiento social y se rectifica una posición política a través de la experiencia de la siembra y la relación que se forma entre los integrantes, el medio ambiente y los propios alimentos, sino que se posibilita la expansión hacia nuevas personas. Todas las huertas afirman haber influenciado a otras personas

para que se hayan interesado por la agroecología y, por consiguiente, hayan hecho sus huertas en sus residencias. *“Hemos logrado que otras personas quieran tener manzanilla en sus casas, o cosas así. Y tengo un amigo que se motivó a iniciar su huerta”*, dice Sabrina, de La Esmeralda. A su vez, aquellos que iniciaron su proyecto en sus hogares, les cuentan a sus familias, a sus amigos y a sus vecinos sobre lo que están haciendo y cómo se han ahorrado el comprar especias para cocinar porque todo lo tienen sembrado en su casa. Después de esto, los familiares, amigos y vecinos se interesan en el tema, comparten a través de prácticas comunicativas con sus referentes en el tema agroecológico y empiezan a formar sus propios proyectos. De esta forma, la idea de tener una huerta en la residencia se expande y transforma en el devenir de las comunicaciones interpersonales.

La comunicación también permite la unión de ideas para la creación de nuevos métodos aplicados en la huerta, la tecnicidad de la que habla Martín-Barbero (1990) no está solo en los instrumentos que se usan para expandir y registrar la comunicación, sino en la posibilidad de innovación que se genera al unir y construir ideas. En la huerta de Teusaquillo ingeniaron un sistema de riego con una botella de agua y muchos huecos que les facilita el proceso; en la huerta de la Esmeralda y La Chipahuerta utilizan atomizador como herramienta que permite los riegos. También están quienes han conseguido diferentes formas de abonar la tierra: en la Esmeralda usan boñiga vendida por un ganadero cercano o Teusaquillo preparan fertilizantes con las cáscaras de alimentos sin necesidad de compostaje o lombricultura. En todos estos casos, la investigación y comunicación con personas que han realizado métodos similares ha sido relevante.

Sin embargo, como lo he mencionado con anterioridad, estos procesos no están exentos de inconvenientes, discusiones o tensiones, de hecho, es esta posibilidad de dinamismo la que construye comunicaciones diversas y fortalece o debilita las interacciones entre ellos. A pesar de

que la mayoría de las huertas mencionan que la armonía de sus grupos de trabajo es excepcional, durante el desarrollo de las entrevistas o durante el trabajo etnográfico que realicé, noté que sí existían los problemas. En la huerta de la Esmeralda, por ejemplo, los gatos de algunas personas generan daños en la huerta y esto le molesta a otras participantes. De la misma manera, en las huertas comunitarias están las personas que quieren autoproclamarse líderes y se convierten en ‘mandones’ (como sucedió en Jardín 82), así que se generan tensiones que pueden ser perjudiciales para el grupo. No obstante, la mayoría de las huertas comunitarias funcionan de forma horizontal: se quiere que entre todos los participantes se tomen las decisiones y que el diálogo esté presente, pero la verdad detrás de esta estructura organizacional es que cada huerta tiene al menos un líder que posibilita su funcionamiento. Sin esos ‘líderes suaves’, como los cataloga Gerbaudo (2012), es decir, aquellos que “no quieren ser vistos como líderes en primer lugar, pero cuyo trabajo de ambientación y creación de guiones ha sido decisivo para lograr cierto grado de coherencia” (p. 13) son fundamentales para el mantenimiento de las huertas a largo plazo. De este asunto hablaremos más adelante.

4.2.3. Las acciones en colectividad

Ninguna huerta es igual que otra no solo porque sus condiciones espaciales son diferentes, sino porque sus miembros también lo son. De hecho, ninguna persona de ninguna huerta se parece a otra y ese es el secreto. A las huertas abiertas asisten seres diversos, con campos de conocimientos diferentes e incluso, con intereses y propósitos únicos. Por ejemplo, en la Chipahuerta, los miembros fundadores pertenecen a diferentes carreras: son estudiantes de biología, ingeniería ambiental, licenciatura en ciencias sociales, ingeniería industrial, ingeniería

de alimentos y psicología y ellos admiten haberse interesado en el espacio público en el que ahora se encuentra la huerta por diferentes motivos particulares que, en últimas, los llevaron hacia una dirección en conjunto. De la misma manera, la huerta de los conjuntos Compostela está integrada por personas de edades y ocupaciones muy diferentes: Camila es trabajadora social y es la integrante más joven hasta ahora; Gerardo es ingeniero industrial y estudiante de maestría; Blanca es auxiliar contable, ama de casa y chef; Sofía es bióloga al igual que Angélica y Yohana es diseñadora gráfica. Sobre esto, Martín-Barbero (2002) utiliza el término ‘socialidad’ para referirse a las prácticas sociales construyen comunidad, “la coexistencia al interior de una misma sociedad de códigos y narrativas muy diversas, conmocionando, así, la experiencia que hasta ahora teníamos de la identidad” (p. 45).

La huerta Santa Elena aunque está dirigida y trabajada la mayor parte del tiempo por una sola persona, está abierta a la posibilidad de conocer otros procesos, permite que entren a su huerta a aportar nuevas cosas y genera en su territorio un espacio de discusión. María Elena sede su casa para personas que quieren hacer seminarios y talleres, ella dicta clases de cocina, y se involucra en diálogos de saberes y acciones con quienes vienen a ayudarla. Además, todo el que pisa el espacio de su huerta reconoce que su lucha es contra la falta de conciencia de los ciudadanos frente a los temas ambientales y por ello, intenta cambiarlo desde su experiencia y lograr lo que ella llama ‘el despertar de consciencia’. La huerta del barrio La Esmeralda se compone de tres personas y, en conjunto, deciden cómo trabajar y remodelar la huerta. Es un espacio privado que busca, principalmente, luchar desde su lugar contra los alimentos transgénicos. De forma similar, la huerta en Teusaquillo quiere enriquecer el frío y blanco espacio del cuarto de ropas con la presencia del verde de las plantas. En ese apartamento viven dos chicos y ambos se ponen de acuerdo para cuidar la huerta.

En los conjuntos Compostela se espera integrar a los vecinos de la zona para recuperar el parque en el que iniciaron el proceso de la huerta, pues se trata de una zona para niños pero que, hasta el momento, solo ha sido usada para el consumo de sustancias alucinógenas. Además, quieren generar un constructo de paz a partir de la posibilidad de acceso a alimentos libres y a la formación de tejido social. En palabras de Camila *“sabemos que lo que hacemos es ilegal: las semillas libres son prohibidas y estamos ocupando un territorio de nadie. Este parque no pertenece a los conjuntos y la alcaldía tampoco lo tiene registrado. Es una forma de pararnos y protestar”*. Entre sus planes está invitar colegios, hacer tertulias y talleres, proyectar cine, entre otras actividades.



Elaboración propia. (2019). *Huerta en Conjuntos de Compostela*. [Fotografía]. Bogotá D.C.

Por su parte, Huerta Iguaque se une a colectivos de la zona para generar cambios, ellos tienen claro que la soberanía alimentaria es su principal interés y, por tal motivo, se preocupan por expandir la idea y reforzarla con otros grupos como lo es, por ejemplo, el Rincón Cultural El

Caracol a quienes conocieron *“caminando territorio”*. Con el paso del tiempo han ido aplicando lo que han ido aprendiendo y, así, sus métodos han evolucionado. Además, se proclaman como un espacio de resistencia en el que es necesaria la participación de varias personas: no todos pueden estar pendientes al mismo tiempo, así que se turnan los riegos y podas, principalmente. *“Nos repartimos las tareas: miramos los horarios de cada quien y, de acuerdo a eso, asignamos el riego, pero como trabajamos con la luna, dependemos de ella”*.



Elaboración propia. (2019). *Huerta Iguaque*. [Fotografía]. Bogotá D.C.

La Chipahuerta está preocupada, principalmente, por la educación popular y el cuidado ambiental. Ellos tomaron un espacio público que se daba por perdido (era un basurero, lleno de ratas, excrementos de perro, jíbaros e infecciones) y con el esfuerzo de los miembros de Chipacuy y el jardín infantil vecino, lograron recuperar la zona, hacerla más segura y convertirla en una huerta que no solo genera frutos, sino que une a la comunidad. Este proceso es llamado por Haesbaert (2011) como ‘reterritorialización’, y se refiere a la lucha por recuperar un territorio de manera física y con significación (pues se conecta con su pasado y función ancestral) tras un periodo de abandono denominado ‘desterritorialización’. Gracias a este trabajo, el lugar *“se ha embellecido a comparación de cómo era anteriormente. Además, las interacciones con las*

personas han cambiado: era solo un lugar para pasar, pero ahora, con la huerta, las personas pueden ayudar de alguna forma”, comenta Paula.



Elaboración propia. (2019). *Domingo en La Chipahuerta*. [Fotografía]. Bogotá D.C.

Por su lado, Jardín 82 quiere acercar a los ciudadanos al contacto con la naturaleza y crear comunidad entre sus participantes. Aunque es una huerta financiada por el Goethe Institut, no sería posible su mantenimiento si no asistieran personas a ayudar. De hecho, durante mucho tiempo estuvo inactiva y descuidada hasta que Catalina llegó a liderarla y a volver a crear sentido de pertenencia. *“No hemos pensado en conectarnos con alguna institución específica pero sí en que se necesita más gente que quiera venir a ayudar al cuidado, los voluntarios son fundamentales para nosotros”.*



Elaboración propia. (2019). *Jardín 82*. [Fotografía]. Bogotá D.C.

Las huertas comunitarias tienen un grupo base que diseña los talleres y convoca a la participación. Sin embargo, solo con la presencia de quienes organizan sería muy difícil lograr lo que han conseguido; son necesarias más manos para ayudar a deshierbar, cosechar o abonar la huerta en el tiempo propuesto y que todo el proyecto pueda mantenerse en pie. Además, al mirar detalladamente cada experiencia es posible notar que durante sus procesos han tenido que conectarse con otras personas, organizaciones, instituciones y demás tipo de grupos para lograr lo que tienen. María Elena inició con el apoyo del Sena y ahora colabora con universidades, otros se unen a instituciones educativas, se apoyan en otras huertas con mayor experiencia, participan con colectivos sociales, piden capacitaciones al Jardín Botánico, entre otras formas. En la acción colectiva los aliados son importantes porque permiten unir esfuerzos para la consecución de los fines.

4.2.4. Organización

Hasta el momento hemos visto que cada huerta es distinta, pero que comparten características similares dependiendo de sus formas de organización: si son privadas o si son comunitarias, si son familiares o públicas. Además, mencionamos que existen formas de liderazgo que permiten actuar con mayor orden y perdurar. También que las huertas necesitan un espacio, elementos físicos y recursos para sobrevivir. Y, que las maneras en que se desarrolla la comunicación dan forma a la organización.

Una huerta es comunitaria en el momento en el que sus participantes construyen un entorno de trabajo común. Son privadas en la medida en que están cerradas al público general y les pertenece a unas pocas personas. Son públicas si se encuentran en espacios abiertos en los que cualquiera puede participar y son familiares si hacen parte de hogares en los que los miembros son considerados familia. En ese sentido, tenemos en esta investigación huertas en casi todas las categorías. Santa Elena es una huerta aparentemente privada, pero debido a la posibilidad de participación que tienen otras personas, se convierte en una huerta comunitaria, al igual que Jardín 82. La huerta en La Esmeralda es privada, pues, aunque está en una casa, las participantes no son familia. La huerta en Teusaquillo es familiar. Huerta Iguaque es comunitaria. La Chipahuerta y la de los conjuntos Compostela son comunitarias, aunque puedan tener momentos en las que se cataloguen como públicas. De acuerdo con esta categorización, las formas de organización serán distintas por la naturaleza misma de las huertas: las cerradas al público pueden tener calendario de trabajo flexibles y poco rigurosos, mientras que las que están abiertas a todo el que quiera participar tienden a ser más organizadas con las actividades que se deben realizar en las huertas y tienen un control de ello.

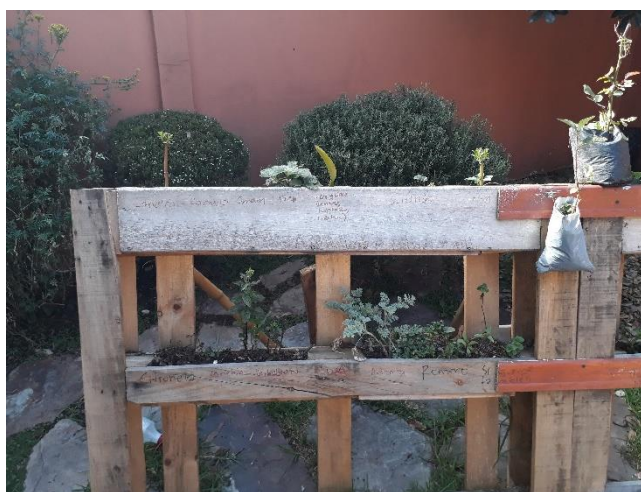
A pesar de que las decisiones son tomadas de manera horizontal —en la mayoría de casos y en la mayoría de huertas—, todas tienen ‘líderes suaves’ (Gerbaudo, 2012). De hecho, durante una minga en jardín 82, Alberto, uno de los voluntarios comenta esa necesidad de tener a quien seguir *“antes éramos un grupo muy compacto pero la persona que estaba a cargo del jardín se fue por problemas y nos quedamos sin un líder. Por eso se había desintegrado el grupo hasta que llegó Cata y ahora tratamos de volver a ser la comunidad que éramos”*. En Santa Elena, es María Elena quien decide y guía su huerta; en Teusaquillo es Felipe quien está más al tanto de lo que sucede con la huerta vertical y, de la misma manera, Sabrina es quien, de forma menos explícita, motiva a sus compañeras a trabajar en la huerta en La Esmeralda. Por otro lado, en Huerta Iguaque está Piña siendo el líder, aunque otros dos miembros posean también un gran grado de liderazgo: Flechas y Rivillas. En la huerta de Compostela Gerardo es el líder principal, junto a Camila, pues ellos son los que organizaron el proceso desde el inicio, pero ahora esperan empoderar a las personas del lugar para que llegue el momento en que sean ellas mismas las que lideren la huerta. En Jardín 82 es Catalina, una chica que antes asistía a las reuniones del jardín y que, con el tiempo, fue asumiendo el liderazgo del espacio; sin embargo, debe estar en constante contacto con el Goethe Institut (ya que son los dueños y financiadores) para comentarles todo lo que se ha decidido hacer y contar con su aval, *“ellos nos dejan tomar decisiones, pero a mí me gusta comentarles lo que planeamos hacer para que después no haya malentendidos”*, comenta. Finalmente, en La Chipahuerta hay aproximadamente cuatro líderes, pues en el centro de educación popular Chipacuy son ocho jóvenes quienes manejan todo y ellos se reparten labores: *“nos repartimos responsabilidades según lo que ofrecemos desde Chipacuy”*, cuenta uno de los asistentes a la reunión. Es así como las huertas logran trabajar de manera ordenada y coherente pues, si existiera el caso en que nadie asumiera la responsabilidad de guía del proceso, sería más complicado o demorado llegar a acuerdos. Sin embargo, estos líderes propician el orden pero no

son quienes deben hacerlo todo: las personas también deben desarrollar un sentido de pertenencia con las huertas, ¿qué pasaría si el líder se va? De acuerdo con lo que viví en cada espacio, algunas huertas sobrevivirían con dificultades, por ello es importante el empoderamiento de sus asistentes.

En todos estos espacios se crean calendarios de actividades —en la mayoría de los casos son diseñados por los líderes— y es así como se mantiene un orden para la acción. Esta forma de organización permite saber cuándo se debe abonar, podar, sembrar, deshierbar, cosechar, entre otras acciones. En algunas huertas se diseña un calendario mensual y, en otras como La Chipahuerta o Jardín 82, se crea un cronograma semestral para poder dividir las actividades y convocar con anticipación a los participantes. En la huerta de Teusaquillo y la de La Esmeralda, es decir, las que se encuentran cerradas al público, también hacen sus calendarios pero son menos rigurosas con la aplicación y el seguimiento. *“Últimamente no hemos hecho la planeación ni nada, me gustaría que fuéramos más juiciosas con eso”*, dice Sabrina algo apenada. En Huerta Iguaque se realizan reuniones los jueves en la noche para organizar semanalmente las actividades y asignar tareas. *“Nos reunimos todos y empezamos a ver qué es lo que hay que hacer y si alguien tiene tiempo durante la semana para comprometerse con algunas funciones”* comenta Piña. Es así como podemos notar que cada huerta ha adquirido las costumbres de organización de acuerdo a lo que les ha funcionado previamente y consideran fundamental tener un orden para lograr mantener vivo y sano el espacio.

Otro elemento importante al hablar de organización de la huerta hace referencia al espacio físico en el que se encuentra ya que, según cada condición necesita ciertos cuidados, acciones y herramientas para su mantenimiento. Por ejemplo, no es lo mismo tener una huerta vertical — como es el caso de las huertas de Teusaquillo y La Esmeralda—, que tener una en un espacio cerrado que cuenta con un guardia de seguridad —como sucede en Jardín 82— o a tener una

huerta en medio de una calle —como La Chipahuerta—. Aunque en el análisis de las preguntas cuantitativas vimos que hay herramientas que se usan comúnmente entre las huertas, sabiendo el tipo de huerta y el espacio en el que se encuentra, sabremos también que se necesitan algunas herramientas más que otras. Por ejemplo, el azadón lo usan aquellas huertas que están directamente sobre el piso, las que cuentan con otro tipo de estructura preferirán usar una pala de mano, o las huertas que se encuentran en un espacio abierto necesitan construir un cerramiento, mientras que las que están en un espacio privado no lo requieren. De esta manera, la forma en la que se organizan y las actividades a desarrollar dependerán de sus necesidades y características particulares.



Elaboración propia. (2019). *La Esmeralda*. [Fotografía]. Bogotá D.C.

Es de esta manera que las formas de organización se construyen con base a las características propias de cada huerta, a sus necesidades y a los intereses de los integrantes. Es por este motivo que la comunicación se forma constantemente en la medida en que se da orden: es un círculo constante en el que todos los elementos se unen e interactúan. Por ello, ni la organización ni las formas de comunicarlo son estáticas, sino que se mueven y cambian en el tiempo según lo que se necesite.

4.2.5. Resiliencia en acción

Indudablemente tener un proyecto como lo es una huerta implica cambio constante: las plantas tienen un ciclo de vida y se deben rotar. A su vez, en un país en el que las semillas libres no están permitidas, es todo un reto lograr conseguir las, cuidarlas e intercambiarlas. Por otro lado, es complejo integrar a las personas de la ciudad en este tipo de temas que buscan reconexión con la naturaleza, pues las costumbres ciudadinas se desvinculan de este tipo de procesos. En este último apartado veremos cómo las huertas logran sobrevivir a pesar de las adversidades.

Para empezar, quiero tomar el caso de la huerta de los conjuntos Compostela, pues fue el ejemplo que abordé en el marco teórico y me parece apropiado dejarlo lo más claro posible. Gerardo, el actual líder del proceso es un estudiante de maestría que con anterioridad se había interesado en el tema de agroecología en Fontibón. Durante su pregrado inscribió materias de agricultura urbana y compostaje para estar mucho más al tanto y empezó a vincularse con procesos en la localidad. Durante su participación en las huertas creó un colectivo llamado Integra-T con el cual pretendía darle visibilidad a la comunidad LGTBI, pero que con el tiempo se convirtió en un colectivo de educación popular que quería abordar las huertas en la ciudad. Sin embargo, luego de unos meses, la huerta en la que Gerardo se encontraba trabajando tuvo que cerrar: el espacio que ocupaba le pertenecía a una institución y en ese momento, lo requería. Por ello, Gerardo aprovechó los conocimientos que había ganado en ese tiempo, a las personas que ya había conocido en el proceso y su iniciativa de Integra-T para poder convocar a más interesados y lograr crear una huerta en otro espacio. Así fue como nació el proyecto en el parque de los conjuntos Compostela. En agosto del 2018 Gerardo logró reunir a varias personas interesadas y empezó a dictar talleres teóricos junto a Camila y con el apoyo de todos los asistentes. En octubre del mismo año terminaron las clases así que estaban listos para iniciar la huerta en el terreno,

pero a Integra-T le surgió una oportunidad que no pudo rechazar. Por lo tanto, fue hasta enero del 2019 que inició el trabajo en el parque para construir la huerta y, para el momento en que los entrevisté, se encontraban adecuando el terreno. Es así como la huerta que tuvo que desmontarse evolucionó en una iniciativa que está llevándose a cabo ahora. Aunque se presentaron muchos inconvenientes, es una idea que se encuentra en pie y espera prosperar no solo para ser un espacio de resistencia desde la agroecología, sino para unir al barrio, crear espacios de diálogo, paz y participación.

Al igual que en este caso, todas las huertas tienen inconvenientes y sufren cambios. Por ejemplo, en Iguaque y La Chipahuerta, que se encuentran ubicadas en espacios abiertos han tenido que afrontar el robo de sus herramientas y diseño de cercas que no sean peligrosas para las personas. Si al inicio dejaban las palas, regaderas, azadones y demás en el espacio de la huerta, tuvieron que acostumbrarse a llevárselas y dejarlas en un lugar seguro. También tuvieron que cambiar los materiales de las cercas para no lastimar a nadie. Por otro lado, para el momento de la entrevista que hice en ambas huertas —mediados de enero de 2019—, ambas estaban teniendo problemas con sus cultivos porque el sol había estado muy hostigante y estaba quemando sus siembras; por lo tanto, ambas huertas tuvieron que buscar la manera de regar en horas donde ya no hubiese sol o de proteger sus plantas sensibles con otras más grandes y resistentes.

En la huerta Santa Elena el cambio ha sido constante. En un principio, María Elena surtía su restaurante con productos de la huerta, pero cuando se siembra se sabe que no todos los productos están disponibles durante todas las épocas del año: hay temporadas de algunas cosas y escasez de otras por períodos de tiempo. Por eso, ella tuvo que aprender a hacer sus ofertas de acuerdo a lo que la huerta producía en cada momento. Sin embargo, ese dejó de ser un problema hace años y, ahora, el inconveniente que vive es con respecto a la entrada de la luz solar a su patio: justo al lado construyeron edificios altos que bloquean el paso del sol y generan más frío,

por ese motivo, está viviendo una “crisis” de producción. Así que, está adaptando la huerta con invernaderos y llamó al Jardín Botánico para que le brinde asesoría. Tras doce años de tener la huerta, María Elena cree que podrá superarlo.



Elaboración propia. (2019). *Huerta Santa Elena y los edificios*. [Fotografía]. Bogotá D.C.

En Jardín 82 hubo un período de crisis hace unos años debido a que la persona líder del proceso se retiró por inconvenientes que tuvo en la huerta y, en ese momento, ella era fundamental para hacer las actividades que se hacían. Por ello, se descuidaron las plantas y los voluntarios dejaron de asistir hasta que Catalina llegó a hacerse cargo. Volvió a convocar personas y, ahora, se encuentra organizando todo. En cuanto a las huertas de La Esmeralda y la de Teusaquillo, su mayor inconveniente ha sido mantener las huertas con los gatos: uno de los enemigos naturales de las plantas, así que han tenido que adaptar espacios para que los gatos no lleguen o aplicar sustancias que los ahuyenten. Y al igual que todas las iniciativas, han pasado

por problemas con algunas especies que se mueren rápido o no se les dan, los invaden plagas o se enferman algunas plantas.

Por otro lado, un factor que posibilita la capacidad de resiliencia es el contar con financiación o apoyo de otras organizaciones. En el caso de Jardín 82, el cual es el único proyecto con financiación constante, se tiene la certeza de un respaldo que velará también por el mantenimiento de la iniciativa. Sin embargo, en los otros proyectos que son autofinanciados hay apoyos de colegios, colectivos populares o redes de huertas en Bogotá para seguir en pie. También hay huertas que se ayudan con la fabricación de productos para la venta y talleres privados —como en el caso de María Elena—, o de participación en ferias agrícolas en las que venden sus cosechas —como lo ha hecho La Chipahuerta—, o del aporte de cada uno de los miembros. Lo valioso es que se buscan las opciones para no dejar caer el proceso.

En la actualidad, la mayoría de las huertas comunitarias piden voluntarios: lo más complejo de todo es tener manos suficientes que ayuden y no dejen olvidar el proceso. En la ciudad es complicado que las personas quieran participar por las costumbres que se adquieren al vivir en zonas urbanas y por los imaginarios que se crean: hay vecinos que no están a gusto con tener ese tipo de procesos tan cerca y la reputación de las huertas dependen en parte de ello. Sin embargo, es posible encontrar personas interesadas en el tema (normalmente más mujeres que hombres, como se vio en el apartado cuantitativo). Aunque algunas huertas han vivido eventos más críticos que otras, todas han tenido que superar inconvenientes y, de manera espontánea, han buscado soluciones que en este momento les permiten continuar activos. Esa es la capacidad de resiliencia, el poder sobreponerse y no desistir.

4.3. Bitácora

La bitácora fue una herramienta que me acompañó durante cada recorrido. Ella me permitió relatar lo visto en cada huerta casi al instante a través de letras y dibujos. Por este motivo, hice una transcripción de la misma adicionando fotografías de los espacios y destacando las formas de comunicación y diálogos de saberes de las diferentes huertas y experiencias previas al trabajo de campo. Esta herramienta se encuentra en el anexo 1 y recomiendo revisarla para lograr comprender mejor las experiencias aquí descritas. La bitácora no habla de teorías, sino que relata cada situación concreta. De ella extraje citas y conclusiones que están inmersas en la sección anterior.

5. CONCLUSIONES

En definitiva, las prácticas realizadas alrededor de las huertas estudiadas no pueden enmarcarse dentro del concepto de agricultura urbana, sino que son agroecología. Diferencia que hace a estas huertas integrales e interesadas no solo en la alimentación sana, sino también en la posibilidad de cuidar del medio ambiente y de construir comunidad con otras personas. Los diálogos de saberes y las prácticas comunicativas de los huerteros tienen distintas configuraciones. Si bien hay patrones comunes que permiten que se den estos procesos, cada grupo asimila y genera las formas que más les convengan. Los diálogos de saberes tienen en común que reconocen a los otros sujetos, pero este reconocimiento se puede dar de diferentes maneras con base en distintas prácticas comunicativas: a través del contacto directo y la escucha activa; a través del debate en los espacios de las huertas o en eventos relacionados; por medio de una conversación con un amigo, conocido o familiar; en grupos de Facebook sobre agroecología; en los chats de WhatsApp de las huertas; a partir del uso de manuales digitales encontrados en páginas web relacionadas, entre otros. En ellas se puede observar cómo las acciones individuales se convierten en grupales y viceversa. Además, estas iniciativas existen y perduran gracias al uso de la comunicación: con ella se organizan, se encuentran, llegan a acuerdos y resisten. Todas buscan las formas de mantenerse en el tiempo convocando voluntarios, aprendiendo a financiarse, delegando 'líderes suaves' (Gerbaudo, 2012) y enlazando los diferentes componentes que se tienen en las prácticas comunicativas (Martín-Barbero, 1991). Toda esta información que planteo es el resultado a gran escala del objetivo de este trabajo: Analizar la manera en que se desarrollan los diálogos de saberes y los procesos comunicativos entre agricultores urbanos de Bogotá que hacen esfuerzos para generar cambios en la conciencia de sus comunidades.

En el objetivo general hablo de agricultores que quieren generar cambios en sus comunidades porque, como pude comprobar, para estos grupos, las huertas son una excusa para fomentar la salud, los alimentos orgánicos y el amor a la tierra, pero además de eso, para reunir a personas, generar conciencia, despertar cuestionamientos ante las formas masivas de consumo y reconstruir el tejido social de sus zonas a través de la tierra. No es común que en una ciudad tan grande y acelerada como Bogotá, las personas quieran volver a involucrarse con la naturaleza de esa forma. Sin embargo, estas huertas están logrando que el interés hacia esta práctica crezca como una bola de nieve, no solo en Colombia, sino a nivel global, pues con las crisis ambientales recientes la búsqueda por ciudades más sostenibles empieza a socavar los intereses previos para despertar la conciencia de los ciudadanos y materializarse en este tipo de iniciativas.

Por otro lado, este gran objetivo que planteé fue logrado paso a paso a través de los objetivos específicos. Quería describir las formas de organización y las acciones de personas y colectivos interesados en la agroecología urbana y eso estuvo reflejado en el análisis hecho de cada experiencia enfocado en los días que se reúnen, las actividades que planean, los líderes que designan, sus espacios de confluencia y los problemas que enfrentan. También me interesaba comprender sus dinámicas de encuentros de saberes, describir el papel que juega la comunicación en colectivos de agroecología urbana de la ciudad, e identificar sus prácticas de resiliencia que posibilitan el sostenimiento de estos grupos en el tiempo. Todo el desarrollo de estos puntos es evidente en los subapartados del marco teórico y los hallazgos cuando se indaga por cómo estas personas adquieren los conocimientos que poseen, cómo logran comunicarse entre ellos dentro y fuera de la huerta y cómo enfrentan las adversidades.

Sin embargo, aunque logré cumplir con los objetivos que me planté, estoy segura de que este tema da mucho más para hablar desde la comunicación. La agroecología cada vez se esparce

más en las ciudades de Colombia y además de ser un tema interesante, es relevante para el desarrollo de las ciudades del futuro. Durante mi trabajo quise entrevistar a colegios que tuvieran huertas para apoyar el proceso pedagógico de sus alumnos, pero, por diferentes motivos, esto no fue posible. De la misma manera, resultó complejo ubicar huertas privadas en apartamentos, especialmente en el norte de la ciudad. Muy probablemente, la comunicación en este tipo de espacios se desarrolle de formas teniendo en cuenta sus características y, por lo tanto, hacer una investigación que las involucre puede arrojar datos más diversos sobre las configuraciones comunicativas. En este sentido, propongo que futuras investigaciones relacionadas tengan en cuenta el alcance de este trabajo para que se logren abordar más iniciativas como las mencionadas que diversifiquen los resultados. También quedo a la espera de los resultados de la investigación macro desde la Universidad de Antioquia para poder contrastar y entender a mayor escala el fenómeno en Colombia desde la comunicación.

De manera personal, esta investigación no solo condujo hacia el entendimiento de diferentes formas de diálogos de saberes y de la comunicación en práctica, sino que me permitió involucrarme en las iniciativas. Por ello considero que no hablo como una investigadora distante de su objeto de estudio, sino como una persona partícipe de las resistencias agroecológicas. Por ello, puedo decir desde mi experiencia que el contacto con la tierra conscientemente nos lleva a reconocer prácticas ancestrales y a entender la importancia del cuidado personal a partir del cuidado de los otros, incluyendo a la naturaleza. Finalmente probé que, efectivamente, los lazos humanos son fundamentales para que este tipo de iniciativas existan y se expandan apoyados siempre en las formas y dinámicas de la comunicación que permiten dejar de enunciar para ejecutar y recuperar el verde en el asfalto.

6. BIBLIOGRAFÍA

- Acevedo, Á. (septiembre, 2013). *Escuelas de agroecología en Colombia la construcción del conocimiento agroecológico en manos campesinas*. Ponencia presentada en el Congreso Latinoamericano de agroecología, Sociedad Científica Latinoamericana de Agroecología (SOCLA), Lima, Perú.
- Alaminos, A. Y Castejón, J. (2006). *Elaboración, análisis e interpretación de encuestas, cuestionarios y escalas de opinión*. Alicante: Editorial Marfil.
- Altieri, M., & Nicholls, C. (2013). Agroecología y resiliencia al cambio climático: principios y consideraciones metodológicas. *Agroecología*, 8(1), 7-20.
- Azkarraga, J., Sloan, T., Belloy, P., & Loyola, A. (2012). Eco-localismos y resiliencia comunitaria frente a la crisis civilizatoria. *Polis*, (33). Recuperado de: <https://journals.openedition.org/polis/8400#quotation>
- Barthel, S., Folke, C. & Colding, J. (2010). Social-ecological memory in urban gardens-Retaining the capacity for management of ecosystem services. *Global Environmental Change*, 20.
- Barthel, S., Parker, J. & Ernstson, H. (2015). Food and Green Space in Cities: A Resilience Lens on Gardens and Urban Environmental Movements. *Urban Studies*, 52(7) 1321–1338.
- Bonillo, M. (2005). *Saberes campesinos, una estrategia para el desarrollo de tecnología apropiada para la agricultura orgánica realizada por agricultores familiares*. Temuco: Universidad católica de Temuco. Recuperado de: <http://www.cedaf.fca.unju.edu.ar/sub/biblio/libros/tesis%20saberes%20campesinos%20mario%20bonillo.pdf>
- Cantor, K. (2010). Agricultura urbana: elementos valorativos sobre su sostenibilidad. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 7. Recuperado de: <http://www.248.redalyc.org/articulo.oa?id=11716958003>
- De la Cuesta, C. (2006). La teoría fundamentada como herramienta de análisis. *Cultura de los cuidados*, (20), pp. 136-140.
- Delgado, R. (2007). Los marcos de acción colectiva y sus implicaciones culturales en la construcción de ciudadanía. *Universitas humanística*, (64), pp: 41-66.
- Echeverry, J. & Román, O. (2008). Diálogo de saberes y meta-saberes del diálogo: una perspectiva amazónica. *Revista Estudios Sociales Comparativos*, 2 (1), 16-45.

- Económico, C., & europeo, S. (2004). La agricultura periurbana. *Dictamen de iniciativa, NAT/204*.
- Elaboración propia. (2018). Taller en el parque El Mirador. [Fotografía]. Bogotá D.C.
- Elaboración propia. (2019). Domingo en La Chipahuerta. [Fotografía]. Bogotá D.C.
- Elaboración propia. (2019). Ensalada comunitaria en La Chipahuerta. [Fotografía]. Bogotá D.C.
- Elaboración propia. (2019). Huerta en Conjuntos de Compostela. [Fotografía]. Bogotá D.C.
- Elaboración propia. (2019). Huerta Iguaque. [Fotografía]. Bogotá D.C.
- Elaboración propia. (2019). Huerta Santa Elena y los edificios. [Fotografía]. Bogotá D.C.
- Elaboración propia. (2019). Huerta vertical en Teusaquillo. [Fotografía]. Bogotá D.C.
- Elaboración propia. (2019). Jardín 82. [Fotografía]. Bogotá D.C.
- Elaboración propia. (2019). La Esmeralda. [Fotografía]. Bogotá D.C.
- Elaboración propia (2019). Mapa de Bogotá con ubicación de las huertas investigadas. Bogotá.
- Elaboración propia (2019). Pantallazos de páginas de Facebook: Jardín 82 y La Chipahuerta CEP Chipacuy.
- FAO. (2018). *Agricultura urbana*. Recuperado de: <http://www.fao.org/urban-agriculture/es/>
- Fernández, J. & Morán, N. (2012). ¡Nos plantamos! Urbanismo participativo y agricultura urbana en los huertos comunitarios de Madrid. *Hábitat y sociedad*, 4(4).
- Foyer, J., Jankowski, F., Blanc, J., Georges, I., & Kleiche-Dray, M. (2014). *Saberes científicos y saberes tradicionales en la gobernanza ambiental: La agroecología como práctica híbrida*. ENGOV.
- Gerbaudo, P. (2012). *Tweets and the Streets. Social Media and Contemporary Activism*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Giraldo, C. & Roncancio, D. (2012). *Diseño de una unidad de producción agrícola de hortalizas para el hogar*. (Tesis de grado). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Giraldo, O., & Rosset, P. (2016). La agroecología en una encrucijada: entre la institucionalidad y los movimientos sociales. *Guaju*, 2(1), 14-37.
- González, C. (2018). La organización Tierra Verde y el diálogo de saberes en agroecología. *Revista Flora Capital*, (14). Recuperado de: <http://conexionbio.jbb.gov.co/wp-content/uploads/2018/05/Revista-Flora-Capital-No.-14.pdf>
- Gordillo, G. & Méndez, O. (2013). *Seguridad y soberanía alimentaria*. México: FAO.
- Guillemette, F. (2006). L'approche de la Grounded Theory; pour innover? *Recherches qualitatives*, 26(1), 32-50.

- Gumucio, A. (2004). El cuarto mosquetero: la comunicación para el cambio social. *Investigación y desarrollo*, 12(1). 02-23.
- Gumucio, Al. (2011). Comunicación para el cambio social: clave del desarrollo participativo. *Signo y Pensamiento*, (58), 26-39.
- Grupo de investigación C, P y S. (2017). *Formato 03- Documento para la formulación y la evaluación del proyecto*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Haesbaert, R. (2011). *El mito de la desterritorialización: del " fin de los territorios" a la multiterritorialidad*. México: Siglo XXI.
- Jiménez, C. (2017). *Culterra, modelo de negocios sobre huertas urbanas como método de recopilación y aplicación del patrimonio histórico y cultural sobre la siembra a través del aprendizaje intergeneracional*. (Trabajo de grado). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana. Recuperado de: <http://hdl.handle.net/10554/36473>
- Kavada, A. (2016). Social movements and political agency in the digital age: A communication approach. *Media and Communication*, 4(4), 8-12. DOI: <https://dx.doi.org/10.17645/mac.v4i4.691>
- Lara, L. (2008) *Agricultura urbana en Bogotá: implicaciones en la construcción de una ciudad sustentable*. (Trabajo de grado). Bogotá D.C. Pontificia Universidad Javeriana.
- Leandro, A. (2013). *La agricultura urbana en Bogotá: como llegar a tener un modelo de negocio*. [Monografía]. Pontificia Universidad Javeriana: Bogotá.
- León, T. (2009). Agroecología: Desafíos de una ciencia ambiental en construcción. *Revista Agroecología*, 4: 7-17.
- López, M., Egea-Sánchez, J., & Egea-Fernández, J. (septiembre, 2008). *Huertos de ocio y conservación de los recursos fitogenéticos de la Huerta de Murcia*. Ponencia en VIII Congreso SEAE (Sociedad Española de Agricultura Ecológica), Murcia, España.
- Martín-Barbero, J. (1990). De los medios a las prácticas. En Orozco, G. (coord.) *La comunicación desde las practicas sociales reflexiones en torno a su investigación*. (pp. 9-18). México D.F.: Universidad Iberoamericana.
- Martín-Barbero, J. (2002). Desencuentros de la socialidad y reencantamientos de la identidad. *Anàlisi: Quaderns de comunicació i cultura*, (29), 45-62.
- Melucci, A. (1999). Teoría de la acción colectiva. En *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México D.F: El Colegio de México.

- Morales, J. (2016). Los procesos de construcción de conocimiento agroecológico y la transición hacia agricultura más sustentables en Jalisco. *Revista Leisa de Agroecología* 32(1).
- Nieto, M. (2009). *Raíz urbana*. (Bachelor's thesis, Facultad de Arquitectura y Diseño). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana. Recuperado de: <http://hdl.handle.net/10554/4272>
- ONU (2015) Ciudades sostenibles: ¿Por qué son importantes? Recuperado de: https://www.un.org/sustainabledevelopment/es/wp-content/uploads/sites/3/2016/10/11_Spanish_Why_it_Matters.pdf
- ONU (2019). *El aire contaminado es un “asesino silencioso”*. Recuperado de: <https://news.un.org/es/story/2019/03/1452171>
- Páramo, D. (2015). La teoría fundamentada (Grounded Theory), metodología cualitativa de investigación científica. *Pensamiento & Gestión*, (39), 1-7.
- Palomero, J., Palomero, P. & Fernández, M. (2010). El cuaderno de bitácora y la formación de los psicomotricistas. Sobre cómo fomentar el encuentro entre la cultura académica y la cultura experiencial. *Revista Electrónica Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 13 (4), 335–346.
- PESA. (2011). Seguridad Alimentaria Seguridad Alimentaria y Nutricional: conceptos básicos. Proyecto Food Facility Honduras.
- Restrepo, J., & Prager, M. (2000). *Actualización profesional en manejo de recursos naturales, agricultura sostenible y pobreza rural*. Centro para el Desarrollo Agropecuario y Forestal, Inc. (CEDAF). Santo Domingo: República Dominicana.
- Sánchez, D. & Caicedo, M. (2017). *Pedagogía para la reterritorialización: una respuesta pedagógica ante el creciente abandono del campo colombiano*. (Tesis de grado). Bogotá D.C. Universidad Pedagógica Nacional.
- Toledo, V. (2005). La memoria tradicional: la importancia agroecológica de los saberes locales. *Leisa Revista de agroecología*, 20(4), 16-19.
- Uriarte, J. (2013). La perspectiva comunitaria de la resiliencia. *Psicología política*, (47), 7-18.